

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ANTROPOLÓGICAS

**HERENCIAS DISCURSIVAS: ARQUEOLOGÍA,
NACIONALISMO Y EL NORTE DE MÉXICO**

TESIS QUE PARA OPTAR POR EL GRADO DE MAESTRÍA EN
ANTROPOLOGÍA PRESENTA:

VÍCTOR ORTEGA LEÓN

DIRECTOR DE TESIS: DR. RAFAEL PÉREZ-TAYLOR



Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

Agradecimientos

Deseo agradecer al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología por haber apoyado mis estudios de maestría mediante la beca No. 190701, sin la cual hubiese sido muy difícil dedicar tiempo completo a los mismos. En este sentido, también agradezco a la *Arizona State University*, con sede en Phoenix, Arizona, en los Estados Unidos, por haber subvencionado la estancia de investigación que realicé en dicha institución desde agosto de 2005 hasta febrero de 2006, durante la cual pude realizar avances significativos en los estudios que atañen a este trabajo.

Muchas personas me han ayudado en este proceso, por fuerza inconcluso, a través de charlas, referencias, indicaciones, revisiones, y todo aquello que conlleva un trabajo de investigación: Elisa Villalpando, Randy McGuire, Alfonso Grave, César Villalobos, Ana María Álvarez, Linda Manzanilla, Rodrigo Liendo y, por supuesto, Ben Nelson. Vaya a todos ellos mi más sincero reconocimiento.

Agradezco a Rafael Pérez-Taylor el haber aceptado dirigir este trabajo y el estar siempre dispuesto a apoyar la investigación y abierto al diálogo y a la discusión; asimismo, por haberme dado la libertad necesaria para expresar mis propias ideas, no sin echar mano, cuando ha sido menester, de la crítica constructiva y la observación oportuna. En este mismo sentido, deseo dar las gracias también al Dr. Julio Amador, al Dr. Mario Castillo y al Mtro. Alfonso Grave por haber aceptado revisar el borrador final, aún cuando ello implicaba hacerlo en un lapso de tiempo extremadamente corto, lo cual, dicho sea de paso, no impidió que hicieran útiles observaciones.

También deseo expresar mi gratitud al Dr. Carlos Serrano, al Dr. Guido Munch y, por supuesto, a Luz María por su apoyo personal y por crear las condiciones necesarias para que dentro del IIA muchos hayamos cursado nuestros estudios de posgrado dentro de un ambiente motivante y fraterno. En este sentido, no puedo dejar de agradecer a todos mis compañeros de generación por ser un grupo tan *sui generis*: gente tan unida, festiva y dedicada no se encuentra todos los días, y menos en tal cantidad.

A Abigail no puedo menos que agradecerle por tanto tiempo y espacio compartidos, por su apoyo constante, por su paciencia y por estar siempre dispuesta a leer mis ocurrencias cuando se lo solicito, aún a costa de tener que hacer espacio entre sus propias lecturas.

Finalmente, y no por ello menos importante, a mis padres (que ya no están), a mis hermanos (que siempre están), a Flor, por compartir conmigo una enorme responsabilidad y una gran satisfacción; y a Mariana, por ser mi inspiración constante.

Índice

Agradecimientos	4
Introducción	7

Primera parte

Mesoamericanos vs Chichimecas

Introducción	14
1.- El Norte de México y la Arqueología Oficial Mexicana	16
1.1.- Lo “oficial”	17
1.2.- Lo “académico”	24
2.- De centros y periferias	36
3.- El Discurso Iterativo	43

Segunda Parte

Nacionalismo y Arqueología

Introducción	
1.- Nacionalismo...	
2.- ... y Arqueología	

Tercera Parte

Herencias Discursivas

Introducción	
1.- Tradiciones Antropo-Arqueológicas	
1.1.- Inglesa	
1.2.- Estadounidense	
1.3.- Alemana	
1.4.- Francesa	
1.5.- Mexicana	
2.- El Último Suspiro del Moro: el Siglo XVI y la Herencia Medieval	
2.1.- El Desierto y Lo desierto	

2.2.- Ideología Religiosa y Desierto

3.- La Frontera y la Herencia Decimonónica

Cuarta Parte

Tríptico: “*Objects in Mirror are Closer than They Appear*”

Introducción

1.- *Southwest*

2.- *Mesoamérica*

3.- Trópico de Cáncer:

“Termina Mesoamérica – ¿Principia La Gran Chichimeca?”

3.1.- *North by Southwest*

3.2.- “Eso que vagamente llamamos el norte...”

Consideraciones Finales

Bibliografía

“Mesoamérica, esto es, el núcleo de lo que sería más tarde Nueva España, era un territorio que comprendía el centro y el sur del México actual y una parte de Centroamérica. Al norte, en los desiertos y planicies incultas, vagaban los nómadas, los chichimecas, como de manera genérica y sin distinción de nación llamaban a los bárbaros los habitantes de la Mesa Central. Las fronteras entre unos y otros eran inestables...”

Octavio Paz
El Laberinto de la Soledad, 1950

“Son los cazadores bárbaros que se enfrentan de nuevo a los agricultores civilizados”

Ignacio Bernal
Tenochtitlán en una Isla, 1976

“Aquellos eran los habitantes de ese desierto, vagabundos ‘a menudo sospechosos a los de vida sedentaria”

Jacques Le Goff
Lo maravilloso y lo cotidiano en el Occidente medieval, 1999

“Pregunté a quién pertenecían aquellos dominios y me fue dicho que era una especie de frontera que podía ser llamada Tierra de Nadie”

Daniel Defoe
Robinson Crusoe, 1719

“No tenemos una representación moral del mundo precortesiano, sino sólo una visión fragmentaria, sin más valor que el que inspiran la curiosidad, la arqueología: un pasado absoluto”

Alfonso Reyes
Discurso por Virgilio, 1937

Introducción

Hoy día, es común la concepción de que criticar los trabajos del pasado a la luz de las posibilidades del presente es, por lo menos, absurdo. Hacerlo conllevaría dos riesgos: primero, una irracional proyección retrospectiva de los intereses, actitudes y conocimientos que, en la actualidad, se tienen sobre el pasado; la crítica hecha de este modo, condenando lo “errores” del pasado desde la “sabiduría” del presente, no estaría exenta de arrogancia.

Por otro lado, se corre el riesgo de asumir que los estudios hechos en épocas pasadas no pudieron haber sido de otro modo: dado su contexto histórico, político y social, puede parecer “natural” e “inevitable” que se hayan desarrollado en la forma en que lo hicieron. La crítica, entonces, no tiene cabida. Este segundo riesgo es quizá más peligroso que el primero puesto que es menos evidente¹.

Sin embargo, cualquier ciencia o disciplina que no realiza constantemente una revisión crítica de su propia historia, puede caer fácilmente en la mecanización metodológica y en la autocomplacencia teórica, amén de repetirse generacionalmente hasta convertirse en un mero *ceremonial científico*. Además: “Si pasamos por alto el papel jugado por las instituciones y los intereses de grupo en el proceso mediante el cual las ideas se convierten en elementos de conciencia nacional y autoridad institucionalizada efectivos e identificables, entonces perdemos una dimensión crítica de la moderna historia cultural”²

La antropología y, por ende, la arqueología, no solo no están exentas de dichos riesgos sino que, por el contrario, dada su naturaleza especulativa, están

¹ Cf. Härke, 2000

² Marchand, 1996: xxii

más propensas a caer en ellos que muchas otras disciplinas. A pesar del reciente auge de estudios históricos de las ciencias antropológicas, en la práctica son pocos los profesionistas y estudiantes que tienen alguna noción de la historia de las mismas. La consabida excusa de que “estar al día” no deja tiempo para leer cosas “obsoletas” y “superadas” (eufemismo predilecto de los ignorantes), sólo refleja, en realidad, falta de interés. Irónicamente, aquellos que únicamente tienen tiempo para “estar al día” extraen su discurso, no pocas veces totalmente hueco, de los estudios históricos hechos por otros, y desde allí hacen la crítica de obras que nunca han leído o tenido siquiera entre las manos.

¡Qué fácil es decir, por ejemplo, que las fuentes históricas del siglo XVI son totalmente tendenciosas y no ofrecen al investigador moderno ningún dato útil, ahorrándose así el trabajo de leerlas, no se diga ya de paleografiarlas! ¡Con qué desenfado y libertad se obvia la lectura de nuestros primeros historiógrafos calificándolos de anticuarios y coleccionistas, como si el haber tenido entre sus manos documentos que ahora no poseemos o a los que difícilmente tenemos acceso y haber escrito sobre ellos concienzudamente no les ganara, por este simple hecho, el beneficio de la duda! ¡Con cuánto descuido se ajan y empolvan en las bibliotecas los textos de los primeros investigadores, como no sean los “oficiales”, sin alcanzar la curiosidad de un lector, no digamos ya el beneficio de una reedición! Decía Alfonso Reyes, allá por la década de los treinta: “¿Cuántos son los universitarios de México que conocen la historia de los esfuerzos científicos mexicanos, puesto que decir ‘la ciencia mexicana’ sería una paradoja?”³

³ Reyes, 1989:243

Nuestro discurso antropológico y arqueológico está lleno de conceptos y supuestos teóricos, mismos que una gran mayoría de quienes los utilizan difícilmente sabrían explicarlos, mucho menos decir de dónde vienen y que se pretendía señalar con ellos. Caso paradigmático el del concepto *Mesoamérica*, cuyo mismo autor se lamentaba de su acrítico éxito⁴ ¿Cuántos de nuestros colegas sabrían explicar el origen del concepto “cultura”, siendo este central para las ciencias antropológicas? ¿Cuántos darían una aceptable definición de “civilización”, “arcaico”, “horizonte”, “tipo”, “tafonomía”, “neolítico”, etc., y podrían explicar el origen y necesidad de dichos términos? ¿Cuántos, sin ir más lejos, podrían dar buena cuenta de la periodización mesoamericana “Formativo-Clásico-Posclásico” y de la misma *Mesoamérica*?

No se trata aquí de pontificar sobre lo que debe y no debe saberse para ejercer la profesión, sino de poner sobre la mesa el uso irreflexivo que se hace del discurso antropológico y los efectos que de ello se derivan. Uno de estos efectos, por ejemplo, es el haber dejado oficialmente en “la sombra”, arqueológicamente hablando, y durante un siglo a la mitad norte del país puesto que el discurso irreflexivo decía que allí “no había nada” y que lo verdadera, visible y monumentalmente importante se encontraba en el sur. La “importancia”, por supuesto, la define el discurso mismo haciendo malabares tautológicos: lo monumental es importante porque es monumental y lo importante es monumental porque es importante... “eso mismo fue lo que yo le pregunté”, dice la canción.

⁴ Cf. Kirchhoff, 1960

Alicia en el País de la Arqueología o *Robinson Crusoe a través del Espejo* podrían haber sido títulos más adecuados para este escrito si atendiéramos al espíritu que lo animó desde un principio y que constituye, de hecho, su parte *medular*: el de la reflexión en torno a la sorpresa y la metáfora en la historia de la arqueología. Sin embargo, aunque de talla *bonsai* y ciertamente no poco torcido, el denso follaje bajo el que ha terminado cobijándose, no desprovisto de *espinosos arcabucos*, aconseja un encabezado menos retórico en aras de la claridad expositiva y analítica. Así, los conceptos *Herencias Discursivas*, *Arqueología*, *Nacionalismo* y *Norte de México* se han impuesto, al final, como la *columna vertebral* de esta reflexión.

Por lo tanto, este trabajo no pretende ser sino un ensayo que vincule, en lo general, a la Arqueología con la Historia y la Antropología y, en lo particular, a las historias de la Arqueología y la Antropología con la historia de México. En este sentido, se trata de una breve revisión bibliográfica, de trabajos muy conocidos y de otros no tanto, para abogar por una nueva interpretación de los datos y de los hechos concernientes a la historia de la arqueología en México, con especial enfoque en el norte del país.

En este empeño, acaso un tanto sumario y expeditivo, tres obras ya clásicas en sus respectivos ámbitos han sido fundamentalmente seminales e inspiradoras: *Orientalismo*, de Edward Said; *La Nueva Naturaleza de los Mapas*, de Brian Harley, y *Lingüística y Colonialismo*, de Louis-Jean Calvet. Llamará la atención, quizá, que ninguna de ellas trate principalmente de arqueología; sin embargo, al versar sobre procesos y contextos históricos paralelos a aquellos otros que podemos encontrar analizando la relación entre la arqueología y el

nacionalismo, resultan particularmente ilustrativos y esclarecedores de los aspectos que caracterizan a dicha relación; en especial, la construcción de la relación entre la identidad y la alteridad.

Como consecuencia de lo anterior, se encontrarán en este texto términos de viejo cuño como *heterología*, *glotofagia*, *artrología*, entre otros, los cuales serán explicados en su momento, que pudieran sonar extraños a los oídos del arqueólogo convencional; sin embargo, considero que su inclusión como conceptos en la reflexión cotidiana de nuestro quehacer profesional puede ayudar a enriquecer nuestra práctica analítica sin llegar a pecar por ello de pedantería terminológica.

La secuencia de la exposición no será histórica ni pedagógica, sino que más bien pretende seguir un orden que permita la crítica de autores, conceptos y tendencias relacionados específicamente con los contextos socio-históricos que han influenciado el desarrollo de la arqueología en el norte de México.

En este sentido, la Primera Parte se ha intitulado *Mesoamericanos vs Chichimecas* e intenta ofrecer un panorama general de la tradición arqueológica mexicana relacionada con el norte y, a la vez, de los otros temas que serán tratados a lo largo del texto.

La Segunda Parte, titulada *Nacionalismo y Arqueología*, no pretende profundizar en una discusión sobre el tema sino únicamente presentar algunos de los aspectos de dicha discusión que sirvan para clarificar el sentido de la crítica hacia la tradición arqueológica mexicana y compararla con lo que sucede en otras naciones del mundo.

La Tercera Parte, *Herencias Discursivas*, más que una historia de la antropología y de la arqueología, sobre las cuales se ha escrito ya bastante⁵, pretende señalar algunos de los aspectos que, a mi juicio, han influenciado al quehacer arqueológico mexicano desde la perspectiva de su relación con los mayores imperios de occidente, tratando de encontrar en estos aspectos algunas particularidades que permitan comprender mejor el papel que ha jugado el septentrión mexicano en la relación entre el nacionalismo y la arqueología.

En la Cuarta Parte, *Tríptico: "Objects in Mirror are Closer than They Appear"*, se hace una revisión de los conceptos centrales de las tradiciones arqueológicas mexicana y estadounidense, *Mesoamérica* y *Southwest*, con el fin de comprender mejor el papel que éstos han jugado en la conformación de la percepción del norte mexicano como un área indefinida culturalmente y de adscripción geográfica por lo menos ambigua.

Por último, en las *Consideraciones Finales*, se esboza un resumen general de lo tratado en el trabajo y se aventuran algunas conclusiones sobre el porqué el Norte de México ha sido relegado durante tanto tiempo por las instituciones encargadas de la investigación arqueológica en México, tratando de tomar en consideración todos los aspectos, tanto geográficos como históricos, políticos e ideológicos, que pudieron haber influenciado en dicho proceso. Este, en general, es el objetivo de la tesis en su conjunto.

⁵ Cf. Barth *et al*, 2005; Bernal, 1979; Christenson, 1989; Daniel, 1981; Kehoe, 1998; Kehoe y Emmerichs, 1999; Marchand, 1996; Olivé *et al*, 1988; Oyuela-Caycedo, 1994; Politis, 1992; Reyman, 1992; Snead, 2003; Trigger, 1992; Willey y Sabloff, 1980.

**Primera Parte:
Mesoamericanos vs Chichimecas**

“Y, además, ¿dónde nació tanta audacia y tan ardiente deseo de juntar y amontonar piedras en semejante montón, cúmulo y altura? ¿Y con qué medio de transporte, con qué portadores, con qué carros, con qué ruedas fue arrastrada tal cantidad de piedras? ¿Y sobre qué base fueron reunidas y apiladas?”

Francesco Colonna, *Sueño de Polifilo*, 1499

Introducción

“No hemos sabido asumir nuestro pasado,
quizá, porque tampoco hemos sabido hacer su crítica”
Octavio Paz, *El Espejo Indiscreto*

Cuando se viaja por carretera a través de los estados de Baja California Sur, Sinaloa, Durango, Zacatecas, San Luis Potosí, Nuevo León o Tamaulipas, suele ocurrir que, entre los paralelos 23 y 24 de latitud norte, el viajero se encuentre con solitarias señales que, a la vera del camino, ilustren silenciosamente su posición con el cartográfico enunciado “Trópico de Cáncer”, las cuales, una vez rebasadas, se convierten en diminutos puntos que el conductor solo alcanza a percibir a la distancia, a través del espejo retrovisor, hasta que desaparecen detrás de la consabida advertencia: “*Objects in mirror are closer than they appear*”.

Si el viajero mencionado es arqueólogo, o al menos así le ocurre al que esto escribe, se antoja siempre, como una especie de morbosa debilidad académica, encontrar, debajo de aquellos, otros letreros que recen: “*Termina Mesoamérica – Principia La Gran Chichimeca*”. Y es que ambas líneas imaginarias, tanto la del círculo hemisférico septentrional como la de la hipotética “*frontera septentrional mesoamericana*” se ubican, más o menos, a la misma altura, entre las latitudes mencionadas, aunque me parece que la segunda es más imaginaria que la primera.

Si el viajero continúa su periplo hacia el norte, encontrará que, tras haber cruzado los estados de Baja California Norte, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León o Tamaulipas, otra línea mucho más palpable, evidente y menos

imaginaria que las dos anteriores, no solo le cortará el camino sino que le obligara a detenerse, al menos durante algunas horas. Esta otra línea, *La Línea* para quienes viven junto a ella, recibe el nombre más oficial de “*Frontera Internacional México – USA*” por parte de los representantes políticos de los territorios a los que delimita.

Tanto la frontera internacional entre México y Estados Unidos como la hipotética frontera septentrional de *Mesoamérica* delimitan lo que *grosso modo* se conoce como “*el norte de México*”. Estos límites, más allá de su carga política o geográfica, se han delineado con mojones históricos y académicos cuyo peso e influencia se han dejado sentir a lo largo de más de una centuria con un efecto harto notorio sobre la cantidad, calidad y origen de las investigaciones de corte histórico – social que en torno al área se realizan.

1.- El Norte de México y la Arqueología Oficial Mexicana

“Y en algún sitio recóndito estaban las eminencias grises, que coordinaban el esfuerzo total y fijaban las políticas que indicaban que este fragmento del pasado debía preservarse, aquel falsificarse y el otro borrarse por completo.”

George Orwell, 1984

Las palabras *arqueología*, *institución*, *monumentalidad*, *nacionalismo* y *geografía* se encuentran íntimamente relacionadas en el contexto histórico mexicano. No puede, a mi juicio, hacerse un análisis del desarrollo de la disciplina arqueológica en México sin aludir directamente a los otros cuatro factores. Sin embargo, resulta sumamente interesante, por no emplear otros epítetos, cómo incluso algunos de los más acendrados críticos del quehacer arqueológico mexicano¹, con excepción de Lorenzo², han pasado por alto un hecho de suma importancia: la arqueología oficial mexicana no se ha interesado nunca, salvo rarísimas excepciones, por la mitad septentrional del país. La arqueología mexicana es, oficialmente, la arqueología de la mitad meridional del país. Es como si el norte no tuviera pasado o el pasado no tuviera norte, o ambos, el norte y su pasado, no tuvieran relevancia para la construcción de la identidad nacional.

1.1.- Lo “oficial”

A pesar de que, desde hace mucho tiempo, el trabajo de Manuel Gamio ha sido criticado en casi todos sus aspectos, al menos en aquellos que la tradición

¹ Cf. Gándara, 1992; Vázquez, 1996, entre otros.

² Cf. Lorenzo, 1981a y 1981b.

oficial le reconoce como sus máximos aportes³, la oficialidad nacionalista no cesa de reproducir el mito de su “gran visión antropológica”⁴.

En 1916, una vez que el carrancismo-obregonismo se impusiera sobre villistas y zapatistas en pleno contexto revolucionario y un año antes de que nuestra actual constitución hiciera del Ejecutivo un poder absoluto⁵, el renombrado arqueólogo Manuel Gamio, a decir de alguno el primero “debidamente preparado para ello que produjo México”⁶, publicó *Forjando Patria*, la primera de sus dos obras más conocidas e influyentes, con la cual pretendía, según sus propias palabras, “buscar la verdad” y “remover impulsos nacionalistas e ideas gestadoras de Patria”⁷ Un año después, tras haber sido el último director de la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología, funda, en 1917, la Dirección de Antropología de la cual fue titular. No poca, como se ve, fue la influencia de este supuesto alumno de Franz Boas y “maestro” de Alfonso Caso en la construcción del aparato oficial que regularía posteriormente la investigación arqueológica de la entonces tan convulsionada nación mexicana.

Gamio, “nacionalista en extremo” y “patriotero hasta la agresividad”, según sus propias palabras, hace gala, en este libro, de la más acendrada postura centralista que cabe imaginar. No solo sugiere, no tan veladamente, que la verdadera nación mexicana se reduce a su capital, sino que, cayendo en el más etnocéntrico de los etnocentrismos, asume que “como las características y condiciones generales de casi todos los países latinoamericanos son análogas,

³ Cf. Ricard, 1992; Garibay K., 1933; Hers, 2001; Ortega, en preparación.

⁴ Cf. Matos, ...; Bernal, 1979; Olivé, ...

⁵ Cf. Azuela de la Cueva, 2005; Ulloa, 2000.

⁶ Bernal, 1979:159

⁷ Gamio, 1992:3

cuando no idénticas, entre sí, nos referiremos a México como país representativo de los demás”⁸ En pocas palabras, su *centrocentrismo*, pues no cabe llamarlo de otra forma, puede enunciarse diciendo que la capital mexicana es muestra suficiente para entender a Latinoamérica, incluyendo a “las pequeñas patrias que existen en México”, término con el que alude a todo lo que queda fuera de la Ciudad de México.

Esta postura, por supuesto, tuvo enorme repercusión en la visión que Gamio tenía del septentrión mexicano, misma que heredó oficial y académicamente, como veremos más adelante, a las instituciones e investigadores que tomaron de su mano la estafeta de la investigación antropológica en el país.

Según Gamio “La causa primordial por la que México perdió el territorio que hoy está en poder de los Estados Unidos, *consistió en el alejamiento geográfico del mismo con respecto al resto del país* lo que trajo consigo divergencia y luego antagonismo en ideas nacionalistas” (cursivas mías)⁹ ¿A qué se referiría exactamente con “alejamiento” y “resto del país”? Con seguridad, no pensaba en los estados norteros puesto que con respecto a ellos el territorio “perdido” no se encontraba “alejado” sino que formaba parte de los mismos. Tampoco parece referirse a todos los estados sureños de la república puesto que, inmediatamente después de lo anterior escribió lo siguiente:

“En el Chiapas de hace veinte años [es decir, de 1886], antes de la construcción del F. C. Panamericano, la población de raza blanca

⁸ Gamio, 1992:9

⁹ Gamio, 1992

tendía más al sentimiento de nacionalidad centroamericana que al de la mexicana: usos, costumbres, relaciones comerciales, cultura intelectual, casi todo, llegaba con el visto bueno de aquellas regiones, principalmente de Guatemala”¹⁰

Otro tanto escribe sobre Yucatán, al que, lamentablemente, no trata en mejores términos:

“...de México a Yucatán –dice- solamente se dirigían antes de la Revolución, gente de teatro pornográfico, gente de tropa, gente de presidio, trabajadores forzados y gentes que a título de empleados federales iban a redondear el vientre atropellando a todo hijo de vecino en lo que más duele, que dicen es el bolsillo”¹¹

Así, pues, si no hacía alusión al norte ni al sur no queda más remedio que concluir el hecho de que Gamio entendía que el “resto del país” era el centro político del mismo. Releyendo la frase, resulta claro que, según Gamio, el territorio se perdió por encontrarse “alejado” del centro político del país o, lo que es lo mismo, de su capital. Pero, el territorio “perdido” ¿no se encontraba igual de distante, o más aún, de la capital del país que lo “ganó”? ¿No escondía Gamio, tras el eufemismo de la distancia, el desinterés que le producía, a él también, todo el norte del país que no servía para la construcción del nacionalismo y la “gestación de la Patria”? En otra parte, este desinterés se antoja casi despreciativo:

“Los habitantes de la Baja California –dice-, particularmente los de la parte norte ¿pueden tener el mismo concepto patriótico, que los que vivimos en *el resto del país*? ¿No es desolador el aislamiento en que vejetan (sic)? ¿No se ven obligados a cruzar tierra extranjera antes

¹⁰ Gamio, Op. cit.

¹¹ Ibidem

de pisar la región continental de su propia patria? ¿Qué sello presentan allí el comercio, la intelectualidad, la indumentaria, las actividades todas del vivir? *Absolutamente exótico, ayankado* (sic), hay que confesarlo” (cursivas mías)¹²

¿A qué viene aquello de “región continental de su propia patria”? ¿Acaso pensaba Gamio, como algunos exploradores del siglo XVI, que la península de Baja California es una isla? Por otro lado, parece que nuestro autor pretendiera que en las fronteras no se diese el intercambio cultural y que las líneas fronterizas fungiesen como “murallas chinas” perfectas aislando por completo, en su vitrina nacionalista, el monolito de “La Patria”. No obstante, él mismo reconoce este intercambio, aunque lo califique, peyorativamente, de “ayankado”. Entonces, ¿a que se refiere con su insultante “aislamiento en que vejetan”? Desafortunadamente, parece que, de nuevo, ha de entenderse que estas regiones se encontraban “lejanas” y “aisladas” con respecto a la capital mexicana, lo cual no viene sino a reafirmar la miopía etnocentrista de la que adolece la obra en cuestión, a pesar de la intención pluralista e integradora del autor.

Así pues, del nacionalismo “extremo” de Gamio y de su “agresivo” patriotismo puede decirse, retomando a Hastings, que su peor defecto “no es tanto el resaltar los derechos de una particularidad como volverse ciego a los de las demás”¹³

Finalmente, la postura académica de este pionero de la antropología en México deja mucho que desear ya que, a pesar de haber sido formado en la

¹² Gamio, 1992:11

¹³ Hastings, 2000:51

Universidad de Columbia y, según reza la tradición, siendo discípulo de Franz Boas, peca en exceso de un evolucionismo social digno del más ortodoxo Morgan:

“Es axiomático –dice Gamio- que la Antropología en su verdadero, amplio concepto, debe ser el conocimiento básico *para el desempeño del buen gobierno*, ya que por medio de ella se conoce a la población que es la *materia prima* con que se gobierna y para quien se gobierna. Por medio de la Antropología se caracterizan la naturaleza abstracta y la física de los hombres y de los pueblos *y se deducen los medios apropiados para facilitarles un desarrollo evolutivo normal*” (cursivas mías)¹⁴

¡Un desarrollo evolutivo normal! Con esta frase, y a pesar de su “entusiasmo indigenista”, Gamio no solo invalida los desarrollos propios de cada cultura indígena refiriéndose a ellos indirectamente como *anormales*, sino que además evidencia estar más del lado del evolucionismo social de Morgan que del particularismo histórico de Boas de quien tanto se presume oficialmente haber sido “su maestro”. No debe extrañar, pues, que teniendo la piedra angular de la antropología institucional mexicana estas vetas “oficiales” de evolucionismo etnocentrista, su efecto centrípeto haya ejercido una influencia tan poderosa en la investigación arqueológica hecha en México por mexicanos. Aunque, en realidad, este evolucionismo en Gamio le viene de formación ya que lo recibió casi directamente del mismo Morgan a través de su más caro discípulo Adolphe Bandelier, quien fuera su profesor en la Universidad de Columbia¹⁵.

La Dirección de Antropología fundada por Gamio, primer organismo oficial dedicado exclusivamente a los estudios antropológicos que se establecía en

¹⁴ Gamio, 1992:15

¹⁵ González Gamio, 1987

México, vivirá hasta 1934. En el ínterin, se constituiría, en 1925, bajo la égida de José Vasconcelos, el Departamento de Monumentos Prehispánicos mismo que, una vez desaparecida la “Dirección...”, se convertiría, en 1939, junto con otras oficinas gubernamentales, en el Instituto Nacional de Antropología e Historia, obra de Alfonso Caso quien fue su fundador y primer director¹⁶.

Posteriormente, en la década de los cuarenta, existía un claro interés en la antropología del norte de México y el sur de los Estados Unidos por parte de investigadores mexicanos, evidenciado éste por la celebración de la tercera mesa redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología, en 1943, dedicada exclusivamente al tema en cuestión y presidida por el Lic. Alfonso Caso, a la sazón rector de los destinos arqueológicos del país. Sin embargo, veinte años después, Ignacio Bernal consideraba que el tema tratado en esta Mesa Redonda era “básicamente un problema de relaciones. Aunque muy interesantes, no resulta tan fundamental como las dos primeras [Mesas Redondas]¹⁷, tal vez porque el tema era prematuro”¹⁸

En 1964, como culminación del proyecto nacionalista y *mexicanizador* del sexenio de Adolfo López Mateos (1958-1964), se inaugura con gran pompa, bombo y platillo, el Museo Nacional de Antropología cuyo discurso museográfico, que se analizará en la Tercera Parte, reflejaba fielmente el centralismo nacionalista que ha imperado siempre en la política mexicana¹⁹. No por casualidad, también es producto de ese mismo proyecto y sexenio el Estadio

¹⁶ Bernal, 1979; Vázquez, 1996

¹⁷ Tula y los toltecas, 1941; Mayas y Olmecas, 1942.

¹⁸ Bernal, 1962:14

¹⁹ Cf. De Anda, 2006.

Azteca, cumpliendo cabalmente aquella máxima romana que rezaba: “al pueblo, pan y circo” (*panem et circenses*)

Para 1968, después de treinta años influyendo todavía sobre la política arqueológica nacional, Alfonso Caso recomendaba a los jóvenes arqueólogos mexicanos lo siguiente: “Para ti, que eres un arqueólogo que ha estudiado en México, tu área de trabajo es Mesoamérica; es decir, fundamentalmente el centro y sur de México y el norte de la América Central...”²⁰. De lo anterior, se deduce que para un arqueólogo mexicano, según Caso, debe ser más importante el estudio del norte de Centroamérica que el del norte de su propio país: México. Así, el arqueólogo mexicano, cual Sísifo, parece condenado por la admonición de Caso a empujar cuesta arriba el pétreo monolito llamado *Mesoamérica*.

Sin pretender adoptar la postura de una moral nacionalista ultrajada, se traen a colación las palabras del egregio abogado porque, en primer lugar, son un reflejo claro de la política centralista mexicana que permea incluso la “investigación” y la “ciencia” que se realizan en el país:

“El nacionalismo debe justificarse como una propuesta apropiada contra una uniformidad universalizadora, contra la dominación por parte del otro, pero su consecuencia es demasiado a menudo la imposición de la uniformidad, una profunda intolerancia de todas las particularidades que no sean las propias.”²¹

En segundo lugar, porque la influencia de Caso en la arqueología mexicana es indiscutible, no en vano fue el fundador del INAH treinta años antes de la publicación del texto suyo que antes citamos y, por ende, sus propios intereses

²⁰ Caso, 1968

²¹ Hastings, 2000:51

encauzaron gran parte de los proyectos arqueológicos de su tiempo; y en tercer lugar, porque parece que dichas palabras, casi sentenciosas, se han seguido al pie de la letra: la mitad del territorio mexicano que se encuentra allende la llamada “frontera septentrional mesoamericana” ha sido tradicionalmente ignorada por la mayoría de los arqueólogos nacionales, no solo a nivel práctico sino incluso, y esto es lo más lamentable, en lo que a “cultura general” se refiere. La mayoría de los arqueólogos mexicanos, como la mayoría del público lego en general, ignora que más allá de la frontera mesoamericana hubo mucho más que “*bárbaros chichimecas*”.

1.2.- Lo “académico”

El norte de México, como hemos visto, durante mucho tiempo ha sido relegado por las políticas de investigación oficiales de nuestro país. En primer lugar, la política centralista ha concentrado intereses y recursos en torno a un nacionalismo sustentado, en gran parte, por un pasado “glorioso” y espectacular; en segundo lugar, la “espectacularidad” de dicho pasado parece descansar, sobretodo, en su monumentalidad²².

Evidentemente, la “monumentalidad” de nuestro pasado, entendida en términos meramente arquitectónicos y materiales, se concentra en el centro-sur y sureste del país o, lo que es lo mismo, en lo que, desde 1943, Paul Kirchhoff propusiera llamar “Mesoamérica” e identificara como una región de “cultivadores superiores” y “altas culturas”²³.

²² Cf. Bernal, 1979; Vázquez, 1993; Esquivel, 1993

²³ Cf. Kirchhoff, 1954 y 1960

El mismo autor, siguiendo el hilo de su argumento, identifica al sur de Norteamérica, “The Greater Southwest o ‘La Norteamérica árida’”, con grupos de “cultivadores inferiores”, calificándolos como tales en franca comparación con aquellos otros que definían a “Mesoamérica”. En medio de estas grandes áreas culturales, a decir suyo, la situación no parecía muy alentadora:

“En la frontera norte [de Mesoamérica] la situación era *aún más desfavorable*, ya que con excepción de 2 tramos bastante cortos, uno en Sinaloa y otro insignificante en la costa del Golfo, donde sus vecinos eran cultivadores *inferiores*, Mesoamérica colindaba directamente con recolectores-cazadores”(las cursivas son mías)²⁴

Esta visión del norte de México, lamentablemente nada nueva en Kirchoff, continúa, hoy en día, permeando muchos de los estudios e investigaciones que se llevan a cabo en torno a esta región del territorio nacional. El mismo Kirchoff, que caracteriza a Mesoamérica por sus rasgos culturales, no hace lo mismo, en cambio, cuando define las áreas septentrionales ya que a estas se les caracteriza, principalmente, en función de su geografía, a saber *Aridoamérica* por su aridez y *Oasisamérica* por sus condiciones geográficas “más favorables” para la vida con respecto a la otra²⁵.

En 1956, Eduardo Noguera realiza el primer recorrido arqueológico mexicano en el estado de Sonora el cual, según él, “cuenta con pocos sitios importantes”²⁶ Desde su perspectiva, este estado “es, bajo el punto de vista arqueológico, el que tiene menor número de vestigios y la extensión y calidad de éstos, es muy inferior,

²⁴ Kirchoff, 1960

²⁵ La discusión en torno a los conceptos aludidos se desarrollará más ampliamente en el capítulo III.

²⁶ Noguera, 1976:23

si se les compara con los del centro y sur de México”²⁷. En su recorrido visita varios sitios de entre los que destaca el ahora famoso Cerro de Trincheras cuyos vestigios no le parecieron “espectaculares”, aunque sí “muy significativos”. Sin embargo, este mismo autor no duda en calificar a todo el noroeste mexicano con epítetos tales como “cultura humana muy atrasada”, “poco desarrollo”, “cultura poco adelantada” y, en general, “pueblos de gran atraso cultural”²⁸. No cabe más que preguntarse ¿cuál sería el “punto de vista arqueológico” adoptado por Noguera?

En su artículo de 1976, Noguera deja muy claro que su punto de vista arqueológico es el concepto *Mesoamérica*, ya que a lo único que otorga el grado de “civilización” y lo que describe más *in extenso* es el estado de Sinaloa y sus relaciones culturales con el “centro de México” y el “suroeste de Estados Unidos”. A decir suyo, las culturas “más primitivas” y “de carácter prehistórico” se encontraban “en especial en Sonora y Baja California”, mientras que “influencias de Mesoamérica se entremezclaron con las que venían de suroeste de Estados Unidos y formaron las culturas típicas, en especial de Sinaloa”. En resumen, para el citado autor lo más relevante de sus “Aspectos arqueológicos de Sinaloa, Sonora y Baja California” es, precisamente, la frontera septentrional mesoamericana:

“Los Estados del norte de México en donde se han encontrado culturas de cierto desarrollo arquitectónico y elaborada cerámica, son los de Zacatecas, Durango, Chihuahua y, en menor escala, Sonora.

²⁷ Noguera, 1958:5

²⁸ Cf. Noguera, 1976

*Su mayor interés radica en que constituyen la frontera septentrional de Mesoamérica, a la vez que muestran relaciones con las culturas del suroeste de los Estados Unidos*²⁹ (cursivas mías)

Cabe destacar, que para Noguera, como para muchos otros, arquitectura y cerámica eran los parámetros de la civilización, de aquí sus discutibles apreciaciones.

En 1961, se celebra la novena Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología en la ciudad de Chihuahua con el tema “El Noroeste de México”. Posteriormente, en 1963, la décima Mesa Redonda tiene lugar en San Luis Potosí con el tema “Las Áreas Desérticas y Semidesérticas del Centro y Noreste de México”. Esto podría hablar en favor de un interés creciente sobre el tema en cuestión; sin embargo, resulta significativo el hecho de que de las únicas tres Mesas Redondas que no han sido publicadas, dos son precisamente las que acabamos de mencionar: de la primera no queda registro alguno, por lo que no cabe la esperanza de su publicación, mucho menos la del análisis de los trabajos en ella presentados; de la segunda, para estas fechas, posiblemente tampoco. La tercera Mesa Redonda que no ha sido publicada corresponde, y no sorprende, a la decimoctava que fue celebrada en Taxco, Guerrero, en 1983, con el tema “El Occidente de México”³⁰. Y no sorprende porque, si como dice José Luis Lorenzo, el Norte de México es el “patito feo” de la arqueología mexicana³¹, el Occidente es el de la arqueología mesoamericana oficial.

²⁹ Noguera, 1975:197

³⁰ Cf. Arechavaleta, 1988

³¹ Cf. Lorenzo, 1981

Por otro lado, es revelador y altamente significativo que, aunque la decimosexta Mesa Redonda fue celebrada en 1979 en Saltillo, Coahuila, con el tema “Rutas de Intercambio en Mesoamérica y el Norte de México” (tema que se había decidido desde dos años antes en la Mesa Redonda de Guanajuato), el mismo Ignacio Bernal haya excluido deliberadamente al norte de nuestro país de su *Historia de la Arqueología en México*, publicada ese mismo año. Como justificación, simplemente se limitó a precisar:

“Me referiré, sobre todo, a aquella parte del territorio mexicano o de la zona maya limítrofe *que vio florecer una civilización prehispánica*, es decir, Mesoamérica, y sólo incidentalmente incluiré algunos datos de *lo que vagamente llamamos el Norte de México*. Evitemos así confundir dos historias muy distintas” (las cursivas son mías)³²

¿A qué se referiría con aquello de “dos historias muy distintas”? ¿Acaso la historia del norte de México no es parte, por pura y simple lógica, de la historia de México? ¿Acaso la historia de un todo no está relacionada con la historia de todas y cada una de sus partes? ¿Acaso la hipotética *frontera septentrional de Mesoamérica* es el límite político de la nación mexicana? La postura de Bernal, no difiere ni un ápice de aquella otra adoptada por Herbert J. Spinden, más de medio siglo antes, cuando este asumía que “Las antiguas altas culturas de México difícilmente se extienden más al norte del Trópico de Cáncer y la región más allá de éste es de escaso interés para nosotros”³³. En todo caso, Bernal debió haber escogido otro título³⁴ para su libro, algo así como “Historia de la Arqueología en

³² Bernal, Op. Cit, p. 19

³³ Spinden, 1928:13

³⁴ El título, por supuesto, no demerita el valor de la obra ni su importancia, solo hace evidente que, al parecer, la palabra “México” se refiere a un país que únicamente tiene centro y sur; el norte, o en palabras de Bernal:

Mesoamérica”, ya que presenta mucha más información sobre Guatemala y Honduras que sobre el norte mexicano, acatando así las indicaciones de Caso mencionadas anteriormente.

El mismo autor, es decir Bernal, más adelante, resume la situación que, según él, imperaba en la investigación sobre la arqueología del septentrión mexicano hacia finales de la década de los setenta, o lo que es lo mismo, durante la mayor parte del siglo XX, así como la perspectiva desde la cual se le veía en comparación con *Mesoamérica*:

“El norte y toda la parte central de la república que queda fuera de las fronteras mesoamericanas fueron bastante descuidados, *debido en gran parte a la situación muy peculiar de la arqueología en esa región*. Salvo algunos centros permanentes de habitación prehispánica, el resto del área *no presenta sitios concretos claramente definidos en donde realizar exploraciones*, sino que, por el contrario, el investigador necesita buscar en las cuevas, en los montes o en los valles *las huellas poco visibles* de las tribus nómadas que habitaron allí, salvo los casos de *bárbaros* sedentarios. En cierto modo el problema se parece al del hombre prehistórico, que, naturalmente, *no podemos tampoco encontrar en sitios localizables a simple vista*” (las cursivas son mías)³⁵

Parece que debemos entender, que la culpa de la falta de investigaciones en el norte del país la tienen sus habitantes prehispánicos por no haber construido monumentales megalópolis “claramente definidas”, “localizables a simple vista” y de fácil acceso para el investigador moderno. Sin embargo, no podemos dejar de mencionar que, para la fecha de la publicación de esta obra, tanto investigadores estadounidenses como europeos tenían décadas encontrando “sitios concretos claramente definidos” y “localizables a simple vista” únicamente por el hecho de

“...lo que vagamente llamamos el Norte de México”, aún cuando representa más de la mitad del territorio nacional, simplemente se da *por descontado*.

³⁵ Bernal, Op cit. P. 176-177

haberlos buscado, lo cual no hace sino evidenciar que los investigadores extranjeros se muestran más interesados en el norte mexicano que los propios mexicanos ¿Será por temor al fantasma de Caso? Pero detengámonos un poco en la historia de la *Historia...* de Bernal.

Desde varios años atrás, Bernal venía publicando algunos textos sobre la historia de la arqueología en México³⁶, aunque cabe aclarar que no era el único³⁷. Para 1952, fecha de algunas de estas primeras publicaciones, la arqueología del norte mexicano ya contaba con un considerable número de investigaciones; no obstante, Bernal opta por restarles importancia dado que, según su criterio, eran insuficientes para revelar “sus verdaderas y fundamentales relaciones con la Mesoamérica agrícola y sedentaria”³⁸. Dicho en otras palabras, si no se les puede relacionar con *Mesoamérica* entonces no existen. Lo peor de todo, es que desde este mismo artículo Bernal escribe el párrafo que citamos apenas dos párrafos arriba (“El norte y toda la parte central...”) y ¡27 años después lo publica de nuevo sin modificar una sola palabra!³⁹, lo cual sólo nos indica que a Bernal el norte de México le importaba un bledo, como él mismo deja evidenciado con su comentario a la Mesa Redonda de 1943 (*vid supra*)

Cabe añadir que, en 1978, apenas un año antes de publicar su *Historia*, Bernal entró a formar parte de la Comisión sobre *L'Histoire de l'Archéologie Préhistorique et Protohistorique*, presidida por Glyn Daniel y Gordon Willey⁴⁰, cuyas historias de la arqueología eran para entonces ampliamente conocidas, por

³⁶ Cf. Bernal, 1952a, 1952b, 1953, 1962a, 1962b

³⁷ Cf. Noguera, 1951; Lorenzo, 1981

³⁸ Bernal, 1952b:138

³⁹ Ibidem

⁴⁰ Cf. Daniel, 1981a

lo cual podemos suponer que se vio comprometido con sus colegas extranjeros y primermundistas y no encontró mejor carta de presentación que amontonar sus artículos viejos y publicarlos como una nueva obra, aunque muy poco “corregida y aumentada”. Quizá esto explique más convincentemente que su propia explicación el porqué su *Historia* solo llega hasta 1950. Queda claro que, para Bernal, 30 años de investigación arqueológica en el norte de México no ameritaban siquiera el cambio de ni una sola palabra de su párrafo lapidario.

En 1980, en una mesa redonda realizada en el Instituto Francés de América Latina, Bernal vuelve a exponer su insuficiencia de miras. Aunque por fortuna abrió pocas veces la boca frente a Octavio Paz y Tzvetan Todorov, habló lo suficiente para ponerse en evidencia. Después de dejar bien claro que para él los únicos indígenas prehispánicos de lo que ahora es el territorio mexicano fueron los mexicas, habla por ellos en un evidente acto de ventriloquía:

“Para el indígena no hay más que un mundo. Un mundo rodeado por los mares y, allá por el norte, unos cuantos bárbaros. Los que cuentan son los civilizados. Y los civilizados están rodeados por los mares. Fuera, más allá, no hay nada. No existen otras gentes y, por lo tanto, no hay ninguna razón para conocerlas, puesto que no existen”⁴¹

A lo anterior, añade: “Si los toltecas representan por definición al civilizado, y los chichimecas por definición al bárbaro, ¿cómo es posible que tengan ambos una historia en común?”. Esto nos aclara un poco más aquello de las “*dos historias muy distintas*” con lo que justificaba la exclusión del norte mexicano de su *Historia*...

⁴¹ *Apud* Paz, 2004:208.

Lamentablemente, esta visión no es privativa de los textos de hace décadas ni de los investigadores burocráticos oficiales. En agosto de 1991, por ejemplo, tuvo lugar el segundo Coloquio Pedro Bosch-Gimpera en torno a la “evaluación de los avances y logros que ha tenido la arqueología de México desde sus inicios hasta nuestros días”⁴², lo que dicho de otro modo significa la historia de la arqueología en México. Uno de los objetivos más importantes del coloquio, según Cabrero, fue “la inclusión de la región norte de nuestro país, zona olvidada por muchos años pero que ahora ha tomado impulso gracias a las nuevas generaciones” (Ibidem) Dicha “inclusión” alude al trabajo presentado por esta misma autora titulado *Historia de la arqueología del norte de México*, único que, al menos en el título, hace referencia a la región antedicha.

En este artículo, la autora define su región de estudio de la siguiente manera:

“Bajo una perspectiva geográfica, el norte de México abarca los estados limítrofes con la frontera política, es decir, Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas. Sin embargo, la multiplicidad de manifestaciones culturales en distintos niveles de desarrollo y tipos de producción impide tratarlos a todos en este trabajo. Por ello se decidió adoptar un criterio que, aún cuando resulta arbitrario, mantiene una cohesión histórico-cultural basada en las interpretaciones hechas a partir del material arqueológico recuperado durante las investigaciones.

Con base en lo anterior, en este trabajo se tratará la historia de la arqueología de los principales sitios ubicados en Chihuahua, Zacatecas y Sinaloa. A pesar de que este último estado corresponde al noroeste de México, participó en forma activa y relevante en la dinámica prehispánica de esa amplia región arqueológica.

En ese sentido, la arqueología del norte de México comprende, básicamente, tres centros de gran importancia cultural. Su ubicación en la frontera septentrional mesoamericana los convirtió en ‘puertos de entrada’ de índole comercial y, por ende, de rasgos culturales. Estos

⁴² Cabrero, 1993a:11

centros son Casas Grandes, en Chihuahua, y Alta Vista y La Quemada, en Zacatecas”⁴³

Ante esto, el lector no puede menos que parpadear atónito con un gran signo de interrogación flotando sobre su cabeza. La primera de muchas preguntas, inevitablemente, es ¿por qué se enlistan únicamente los estados fronterizos para definir “geográficamente” el norte de México y, una vez enlistados estos, por qué se basará el estudio en dos estados que no están incluidos en dicha lista y solo en uno que sí lo está?⁴⁴

En segundo lugar, uno se pregunta ¿qué será aquello de “un criterio que, aún cuando resulta arbitrario, mantiene una cohesión histórico-cultural basada en las interpretaciones hechas a partir del material arqueológico recuperado durante las investigaciones”?: ¿*Abracadabra*?

En tercer lugar, ¿cómo debe interpretarse el párrafo que reza:”A pesar de que este último estado [Sinaloa] corresponde al noroeste de México, participó en forma activa y relevante en la dinámica prehispánica de esa amplia región arqueológica”?

En cuarto lugar, parece que la definición que comenzó con seis estados fronterizos, se redujo luego a un estado fronterizo y dos que no lo eran para, después, quedar en tres sitios arqueológicos, uno en uno de los estados fronterizos iniciales y otros dos en otro estado no fronterizo.

En pocas palabras, el 60% de su “Historia de la arqueología en el norte de México” está basado en dos sitios arqueológicos que no forman parte de su

⁴³ Cabrero, 1993b:175

⁴⁴ Es como el dicho popular que reza “Los cuatro puntos cardinales son tres: norte y sur.”

definición de “norte de México”. ¿Es esto obra y magia del singular “criterio” adoptado por la autora? Más adelante, añade:

“Se decidió incluir en este trabajo la historia de la arqueología en el noroeste de México, correspondiente a Sinaloa, debido a que, *en cierta manera, ese estado forma parte del norte del territorio mexicano* y su población prehispánica, al igual que la de los sitios ya mencionados, intervino culturalmente en la problemática mesoamericana”⁴⁵(cursivas mías)

Se echa de ver que, para la autora, la historia de la arqueología del norte de México es, en realidad, la historia de la arqueología de aquellos sitios que, encontrándose en el norte del país, han sido culturalmente *mesoamericanizados* por la tradición arqueológica oficial del país. Podemos ahora intentar responder las preguntas del atónito lector.

En primer lugar, la autora parece enlistar los estados más septentrionales del país en un intento por validar el título de su trabajo, razón por la cual no le interesa, en realidad, definir con exactitud el norte de México (*vid infra*) ni, mucho menos, hacer la historia de su arqueología, misma que ya para 1991, fecha de celebración del coloquio, era bastante considerable pues rebasaba la centuria.

En segundo lugar, podríamos reescribir el párrafo citado de la siguiente manera: “Por ello se decidió adoptar un criterio, de ningún modo arbitrario, que mantenga una cohesión histórico-cultural mesoamericanista basada en las interpretaciones centralistas hechas a partir del material arqueológico recuperado durante las investigaciones en aquellos escasos sitios norteños designados por las instituciones arqueológicas oficiales como “mesoamericanos”.

⁴⁵ Op. cit. p.176

La tercera pregunta rebasa la capacidad lógica y comprensiva de quien esto escribe, aunque el último párrafo citado arroja alguna luz sobre el verdadero significado de la segunda parte de la misma; desafortunadamente, el “a pesar de” resulta demasiado críptico para mí.

Lo lamentable en este tipo de trabajos es, en primer lugar, que el título ofrece lo que el artículo no contiene; en segundo, que el investigador *crea* de verdad estar hablando sobre el norte de México cuando, en realidad, habla del norte de *Mesoamérica*; y, en tercero, que este tipo de artículos circulen sin ser criticados por ningún especialista contribuyendo así a sostener la falsa imagen que sobre la arqueología del norte de México ha creado el centralismo oficial mexicano.

Incluso algunas publicaciones más recientes y “serias” dentro del ámbito arqueológico académico nacional, continúan incluyendo descripciones en el siguiente tenor:

“Hasta el presente [¡año 2000!], el conocimiento que tenemos sobre los grupos y regiones que constituyen el norte de México es muy fragmentario e incompleto, limitándose a estudios de porciones reducidas. Los trabajos han estado encauzados por denuncias del hallazgo de algunas evidencias de presencia del hombre, *en el mejor de los casos*; pero en otras circunstancias, se sabe del descubrimiento de evidencias por las denuncias de saqueos de cuevas, abrigos o sitios abiertos, donde los buscadores de tesoros o de reliquias llevan a cabo depredaciones que lamentablemente alteran la información que de esos sitios pudiera tenerse, *de llevarse a cabo un estudio organizado.*” (cursivas mías)⁴⁶

⁴⁶ Nárez, 2000

¡De llevarse a cabo un estudio organizado! Esta única línea resume el desconocimiento lapidario que se tiene en los círculos oficiales en torno a una larga tradición de investigación, desarrollada en la mitad del territorio nacional, que ya rebasa los cien años.

Lo vergonzoso no es que existan “investigadores” que se atrevan, entre otras hazañas, a descontar de un plumazo a la península de Baja California tachándola de “girón de tierra” (cuando, además, jirón se escribe con “j”), y a poblar todo el septentrión mexicano, desde las playas del Océano Pacífico hasta las del Golfo de México, con “grupos nómadas” que ¡“colocaban piedras en torno a su *cabaña* para evitar que el viento la levantara”! (cursivas mías)⁴⁷. Lo vergonzoso, repito, es que se publiquen dichos artículos presentándolos, además, como “una obra actualizada y sintética sobre el pasado de los antiguos pueblos mesoamericanos”⁴⁸

Sin embargo, cabe señalar que, a pesar del oficialismo en contra, el número de estudios en torno a esta región del país se ha incrementado notablemente en los últimos veinte años⁴⁹, lo cual brinda la posibilidad de que, con un mayor y mejor conocimiento de sus características, dicha visión, digna del más puro evolucionismo lineal morganiano⁵⁰, se modifique sustancialmente.

Es importante aclarar que no se trata de menospreciar el trabajo que los investigadores citados arriba han realizado en otras áreas culturales del territorio mexicano, nada estaría más lejos de la intención de este escrito; únicamente, se

⁴⁷ Ibidem

⁴⁸ Franco, 2000

⁴⁹ Cf. Alvarez *et al*, 1988; Villalpando, 1999 y 2002; Villalobos, 2004; Carpenter y Sánchez, 1997; Newell y Gallaga, 2004.

⁵⁰ Recordemos que aquello de *Salvajismo, Barbarie y Civilización* fue propuesto por Lewis H. Morgan en “La Sociedad Primitiva” ¡en 1877!

pretende evidenciar cuál ha sido la postura oficial y tradicional que ha imperado durante la mayor parte de la historia de la investigación arqueológica en nuestro país con respecto a nuestra región de estudio.

2.- De centros y periferias

“There’s no escape from the cartographic paradox: to present a useful and truthful picture, an accurate map must tell white lies.

Because most map users willingly tolerate white lies on maps, it’s not difficult for maps also to tell more serious lies.”

Mark Monmonier, *How to Lie with Maps*, 1996

Resulta verdaderamente lamentable, que la miopía centralista de la oficialidad mexicana no se limite a las actividades académicas que suelen ser más especulativas, como las ciencias sociales o las humanidades en general. El hecho de que este sesgo haya permeado también disciplinas a las que, por su objeto de estudio, podría atribuírseles una visión más amplia y abierta de la realidad, no hace sino evidenciar las limitaciones y tendenciosas flaquezas de nuestro sistema educativo. Sin embargo, la geografía no está exenta de sesgos, como tendremos ocasión de comprobar en este capítulo.

Esto queda evidenciado en la reciente “actualización” de una obra básica para la formación de no pocos escolares en el país, ya que constituye uno de los puntos de referencia más socorridos por nuestros universitarios y profesionistas. Hablamos, por supuesto, de la *Historia General de México*, publicada desde la década de los sesenta por el Colegio de México y cuya “revisión y actualización” se viene llevando a cabo, o mejor dicho *reeditando*, desde el año 2000.

El capítulo inicial de la obra, que originalmente se llamó “Consideraciones corográficas”, ostenta ahora el título de “Regiones y paisajes de la geografía mexicana” y pretende ser, según su autor, un texto sobre las “diversas

circunstancias históricas que explican por qué el mundo ha llegado a ser como es”.

Desde sus primeros párrafos, el autor deja claro en qué consiste su “actualización”: un marcado acendramiento de la postura etnocentrista hace la diferencia entre la nueva versión y la anterior. Empezando por poner sobre la mesa los “componentes fundamentales de la geografía mexicana”, García Martínez no tiene empacho en asegurar que su parte “medular” es “el México Central” teniendo como “complementos inmediatos” lo que llama “las Vertientes del Golfo y del Pacífico”; dentro de su “México Central” la posición dominante la ocupa, por supuesto, la “Ciudad de México”. ¿Cómo puede tener un país tan diverso como México, geográficamente hablando, una parte “medular”?

Pero esto solamente es el principio: “Un elemento adicional” viene a ser lo que el autor define como “la Vertiente del Norte” (¡más de la mitad del territorio es *un elemento adicional!*) y “lo que resta del país” lo constituye un “concepto englobador pero poco explicativo de Sureste”, o sea, casi casi, *las sobras*.

La categorización como “Vertiente” de la mayor parte del país tampoco es inocente. Para el autor, el término *Vertiente* no se limita sólo a las consideraciones fisiográficas sino que también “deja expresar un estado actual de *dependencia o subordinación*” con respecto al México Central que, según él, “ocupa la posición dominante desde *por lo menos* el periodo clásico tardío” (cursivas más)⁵¹

En pocas palabras, para García Martínez ¡México es un país *constituido por la Ciudad de México y elementos complementarios, adicionales y restantes!* O como dicen en el Distrito Federal: “saliendo del D. F. todo es Cuahutitlán”.

⁵¹ García Martínez, 2000:45

Una cosa es encorsetar la “cultura mexicana” e incluso su historia en el concepto *Mesoamérica*, pero un exceso completamente grotesco e inaceptable es querer hacer lo mismo con su geografía. Y más inaceptable resulta cuanto que pretende *naturalizar* no solo dicho concepto sino el centralismo oficial mexicano entretejiéndolo con descripciones del paisaje y ¡remontándolo hasta “por lo menos” la cultura Teotihuacana!

Para el autor, el centralismo mexicano es poco menos que *natural* y *necesario*, por lo tanto es comprensible que su México Central (Ciudad de México) se entienda como el centro de una serie de relaciones radiales y longitudinales que tienen su origen y razón de ser en la capital del país. Así, las características de la Ciudad vienen a convertirse en la *causa* de su preeminencia geográfica y justifica, por ese simple hecho, una política centralista: como la capital alberga a la quinta parte de la población del país y tiene un espacio urbano gigantesco entonces el centralismo es la política más adecuada para manejarla. Pero las características de la Ciudad de México *no son la causa* que justifique ningún centralismo sino todo lo contrario, *son la consecuencia* de la aplicación secular de dicha política centralista.

Pero volvamos a lo nuestro. Después de apuntar linduras tales como que el Valle del Mezquital es el “traspatio rural de la Ciudad de México”; que del Nevado de Toluca a Guadalajara todo “admite una denominación global: Occidente” siendo, además, el occidente *del* México Central (“Por eso Occidente es parte del México Central: es *su* occidente”) y “su variedad cultural no es muy grande”; que el Bajío “no tuvo población sedentaria en la época prehispánica: la frontera de los nómadas era, a grandes rasgos, la ribera norte del Lerma”; que la agricultura de

temporal es “primitiva”; que el litoral del Golfo “es una línea virtualmente despoblada” y que “Tampico tiene el *agravante* de sus deficientes comunicaciones con el México Central”, concluye reafirmando su postura de que la Ciudad de México es el núcleo geográfico del país, únicamente porque, de alguna forma, se asume que la historia nacional ha girado en torno a esta entidad, lo cual, por supuesto, es completamente discutible.

Cuando se habla del *centro de México*, como hemos visto, por lo general se suele pensar en su capital, esto es en su centro político, mismo que, por un efecto de aura, se suele asumir como el centro geográfico. Sin embargo, como es de todos sabido, el centro geográfico de la actual república mexicana se ubica en el estado de Zacatecas, justo al norte de la capital estatal, apenas unos minutos de grado por encima del Trópico de Cáncer⁵². Entre ambos centros, el geográfico y el político, median más de quinientos kilómetros o, dicho de otra forma, el centro político del país está situado a más de quinientos kilómetros al sureste de su centro geográfico.

En términos culturales, la línea latitudinal que define al centro geográfico de México, misma que, para efectos prácticos, podríamos identificar con el Trópico de Cáncer, coincide, prácticamente, con aquella otra a la que se suele otorgar el académico nombre de *Frontera Septentrional Mesoamericana*. Resulta evidente, entonces, que quien definió Mesoamérica la ubicó en la mitad meridional del país y que el norte de México empieza, precisamente, en el Trópico de Cáncer.

⁵² Exactamente en 23° 37' 46.31086'' de latitud y 101° 55' 52.7000'' de longitud si se calcula exclusivamente con puntos continentales, o en la misma latitud y 102° 32' 16.4467'' de longitud si se toman en cuenta, además, algunos puntos insulares (Cf. INEGI, 2006)

No se trata aquí de caer en la llamada *cartofobia*, y todo lo anterior puede parecer, y de hecho es, una verdad de Perogrullo; no obstante, resulta tan evidente que, paradójicamente, no se ve. Es hartó recurrente que vean la luz publicaciones, tanto especializadas como de divulgación, que anuncian en sus títulos y subtítulos que su tema a tratar es la *arqueología del norte de México*, cuando, en realidad, tratan de la arqueología del *norte de Mesoamérica* o, lo que es lo mismo, del centro geográfico de México. El colmo de esta postura son aquellas publicaciones que, tratando de los estados de Querétaro o Hidalgo, asumen que tratan sobre el norte del país, simplemente porque dichas entidades se encuentran justo al norte de la capital⁵³. Dicho fenómeno, en apariencia banal, no lo es a la luz del presente análisis, ya que no deja de resultar sintomático de la relación existente entre los dos actores de este artículo: el norte de México y la arqueología oficial mexicana.

Ocurre en esto una suerte de metonimia entre entidades abstractas en que la parte, *Mesoamérica*, se toma por el todo, *México*. Parece lo más natural, entonces, que al hacer referencia a la región septentrional del área cultural que sirve de base histórica a la identidad nacional, se entienda que, al mismo tiempo, se hace referencia a la región respectiva del territorio en el cual dicha identidad se aplica oficialmente, con menoscabo, por supuesto, de todo aquello que no tiene cabida en dicho concepto “patriotero” y, más aún, de todo aquello que lo pone en entredicho, como es el caso de la frontera internacional con Estados Unidos, “La Línea”: símbolo palmario de una pérdida, históricamente reciente, cuyas dimensiones y repercusiones se encuentran, todavía, sobre la mesa de discusión.

⁵³ Cf. Hers et al, 2000; Braniff, 2001; Brambila, 2001

La metonimia *México-Mesoamérica* tiene raíces profundas. A decir de Octavio Paz: “Haber llamado al país entero con el nombre de la ciudad de sus opresores es una de las claves de la historia de México, la historia no escrita y nunca dicha”⁵⁴. Más allá de los desaciertos en que incurre el autor en su ya clásico texto, su aseveración no deja de tener importancia para este análisis. En primer lugar, porque ilustra claramente, al igual que el epígrafe al inicio de este ensayo, la noción que sobre el tema aquí tratado circulaba, y circula, entre la intelectualidad mexicana, en la que se incluyen, por supuesto, sus “investigadores”, antropólogos y arqueólogos; en segundo lugar, porque no deja de tener razón. “La capital –dice Paz- ha dado su nombre al país” lo cual contraviene, a decir del autor, “una regla universal, aunque no formulada, que exige distinguir cuidadosamente entre la realidad particular de una ciudad y la realidad plural y más vasta de una nación”⁵⁵, especialmente si dicha ciudad capital ha tenido una historia hegemónica destacada sobre el resto del territorio del país.

Pues bien, volviendo a *Mesoamérica*, este concepto se ha convertido en una de las piedras angulares sobre las que se ha construido la ideología nacionalista mexicana, amén de ser uno de sus discursos económicos más rentables ya que el turismo arqueológico constituye, hoy por hoy, una de las entradas de divisas más importantes para el erario mexicano. Así, aunque, a pesar de Paz, los habitantes de México-Tenochtitlan no fueron precisamente los opresores de lo que actualmente es “el país entero”, las *raíces históricas de la capital* se han querido instaurar como las *raíces históricas de la nación*, y los

⁵⁴ Paz, 1997:297

⁵⁵ Ibidem

aztecas han venido a representar al pueblo mexicano como consecuencia de una política indigenista centralista, chabacana y trasnochada cuya miopía no le permite vislumbrar más allá de la nariz de una mujer dormida ni de los humos de un Don Gregorio furibundo⁵⁶, y que sólo da para encorsetar la totalidad del territorio nacional dentro de un concepto cultural cuya principal propuesta teórica rara vez, por no decir nunca, ha sido discutida seriamente. Cabe entonces destacar, y en un país como el nuestro nunca será demasiado, que la centralización política y económica no implica necesariamente centralidad geográfica y mucho menos, como pretendía Gamio, *representatividad cultural*.

La arqueología mexicana, como hemos visto, no solo constituye uno de los contrafuertes institucionales más sólidos de la monolítica ideología oficial nacionalista de nuestro país sino que, al haber nacido apenas un poco después que la nación ha sido a la vez tributario y baluarte de la misma. Ideología esta desde la cual un observador poco atento podría deducir que los tratados de Guadalupe Hidalgo y La Mesilla se firmaron, en realidad, a la altura del Trópico de Cáncer.

⁵⁶ El Popocatepetl y el Iztaccíhuatl, topónimos náhuatl de por medio y altamente visibles desde la capital, son considerados, curiosamente, como símbolos nacionales, a pesar de que más allá de los límites septentrionales de la Cuenca de México son, prácticamente, invisibles.

3.- El Discurso Iterativo

- Y ellos, naturalmente, responderán a sus nombres, ¿no? –observó al desgaire el Mosquito.
- Nunca oí decir tal cosa.
- ¿Pues de qué les sirve tenerlos –preguntó el Mosquito- si no responden a sus nombres?
- A ellos no les servirá, pero sí a la gente que los nombra, supongo yo. Si no, ¿por qué tienen nombre las cosas?

Lewis Carroll, *Alicia a través del Espejo*

El concepto *Mesoamérica* encontró tierra fértil entre la “intelectualidad” oficial mexicana. En particular, la *frontera norte de Mesoamérica* ha tenido el efecto de un analgésico ideológico al paliar, cuando menos en el nivel discursivo, la pérdida del territorio nacional mediante un amplio *colchón* de “vacío” cultural entre la frontera internacional México – Estados Unidos⁵⁷ y la más “moderna” y “científica” frontera septentrional mesoamericana más allá de la cual, según el discurso oficial, solo había salvajismo y barbarie pero no civilización: “Después de la guerra –apuntaba ya Guillermo Prieto a finales del siglo XIX- lo mejor que hay entre México y Estados Unidos es el desierto”.

Una vez institucionalizado este *derecho artrológico*⁵⁸ e impuesta esta suerte de *limes* entre el *ager* y el *saltus* de los agrónomos romanos, entre el *plain* y el *bosc* de los *romans courtois* franceses, entre el *infield* y el *outfield* de los geógrafos ingleses⁵⁹, en resumen, entre aquende y allende la “frontera cultural”, era fácil, entonces, deducir que, en realidad, no se había perdido nada que valiera

⁵⁷ Para algunos, como Carlos Fuentes, monumental *cicatriz* decimonónica cuya naturaleza liminal subyace a todos los discursos en torno a la soberanía. Aunque, más que cicatriz sería una llaga pues continúa abierta y en construcción.

⁵⁸ “La tarea futura de la semiología es mucho menos establecer léxicos de objetos que hallar las articulaciones que los hombres infligen a lo real; diremos utópicamente que semiología y taxonomía, si bien aún no han nacido, acaso estén llamadas a su absorción en una ciencia nueva, la artrología o ciencia de las divisiones.” (Barthes, 1993)

⁵⁹ Cf. Le Goff, 1999

la pena, solo desiertos incultos llenos de indios bárbaros, salvajes y, por si fuera poco, nómadas que atacaban y destruían cualquier bienintencionado intento de sedentarización civilizada⁶⁰.

Con el norte de México sucede algo similar, aunque a nivel espacial, que con la Edad Media: situados ambos entre dos referentes de “alta cultura” se les asume, en consecuencia, como interregnos oscuros, incultos y misteriosos donde todo, o casi todo, es posible. Y es que nuestra cultura de masas, incluidas, lamentablemente, las llamadas “intelectuales”, no parecen tener necesidad del *norte* como realmente es, sino de un “norte” inventado, útil a la ideología oficial, un “norte” que, para completar el mito fundacional nacionalista, sirva de antagonista a los “agricultores superiores” cuyo avanzado desarrollo urbano, artístico y religioso constituye el “glorioso” pasado que legitima su soberanía. Un “norte” imaginario, ese que se ha consolidado, a través de los siglos, en el inconsciente colectivo.

A este respecto, es altamente ilustrativo el hecho de que, tras la construcción de la frontera internacional, la *Terra Incognita* novohispana o, dicho de otra forma, el *norte bárbaro* independiente se dividió en dos *nortes*. El primero, “con el que nos quedamos”, siguió y sigue llamándose “norte bárbaro”; el segundo, reivindicado por el nacionalismo expansionista norteamericano, cambió de “norte” a “*Southwest*”, así con mayúscula, y se instituyó como un área de “alta cultura”. Así, al nacionalismo parece no importarles hacer de la Rosa de los Vientos *un papalote*.

⁶⁰ Idea nada nueva si atendemos a las palabras que Lorenzo Boturini escribiera hace más de dos siglos y medio: “...chichimecos bárbaros que hoy día habitan en serranías, haciendo continuas correrías contra los indios mansos y españoles, y comen carne humana de sus enemigos” (Boturini, 1974:100)

Para encontrar teratologías en los territorios fronterizos no es necesario siquiera hablar de *Mesoamérica*: desde que el mundo era *Orbis Terrarum*, su periferia estuvo siempre poblada por hombres salvajes, monstruos marinos y otras quimeras. No hace falta más que echar un ojo a los mapas medievales. Nada nos impide pues, en aras de la tradición, importar tales mitologías al mapa de nuestro *Orbis Mesoamericanum*: “Fuera del campo verificable, más allá de lo que miran los ojos, se extienden el terror y el mito”⁶¹

Otro tipo de discursos han querido rescatar un poco la naturaleza de la tan mal traída y llevada identidad cultural prehispánica del norte, pero referirse al norte de México como “La Gran Chichimeca” o “Chichimecatlalli”, palabra de origen náhuatl, se antoja casi como un intento de lexicalización subliminal de una onomatopeya o, lo que es lo mismo, de *culturalización de lo silvestre*: “Sí, eran chichimecas, -parecerían querer decir Charles Di Peso, Beatriz Braniff y otros- pero eran *Grandes Chichimecas*”. Como si se aceptara, tácitamente, que es *necesario nombrar desde la “alta cultura” del “centro” aquello que, de tan salvaje y bárbaro, no tiene por sí mismo un nombre*:

“Ese desprecio por las denominaciones autóctonas corrobora un desprecio más amplio hacia los pueblos; antes de que llegaran los conquistadores, los territorios y los habitantes no existían (porque no tenían nombre, o al menos porque todos actuaban como si no tuvieran nombre), y cada cual designa a pueblos y lugares como mejor le parece.”⁶²

En este sentido:

⁶¹ Reyes, 1989:277

⁶² Calvet, 2005:73

“Nombrar puede ser una ponderosa arma de la propaganda cartográfica. Los nombres de lugares, o *topónimos*, no sólo tornan locaciones anónimas en elementos significativos del paisaje cultural sino que, además, ofrecen poderosas sugerencias sobre el carácter de una región y su filiación étnica”⁶³

Y es que, como apunta Calvet, “Ese derecho a dar nombre es la vertiente lingüística del derecho a tomar posesión.”⁶⁴

Por otro lado, desde la perspectiva norteamericana ¡el desierto del norte de México es el “Mar Chichimeca”!: *Across the Chichimec Sea*⁶⁵, *Riddles in the Chichimec Sea*⁶⁶ y *Traversing the Chichimec Sea*⁶⁷, tres de las publicaciones importantes sobre el tema, parecen avalar esta idea. Esta metáfora produce el efecto, y reproduce la intención, de uniformar la mitad norte del territorio mexicano bajo un mismo y único referente cultural: *lo chichimeca*:

“La imposición de la uniformidad, cuando no es genuinamente necesaria, es la imposición de un empobrecimiento cultural a menudo exigido hoy en día con especial arrogancia sobre la base de las ventajas económicas y políticas.”⁶⁸

Y *lo chichimeca* parece erigirse como el antagonista cultural de *lo mesoamericano*; esto, claro está, en el mejor de los casos, concediéndole a lo primero el reconocimiento de *expresión cultural*. Porque no es que pasando el Trópico de Cáncer ya no haya cultura, lo que ya no hay es *cultura mesoamericana*, en dado caso de que tal cosa exista, razón suficiente para que la institucionalidad oficial pierda por completo el interés.

⁶³ Monmonier, 1996:110

⁶⁴ Calvet, *op. cit.*

⁶⁵ Riley y Hedrick, 1978

⁶⁶ Mathien y McGuire, 1986

⁶⁷ Reyman, ...

⁶⁸ Hastings, 2000:49-50

Debido a lo anterior, resulta sintomático que en los mapas arqueológicos de México, el norte del país sólo se encuentre representado por un único sitio: *Paquimé*, considerado como “enclave mesoamericano” lo cual “explica” su “importancia” y la razón de su inclusión en los mapas referentes al “pasado nacional”. Pero recordemos que un mapa “puede representar un territorio inexistente con la misma seriedad que uno real, lo que nos indica que no podemos confiar en él”⁶⁹. Este tipo de *propaganda cartográfica* no es, por supuesto, inocente: “los propagandistas a menudo han alterado las impresiones que los usuarios de mapas tienen sobre paisajes culturales multiétnicos por medio de la supresión de la influencia toponímica de un grupo y la exageración de la de otro”⁷⁰. En el caso que nos ocupa, no sólo se destaca la “presencia” mesoamericana sino que se ignora por completo al resto de los desarrollos culturales prehispánicos que no son *mesoamericanizables*, dando la impresión de que en el norte, fuera de los llamados “enclaves mesoamericanos” no había nada más. Así, la sutil línea que separa a la propaganda de la *discriminación cartográfica* puede cruzarse oficialmente, desde un escritorio, con poco esfuerzo y muchas consecuencias:

“Lejos de fungir como una simple imagen de la naturaleza que puede ser verdadera o falsa, los mapas redesciben el mundo, al igual que cualquier otro documento, en términos de relaciones y prácticas de poder, preferencias y prioridades culturales. Lo que leemos en un mapa está tan relacionado con un mundo social invisible y con la ideología como con los fenómenos vistos y medidos en el paisaje. Los mapas siempre muestran más que la suma inalterada de un conjunto de técnicas.”⁷¹

⁶⁹ Corboz, 1983:27

⁷⁰ Monmonier, 1996:111

⁷¹ Harley, 2005:61

Los gobiernos, como también ha precisado Brian Harley, practican dos formas de censura cartográfica: una relacionada con secretos militares y seguridad nacional y otra, que es la que aquí nos interesa, que sirve para reforzar valores políticos y sociales: “En este sentido, los silencios cartográficos son, de hecho, una forma de desinformación geográfica”⁷². Y la desinformación puede tener consecuencias indeseables: “...la ausencia de cualquier contenido específico acerca del pasado dentro de cualquier política educativa puede negar por completo la existencia de un pueblo y una cultura enteros –incluso, se argumenta, facilitando el genocidio”⁷³.

Estos *silencios cartográficos*⁷⁴ no son sino una de las formas de lo que Mackenzie y Stone han llamado “el pasado excluido”: “Usamos el término ‘pasado excluido’ en un doble sentido, el cual comprende tanto el pasado prehistórico, mismo que está virtualmente excluido de la *curricula* en todo el mundo, como el pasado suprimido o negado de muchos grupos minoritarios, oprimidos o indígenas”⁷⁵.

Para estos autores, las razones por las cuales se excluyen ciertos aspectos del pasado son: 1) por una alegada falta de espacio en los programas de educación; 2) por ignorancia; 3) por considerarlo como un lujo innecesario que no tiene ninguna relevancia para la sociedad actual, y 4) por razones políticas e ideológicas⁷⁶. Si consideramos los aspectos excluidos, en mayor o menor medida, en la arqueología oficial mexicana (*vid infra*), compartimos la opinión de que:

⁷² Monmonier, 1996:122

⁷³ Ucko, 1990:xv

⁷⁴ Cf. Harley, 2005; Monmonier, 1996

⁷⁵ Mackenzie y Stone, 1990:2

⁷⁶ Op. cit: 3-4

“...la inclusión o exclusión en un *curriculum* pueden ser parte de una política de poder y nos permite también enfocar la atención sobre la manera en que las naciones han hecho uso de la docencia en torno al pasado en sus intentos por crear la clase de imagen nacional que mejor se adecue a su muy particular filosofía política”⁷⁷.

El norte mexicano, desiertos incluidos, calificado como bárbaro e inculto, entre otros gentilicios xenófobos y epítetos similares, cumple la función, a nivel discursivo, de “antagonista necesario” para completar y reforzar el mito maniqueísta de la patria/nación mexicana que busca hundir sus raíces en las “altas” culturas mesoamericanas. El “salvajismo” y la “barbarie” de los desiertos norteños realzan, de esta forma, la “civilización” de las culturas urbanas de la mitad meridional del país, “orgullosas raíces de nuestra identidad nacional” según rezan la publicidad y la política:

“...aquellas partes del pasado que no han sido excluidas a menudo están basadas en estereotipos que se derivan de preconcepciones acerca de las comunidades prehistóricas las cuales, a su vez, muchas veces son los residuos de las suposiciones occidentales acerca del desarrollo jerárquico que vendría desde el pasado hasta las modernas sociedades no literarias o no centralizadas (...) muchos de estos estereotipos son también sexistas y racistas”⁷⁸

Y también:

“Esas construcciones ideológicas ‘imaginarias’ no deben considerarse como pertenecientes al orden de un imaginario inofensivo y etéreo, producto de los azares de la fantasía poética, sino que ese imaginario ordena y trabaja profundamente el cuerpo social, produce violentos efectos sobre la identidad colectiva así como sobre las relaciones intraindividuales, y finalmente por las exclusiones y violencia

⁷⁷ Ucko, 1990:xv

⁷⁸ Ucko, 1990:xvii

simbólica que crea, determina de manera drástica el destino desdichado, la vida y la muerte, de una buena parte de la población.”⁷⁹

En este sentido:

“No debemos situar a priori el nacionalismo en una categoría especial, pero podemos y debemos reconocer que de la misma forma que cristianismo y marxismo han inspirado enormes abusos, también lo ha hecho el nacionalismo, sobre todo aquellas formas de nacionalismo basadas en criterios que de manera inherente son generadores de intolerancia.”⁸⁰

Un ejemplo cercano, es el que menciona Condori cuando relata que en Bolivia, el pasado de los indígenas es clasificado como “prehistoria” y es, por lo tanto, equiparado con lo “primitivo” e “incivilizado”, lo cual socava cualquier orgullo que los indígenas pudieran tener de su propia herencia cultural. Esto ha derivado en que los indígenas bolivianos tengan que pagar para poder entrar a sus propios lugares sagrados, incluso cuando los visitan por razones religiosas⁸¹. *¿Deja vu?* Esta situación *no es ficticia* y cualquier semejanza con la realidad mexicana es precisamente eso: *la pura realidad*.

Hace treinta años, Beatriz Braniff señaló que el desierto sonoreense era, quizá, “lo más opuesto, la antítesis de lo que Tenochtitlan – México, D. F. representa”⁸². En este sentido, consideramos que no es ocioso discurrir sobre el efecto que las herencias discursivas y las políticas nacionalistas tienen sobre la práctica cotidiana de una disciplina como la arqueología. Así pues, aunque algunos estamos seguros de que el norte de México no es *mesoamericanamente*

⁷⁹ Rozat, 2005:177-178

⁸⁰ Hastings, 2000:51

⁸¹ Cf. Condori, 1989

⁸² Braniff y Felger, 1976; Cf. Sariago, 1999; Camou, 1987.

monumentalizable; de que no encontraremos allí un “*mesoamerican way of life*”⁸³ ni, por otro lado, un “*Southwest circum-Pueblo*”⁸⁴, el discurso oficial sobre el glorioso pasado nacional, por un lado, y, por otro, una burocracia institucional que haría las delicias de Durkheim y Malinowski, no consideran importante el estudio y la investigación arqueológicos de la mitad septentrional del territorio mexicano que ha dejado de ser, para el imaginario popular, *Terra Incógnita* para convertirse en tierra baldía.

⁸³ Barranco, 1988

⁸⁴ Ortiz, 1979

**Segunda Parte:
Nacionalismo y Arqueología**

“En resumen, había aquí infinitos cuerpos magníficos, esfuerzos supremos, actos violentos, atavíos militares y diversas clases de muertes y una victoria incierta”

Francesco Colonna, Sueño de Polífilo, 1499

“¿Qué clase de trépano o de otras máquinas de trabajo fueron capaces de perforar la gran dureza y resistencia de esta piedra y vaciar materia tan tenaz, haciendo concordar el hueco interior con la forma externa?”

Francesco Colonna, Sueño de Polífilo, 1499

Introducción

“Y si todos los demás aceptaban la mentira que imponía el Partido, si todos los registros contaban el mismo cuento, el pasado pasaba a la historia y se convertía en verdad. ‘Quien controla el pasado’, decía el lema del Partido, ‘controla el futuro; quien controla el presente controla el pasado’. Y no obstante el pasado, incluso con su naturaleza inalterable, nunca había sido alterado. Lo que era cierto ahora lo era desde una eternidad a otra. Era bastante simple. Sólo se necesitaba una interminable serie de victorias sobre la memoria propia.”

George Orwell, 1984

De unos años a la fecha, el tema de la íntima relación existente entre la arqueología y el nacionalismo ha venido ganando mayor audiencia. Por un lado, el análisis de la manera en que las naciones-estado hacen uso del pasado y de la investigación arqueológica para reforzar la ideología oficial es, quizá, la cara más conocida de esta relación; por otro, menos atención se ha puesto en el hecho de que fue precisamente el desarrollo de estas naciones-estado el que impulsó, a su vez, el desarrollo mismo de la arqueología permitiéndole ir más allá del anticuarianismo y del coleccionismo de curiosidades al institucionalizarla, profesionalizarla, academizarla y popularizarla.

Esta relación de mutuo beneficio y retroalimentación se observa, en mayor o menor grado, en la mayoría de los países del mundo. Unos antes y otros después, han venido incorporando a sus historias el uso del pasado como un recurso útil para la creación de identidades nacionales¹. La arqueología no ha

¹ Cf. Barth *et al* ; 2005; Christenson, 1989; Coblenz, 2000; Fetten, 2000; Härke, 2000; Hastings, 2000; Hobsbawm, 2002; Malina & Vasícek, 1990; McBryde, 1985; McCrone, 1998; Maischberger, 2002; Marchand, 1996; Oyuela-Caycedo, 1994; Politis, 1992; Said, 1990 y 2004; Trigger, 1992; Ucko, 1995.

hecho sino revelarse como una de las formas más eficientes de fortalecer la imagen de dicho pasado y los vínculos que se establecen con él.²

La historia de la concepción del pasado se encuentra profundamente ligada, como veremos más adelante, a la historia de las hegemonías, de las soberanías y de la territorialidad.

² Cf. Díaz-Andreu y Champion eds., 1996

1.- Nacionalismo...

En palabras de Adrian Hastings, los conceptos de *nación*, *etnicidad*, *nacionalismo* y *religión* están “tan íntimamente vinculados entre sí que es imposible (...) escribir adecuadamente la historia de uno de ellos sin al menos hablar extensamente de los otros tres”³. Este autor, sostiene que la primera nación en Europa, y por ende en el mundo, fue Inglaterra quien no sólo manifiesta la *naturaleza* de lo que una nación es sino que la establece, es decir, se presenta como el prototipo de nación que el resto de los países europeos tomarán como modelo y, tarde o temprano, intentarán imitar. El *nacionalismo*, sin embargo, resulta un asunto de otro cariz, mucho más particular, dado que se requiere del concurso de numerosos factores para su manifestación, factores como la *lengua* y la *religión*, entre otros, que serán discutidos más adelante.

Para Anthony D. Smith, el nacionalismo puede definirse como: “Un movimiento ideológico para alcanzar y mantener la autonomía, la unidad y la identidad de una población que algunos de sus miembros consideran que constituye una ‘nación’ presente o futura”⁴. Puede entenderse como uno o más de los tres siguientes usos: A) lenguaje y simbolismo, B) movimiento sociopolítico, y C) ideología de la nación.

Como *movimiento sociopolítico*, lo único que lo diferencia de otros movimientos en lo que a organización, técnicas y actividades se refiere, es su “énfasis en la gestación y la representación culturales”⁵:

³ Hastings, 2000:11

⁴ Smith, 2004:23

⁵ *Ibidem*

“Las ideologías del nacionalismo requieren una inmersión en la cultura de la nación, el redescubrimiento de su historia, la revitalización de sus lenguas vernáculas a través de disciplinas como la filología y la lexicografía, el cultivo de su literatura, especialmente la poesía y el drama, así como la restauración de sus artes y oficios vernáculos, sin olvidar la música, las danzas tradicionales y folclóricas.”⁶

Si atendemos al caso mexicano, este “énfasis” cultural ha sido expuesto y analizado de manera sugestiva por algunos reconocidos ensayistas⁷. El nacionalismo mexicano no sólo ha incluido en su discurso el “rescate” del *patrimonio* cultural, tan polémico en estos días⁸, del que lenguas indígenas, música, trajes y comidas típicos son un buen ejemplo; sino, además, el control institucional de la producción del mismo, como evidencia sobradamente la historia del cine, la pintura, la literatura y la arquitectura en nuestro país. El caso de la escultura es sumamente ilustrativo porque, aunque Monsiváis se extrañe de que no exista una corriente cerne y destacada de este arte en México, dada su extendida práctica durante la época prehispánica, esto no hace sino evidenciar que, en realidad, no existe una continuidad verdadera entre las culturas prehispánicas y la cultura mexicana (que no indígena) actual, especialmente si consideramos que quienes *hacen* la “cultura” actualmente en México no son precisamente descendientes de indígenas. De hecho, existe un hiato cultural entre la época prehispánica y los pueblos indígenas, por un lado, y la construcción cultural del nacionalismo mexicano, por otro. Este último, extiende sus raíces

⁶ Smith, 2004:21

⁷ CF. Florescano, ...; Monsiváis, 2000; Manrique, 2000

⁸ En una de las últimas sesiones del periodo ordinario del Senado fue aprobado un dictamen sobre "federalismo y desarrollo municipal", con el que se propone modificar la atribución del Congreso de la Unión para legislar de manera exclusiva en materia de monumentos históricos, arqueológicos y artísticos (art.73 fracc.XXV de la Constitución), en función de promover una mayor participación de las entidades federativas y los municipios en materias hasta ahora reservadas a la federación (art.124)

hasta el otro lado del Atlántico y, al menos en territorio nacional, no puede rastrearse más allá de la élite criolla del siglo XVI. Aunque en realidad, como movimiento sociopolítico, hace su aparición en las postrimerías del periodo novohispano como presagio de los posteriores movimientos armados del siglo XIX:

“Normalmente, un movimiento nacionalista no suele empezar con protestas ni manifestaciones, ni por medio de la resistencia o el pronunciamiento armado, sino con la aparición de sociedades literarias o de investigación histórica, o con festivales de música y revistas culturales...”⁹

Como *lenguaje y simbolismo*, el nacionalismo tiene una función no menos importante. El simbolismo nacionalista se caracteriza por la amplitud de su objeto, la nación, y por la “tangibilidad y viveza de sus signos característicos”: el nombre propio de la nación, su escudo, su bandera, su himno, etc.:

“Los nombres propios se eligen, o se conservan desde el pasado, con el fin de expresar lo más distintivo de la nación, su heroísmo y su sentido del destino, y para hacer que esas cualidades resuenen entre todos sus miembros. Lo mismo ocurre con las banderas y los himnos nacionales: sus colores, formas y patrones, su letra y música, resumen las cualidades especiales de la nación y con sus formas y ritmos simples procuran conjurar un intenso sentimiento de historia y/o de destino únicos entre la población correspondiente.”¹⁰

“México”, un águila devorando a una serpiente sobre un nopal¹¹, “verde, blanco y colorado, la bandera del soldado”, “Mexicanos al grito de guerra...”, etc., son frases y conceptos que se inculcan, y se aprenden, desde la más tierna

⁹ Smith, 2004:21

¹⁰ Smith, 2004:22

¹¹ O lo que es lo mismo: rapiña y ponzoña sobre espinas...

inconciencia a párvulos de *kindergarden*, preprimaria y escuela primaria acompañados por los infaltables “paso redoblado” y “tomar distancia...¡ya!” en un claro intento por hacer realidad efectiva la frase “un soldado en cada hijo te dio” de la inspiración “patriótica” de Nunó y Bocanegra. Y es que, como ya lo sabían los jesuitas adoctrinadores de la niñez indígena de la Nueva España, la infancia es el mejor momento para inculcar ideologías.

El canon simbólico nacionalista, entonces, tiene una función bien definida: “La panoplia de simbolismos nacionales sólo nos sirve para expresar, representar y reforzar la definición fronteriza de nación y para unir a sus miembros mediante una imaginería común y recuerdos, mitos y valores compartidos.”¹²

Como *ideología*, el nacionalismo orienta y fortalece el simbolismo y los movimientos sociopolíticos:

Los objetivos de los movimientos sociopolíticos no se definen por las actividades o el personal que forman el movimiento, sino por las ideas y principios básicos de la ideología. De forma similar, los símbolos y el lenguaje característicos del nacionalismo están conformados por el papel que desempeñan en la explicación y evocación de los ideales de la nación y por cómo promueven los objetivos establecidos por la ideología nacionalista.¹³

Así, como hemos visto, la ideología es, según Smith, el elemento central de la definición del nacionalismo y la que, en aras del “bienestar de la nación”, promueve tanto la autonomía como la unidad e identidad nacionales. En este sentido, resulta interesante la definición que el mismo autor nos ofrece de “nación”: “...una comunidad humana con nombre propio que ocupa un territorio

¹² Smith, 2004:22

¹³ Smith, 2004:23

propio y posee unos mitos comunes y una historia compartida, una cultura pública común, un sistema económico único y unos derechos y deberes que afectan a todos sus miembros”¹⁴. Claramente se destaca que hablar del *bienestar de la nación* no es lo mismo que hablar del *bienestar del país* dado que la nación es un constructo ideológico y el país es una entidad geográfica y no necesariamente existe una relación de paralelismo entre ellos. En otras palabras, *la nación no es un reflejo especular del país*, por lo tanto, existirán regiones del país que no estén consideradas dentro del discurso nacionalista dado que no encajan dentro de su ideología. No obstante, el nacionalismo, al ser totalizador, encontrará siempre alguna forma de incluir discursivamente a la totalidad del territorio, *aunque sea en forma negativa o antagónica*. Esta es una de las implicaciones de que la ideología tenga que ser común a todos los que comparten un territorio.

Particularmente, el término *identidad nacional* resulta sumamente útil para nuestro análisis. Habiendo sustituido históricamente a términos como “carácter nacional” y “conciencia nacional”, es definida por Smith como: “la continua reproducción y reinterpretación del patrón de valores, símbolos, recuerdos, mitos y tradiciones que componen el patrimonio distintivo de las naciones, y las identificaciones de los individuos con ese patrón y esa herencia, así como con sus elementos culturales”¹⁵.

En este sentido, decir “historia antigua de México” para hablar de olmecas, mayas, mexicas y teotihuacanos no es, por cierto, una metonimia inocente: otorga a la nación mexicana, que apenas va a cumplir 200 años, una antigüedad

¹⁴ Smith, 2004:28

¹⁵ Smith, 2004:33

validatoria enlazándola discursivamente con los antiguos y “grandes” pobladores del actual territorio nacional, aunque hay que precisar que *no con todos*. Asumir que aquellos eran *antiguos mexicanos ergo* nosotros somos sus descendientes, es tratar de fortalecer una identidad imaginaria¹⁶ naturalizándola con la subliminal apelación temporal de que *siempre ha sido así*. Pero, ni aquellos pudieron ser nunca miembros de una nación que a la sazón no existía, ni nosotros somos sus descendientes ya que la mayor parte de los ciudadanos mexicanos actuales desciende de europeos, asiáticos y/o africanos¹⁷, en especial los que practican las ciencias antropológicas. Atiéndase, si no, a los apellidos de nuestros más señeros escolares que son quienes han mantenido y continúan manteniendo el discurso desde la privilegiada posición de los más altos puestos ejecutivos de la institucionalidad nacionalista.

En cuanto a las *ideologías nacionalistas*, Smith afirma que éstas “tienen unos objetivos bien definidos de autogobierno colectivo, unificación territorial e identidad cultural, y a menudo también un programa político-cultural muy claro y preciso para alcanzar esos objetivos”¹⁸. Y aunque existe una tipología bastante diversa de ideologías nacionalistas, en conjunto presentan ciertos elementos básicos en común y a los que el mismo autor ha listado de la siguiente manera:

1.- “Un conjunto de proposiciones básicas a las que la mayoría de los nacionalistas se adhieren, y que emanan de ellos mismos”, conjunto también llamado por el autor como “doctrina básica del nacionalismo”. Estas proposiciones

¹⁶ Cf. Anderson, 1991

¹⁷ Cf. ECM, 2000

¹⁸ Smith, 2004:38

se resumen en: A) el mundo está dividido en naciones, cada una con sus características, historia y destino; B) la nación es la única fuente de poder político; C) la lealtad a la nación está por encima de cualquier otra lealtad; D) para ser libre, cada individuo ha de pertenecer a una nación; E) toda nación requiere autonomía y plena libertad para la propia expresión; y F) la paz y la justicia mundial requieren un mundo de naciones autónomas. Y aunque dicha lista presenta el aspecto de un catecismo, no todos los nacionalistas se han apegado ni actuado en consonancia con ella por motivos diversos cuya discusión no corresponde a este trabajo¹⁹.

2.- “Algunas ideas fundamentales que están presentes en todo nacionalismo, si bien en grados diferentes”. Dichas ideas, derivadas de la “doctrina básica”, son la autonomía nacional, la unidad nacional y la identidad nacional; y

3.- “Una amplia serie de conceptos emparentados entre sí, que dan un significado más concreto a las abstracciones fundamentales del nacionalismo”. Entre estos, los más destacados son *autenticidad, continuidad, dignidad, el destino, adhesión* (como amor a la patria) y *territorio patrio*.

¹⁹ Cf. Smith, 2004

2.- ... y Arqueología

A decir de Anthony D. Smith, en su énfasis sobre la identidad nacional los nacionalismos “están tan frecuentemente acompañados y alimentados por los esfuerzos de los intelectuales que intentan buscar las <raíces> y el <carácter> de la nación en disciplinas como la arqueología, la antropología, la sociología, la lingüística y el folclore.” La antigüedad y la esencia se constituyen, de alguna forma, en la medida de la importancia y reputación de las cosas. “Estas disciplinas académicas –continúa Smith- ofrecen las herramientas y los marcos conceptuales para encontrar [¿o para construir?] una respuesta a la pregunta ¿quiénes somos?, ¿cuándo comenzó nuestra historia?, ¿cómo nos desarrollamos?”²⁰.

De hecho, la aparición misma del nacionalismo estimuló la creación y el desarrollo de la arqueología como una ciencia, o si se prefiere como una disciplina científica, e influyó no sólo en la organización del conocimiento arqueológico sino incluso en su misma infraestructura. Sin la existencia del nacionalismo, aseguran Margarita Díaz-Andreu y Timothy Champion, la arqueología o el estudio del pasado difícilmente habría avanzado más allá de ser un *hobby*: el pasatiempo de un grupo de intelectuales que buscaban un lugar en una sociedad dominada por la Monarquía y la Iglesia: “La nación –dicen los autores- fue al mismo tiempo el patrocinador de la investigación y su objeto de estudio”²¹.

Para estos autores, la relación existente entre el nacionalismo y la arqueología puede ser estudiada desde diferentes puntos de vista. En primer lugar, esclarecer el papel que la arqueología ha jugado en la construcción de las

²⁰ Smith, 2004:45

²¹ Cf. Díaz-Andreu y Champion, 1996:3-4.

identidades nacionales; en segundo término, la naturaleza de la vinculación entre la creación de los estados nacionales y la institucionalización de la arqueología mediante museos, universidades y otras instituciones de educación o investigación; un tercer tema de estudio se relacionaría con la imagen pública de la arqueología y sus productos y en la manera que el nacionalismo ha influido en la versión oficial del pasado que llega a las masas a través de la educación escolar, los museos, la literatura popular y otros medios de difusión.

Finalmente, investigar el papel que los estudios arqueológicos han tenido en el reforzamiento de los elementos lingüísticos, étnicos y racistas en la construcción de una identidad nacional. Dentro de este punto, es necesario considerar la actuación de los arqueólogos mismos, sus identidades regionales, sus filiaciones políticas, étnicas y/o religiosas, y el número y representatividad tanto de arqueólogos pertenecientes a minorías como de trabajos arqueológicos en áreas, regiones, temáticas y/o periodos tradicional e históricamente preteridos.²²

Por supuesto, un aspecto de gran importancia al momento de evaluar la relación entre la arqueología y las ideologías nacionalistas es el hecho de que en numerosas ocasiones los trabajos arqueológicos llevados a cabo en ciertas regiones han sido planeados, patrocinados y evaluados desde el exterior, es decir, desde otros países. Trigger ha llamado a esto arqueología colonialista, esto es, la que imperios como el británico o el francés, por ejemplo, han desarrollado en sus territorios coloniales²³. Evidentemente, este tipo de estudios no están orientados a

²² Cf. Díaz-Andreu y Champion, 1996.

²³ Cf. Trigger, 1992.

reforzar ningún sentimiento nacionalista en la región de estudio, antes bien cabría pensar que se inclinan más hacia la legitimación de la supremacía del imperio sobre las colonias estudiadas. Lo que aquí nos atañe, es el hecho de que no es infrecuente que dichos estudios se importen acríticamente hacia los países que, como México, habiendo atravesado un proceso de independencia, pretenden fundamentar su identidad nacional asumiendo que lo esencial de dicha identidad es aquello que a los imperios, en su momento, les pareció interesante o de alguna relevancia. Una identidad fincada en el exotismo no será nunca un cimiento confiable.

Hacer antropología en un solo país, en el mismo país de quien la hace no es lo mismo que hacerla en un país distinto; pero, aún así, hacerla en el mismo país no demerita necesariamente el *asombro*. Por otro lado, hacer antropología en un solo país, en el mismo país de quien la hace, sin hacerla paralelamente fuera de él, tiene numerosas implicaciones. En este sentido, como veremos más adelante, el caso de la arqueología es sintomático y sumamente ilustrativo.

A decir de algunos autores, la antropología nació para justificar el imperialismo colonialista a través de un discurso evolucionista social. Había que acomodar, de alguna forma, todo lo que al pensamiento europeo occidental decimonónico sonara extraño: lo exótico, lo antiguo, lo folclórico, pero también *lo nuevo*, eran realidades palmarias que debían tener alguna explicación. La piedra clave de dicho discurso es el concepto de cultura. Fuera de este discurso, el concepto pierde su razón de ser, se torna resbaloso y difuso. Por otro lado, el arco antropológico colapsaría sin esta piedra clave. Los intentos que se han hecho por

rescatarlo desde otras perspectivas, especialmente desde el estructuralismo, no han hecho sino demostrar su insuficiencia. Como hemos visto, la arqueología, por su parte, debe su posterior desarrollo e institucionalización a la aparición del nacionalismo²⁴.

Que la antropología y la arqueología hayan nacido en países occidentales, colonizadores e imperialistas, especialmente en Inglaterra, que tenían que “lidiar” con costumbres extrañas y exóticas y acomodarlas de alguna forma en su *visión del mundo*, dice mucho acerca de la naturaleza y el carácter formativo de la esencia de dichas disciplinas. Según Edward Said, hubo dos elementos principales que configuraron las relaciones Este-Oeste: el primero fue que “Europa adquirió unos conocimientos sistemáticos y crecientes acerca de Oriente que fueron reforzados por el choque colonial y por el interés general ante todo lo extraño e inusual que explotaban las nuevas ciencias, como eran la etnología, la anatomía comparada, la filosofía y la historia”, además de la literatura; el segundo elemento fue que “Europa mantuvo siempre una posición de fuerza, por no decir de dominio...”²⁵. Tanto así que, en términos generales, todo el orbe fue bautizado desde “ese diminuto cabo de Asia”, como no recuerdo quién ha llamado al único continente que no se define por ser una tierra emergida independiente de otras, “llamada continente por incontinencia del lenguaje”²⁶. “Pero Occidente –dice Paz– es la primera civilización que tiene remordimientos. Por eso, también, tiene antropología”.²⁷

²⁴ Cf. Díaz-Andreu y Champion, 1996; Barth *et al*, 2005; Said, 1990 y 2004

²⁵ Said, 1990:63

²⁶ Morin, 2003:31

²⁷ “Lévi-Strauss ha dicho que la antropología es la expresión de los remordimientos de Occidente” (Paz, 2004:214)

Algo muy similar puede decirse de la ocupación europea de América, ese otro *Oriente* que quedaba hacia el poniente. El *Orientalismo*, tal y como lo ha definido Said, encontró un campo fertilísimo al poniente de Europa. De hecho, tanto el *Orientalismo* como el *Americanismo* nacen, según los que saben, al inicio del siglo XIX: el primero con la expedición napoleónica a Egipto y el segundo, con la visita de Alexander von Humboldt a América. Es pues la Europa imperialista y colonialista decimonónica la cuna indiscutible de lo que más tarde ella misma bautizaría como “Antropología” y “Arqueología”. Así, no es extraño que la misma esencia permee los *...ismos* mediante los cuales los “herederos del imperio romano” se acercan al “resto del mundo”, mismo que, por si fuera poco, ellos mismos han colocado a diestra y siniestra del meridiano de Greenwich²⁸. Y es que Europa no sólo construyó el *Oriente* del *Orientalismo*, sino también el *Occidente* del que, obviamente, ella misma es el núcleo definitorio²⁹. El eurocentrismo es la medida de todas las cosas.³⁰

A decir de alguno, “el principal hecho ocurrido en la historia del planeta entre los años 500 y 1500 es la aparición de la primacía de Europa”³¹. Y siendo Europa la cuna de cinco de los más grandes imperios de la historia moderna (España, Portugal, Inglaterra, Francia y Alemania), la afirmación del medievalista

²⁸ El *meridiano de Greenwich* es el meridiano que pasa por el antiguo Real Observatorio de Greenwich, ubicado en un suburbio al este de Londres. También se conoce como *meridiano de origen*, *meridiano cero* o *primer meridiano*, adoptado por un acuerdo internacional, desde el 1 de enero de 1885, en pleno periodo victoriano, como origen para medir la longitud y, también, como la línea base para establecer los husos horarios a nivel mundial.

²⁹ Es interesante observar cómo, aunque la mayor parte de Europa se encuentra al oriente del *meridiano de Greenwich*, muchos de sus países se asumen como Europa *Occidental*. Y es que *Oriente* y *Occidente* no se definen realmente en términos geográficos sino, al parecer, con base en diferencias de orden cultural, especialmente de carácter religioso.

³⁰ Cf. Reverter, 2006; Carmagnani, 2004. Caso notable e ilustrativo, es el de la construcción europea de “los trópicos” (Cf. Arnold, 2000)

³¹ Fossier, 1988:10

cobra especial significación, sobretodo porque el imperialismo parece estar en las raíces mismas de su nacimiento.

Europa, desde su pasado romano, siempre ha sido “colonizadora”; sin embargo, a la hora de construir su identidad nacional, los países europeos se han volcado sobre su pasado autóctono: sajones, germanos, galos, celtas, etc., han servido para distinguir a los países europeos entre sí: “Desde la época de los romanos –apunta Suzanne Marchand-, los ‘antiguos’ y los ‘modernos’ se han desplazado y reemplazado los unos a los otros como ídolos culturales, y en el futuro se verán también semejantes cambios de gusto e interés”³². Pero la herencia romana, ha servido para distinguir a Europa del resto del mundo, especialmente del imperio Árabe que ocupó gran parte de su territorio durante siglos. Europa, o al menos una parte de ella, solamente ha sido colonia bajo la hegemonía árabe y bien se ha ocupado de obviar este episodio: se hace más arqueología romana que árabe, por ejemplo, porque un pasado de conquistadores sirve mejor a la identidad nacional que un pasado de conquistados³³. No obstante, países como Inglaterra, Francia y Alemania –imperialistas por excelencia- no han conocido la ocupación extranjera –es decir, no europea- de sus territorios; en cambio, han ocupado territorios ajenos en casi todo el mundo³⁴.

Muy distinta es la identidad nacional de los Estados Unidos, vástago también, aunque tardío, de aquella “primacía” y, en cierta forma, primera *unión europea* política y económicamente hablando. Su hegemonía le viene de haber sido la primera nación independiente en un continente de colonias. Al provenir de

³² Marchand, 1996:xxiv

³³ Cf. Díaz-Andreu, 1996

³⁴ Cf. Barth *et al*, 2005; Said, 2004; Soler, 2003; Reverter, 2006

la independización de varias colonias inglesas, la farsa de inventarse un pasado autóctono en un territorio ajeno hubiera sido demasiado grotesca y evidente. Así que han recurrido a la negación de dicho pasado autóctono, mediante la eliminación de la población indígena, para que nada ponga en entredicho su “derecho” a tener una identidad nacional y un territorio “propio” y han proyectado su identidad histórica hacia el futuro. A falta de raíces históricas en el continente, los Estados Unidos se han aferrado *mutatis mutandis* a la *Declaración de Independencia* y han hecho del *Destino Manifiesto* una justificación del expansionismo. Y es que una historia de colonización sirve mejor a los intereses nacionalistas que una historia de exterminio y genocidio³⁵:

“Desde hace medio milenio, los occidentales imaginaron una América que respondiera a sus aspiraciones, a sus sueños, a sus esperanzas. Se apropiaron de su historia y destruyeron sus culturas, considerando a sus sociedades tradicionales como vestigios arcaicos de un mundo incapaz de evolucionar, destinadas, por lo tanto a la extinción”³⁶

Además:

“Desde los lejanos días de los viajes colombinos, la existencia del indio presentaba a la conciencia europea un enorme problema, no porque se interesara realmente en el ser fundamental e histórico de esas civilizaciones que se acababan de encontrar, sino porque ese encuentro amenazaba desde el interior el conjunto de certezas sobre las cuales occidente había construido su conciencia de sí, una conciencia que pretendía legitimar su derecho de apropiación del orbe entero en nombre de una superioridad natural reconocida por un dios totalitario.”³⁷

³⁵ Zinn, 2003; Trigger, 1980

³⁶ Jacquin, 2005:9

³⁷ Rozat, 2005:180

El expansionismo estadounidense ha servido únicamente para agravar dicha situación exterminando sistemáticamente, durante el siglo XIX, a muchas de las culturas que no fueron destruidas por los españoles, los ingleses, los franceses, los portugueses y las epidemias en los tres siglos anteriores. Los nacionalismos europeos se basan en un “haber estado siempre allí”³⁸, el estadounidense, en asumir que “estaban predestinados a estar siempre allí”³⁹. Europa se cimenta y justifica en el pasado; Estados Unidos, en el “futuro”.

España, por su parte, se convirtió en imperio a causa de sus “primicias” americanas. Pero su imperialismo, matizado todavía por la ocupación árabe, duró poco y fue fuertemente competido por ingleses, portugueses y franceses. El imperialismo español no tuvo tiempo de consolidarse y su relación con lo *exótico* y lo *extraño*, debido a su reciente herencia árabe, fue muy distinta de la de aquellos otros imperios que no tenían una “presencia extraña” que exorcizar de su historia reciente: al renegar del árabe para consolidar su identidad recién reconquistada, el imperio español se llevó, literalmente *entre las patas de los caballos*, a las culturas indígenas americanas. En su furia de revaloración identitaria de fines del siglo XV, España arrasó con todo lo que no fuera español y católico, perdiéndose así, para siempre, la oportunidad del intercambio cultural entre dos mundos completamente independientes:

“En el caso de Castilla –que hubiera podido aprovechar la oportunidad de mantener una relación de intercambio cultural con sociedades más desarrolladas que algunas africanas, como la azteca y la inca- ni siquiera se planteó la posibilidad dado que la actitud,

³⁸ Díaz-Andreu y Champion eds., 1996.

³⁹ Morison *et al*, 2003

presumiblemente alejada de la voluntad comercial, se basaba, desde un principio, en el dominio expansionista de cuño religioso.”⁴⁰

En su “corta” vida, el imperio español no alcanzó a desarrollar una relación hegemónica suficiente como para interesarse “científicamente” en su componente exótico, teniendo que desprenderse de él demasiado pronto. Situación muy distinta a la de Inglaterra, significativamente cuna de la antropología, cuya larga relación imperialista con sus colonias de ultramar le permitió desarrollar un gusto aristocrático por el *exotismo* y, posteriormente, un interés de las clases “cultas” en el mismo: primero en lo antiguo, como Grecia, Roma y Egipto; luego, en lo “diferente”, como la *Commonwealth*. Francia y Alemania hicieron lo propio en sus imperios y, posteriormente, Estados Unidos, una vez asegurada su hegemonía en América, adoptó la moda⁴¹.

⁴⁰ Soler, 2003:47

⁴¹ Cf. Barth *et al*, 2005

**Tercera Parte:
Herencias Discursivas**

“Para averiguar dónde estaba la verdad, miré por la amplia puerta y vi que en el fondo había una densa oscuridad y una concavidad...”

Francesco Colonna, *Sueño de Polífilo*, 1499

Introducción

“¿Qué es la antropología sino la descripción de costumbres insólitas y ritos delirantes?”

Octavio Paz, *Posiciones y contraposiciones: México y Estados Unidos*

Es interesante observar cómo, cuando uno curiosear por los pasillos de las librerías mexicanas, puede encontrar, en la sección dedicada a la “Antropología” (cuando ésta existe), una amplia variedad de obras y temas de los cuales un antropólogo profesional descartaría más de la mitad. Sin embargo, para el público general y, evidentemente, para los que se dedican al negocio de los libros, todas ellas, si no son exactamente lo mismo, se encuentran relacionadas de alguna forma.

Y esto no pasaría de ser un simple desacuerdo entre la visión del lego y la del especialista si no fuera porque, al observar con detalle, la temática de las obras en cuestión nos obliga a detenernos para hacer una reflexión sobre la naturaleza de la antropología, sobre su historia y sobre la concepción que la sociedad tiene de ella.

Intercalados entre las obras de James George Frazer, Claude Levi-Strauss, Vere Gordon Childe, Marvin Harris, Colin Renfrew y otros, puede uno encontrar títulos como “Los extraterrestres me llevaron a su planeta”, de Claude Vorilhon Rael (el fundador de la secta de los raelianos), “Dianética”, de Ron L. Hubbard, “Dramáticas Profecías de la Gran Pirámide”, de Rodolfo Benavides, “Astrología”, “Magia Negra”, “Cúrese con Cristales”, “Los Ángeles Sí Existen”, “El Triángulo de

Las Bermudas”, “¿Dónde está la Atlántida?” y, por si esto fuera poco, “Cañitas” y “Los Mejores Relatos de La Mano Peluda”.

Podríamos argumentar, claro está, que el iletrado paisanaje confunde Mayas y Egipcios con extraterrestres, Astrología con Astronomía, mitología con superstición, numerología con arquitectura, etc. Sin embargo, habría que preguntarse por qué los libros de astrología no se acomodan en la sección de Física; los que especulan sobre la Atlántida y el Triángulo de las Bermudas, en la sección de Geografía (o Criptogeografía); los que tratan sobre el Yeti y el Chupacabras, en la sección de Biología o, por lo menos, en la de Zoología o Criptozoología; los que tratan sobre alquimia, en la sección de Química, etc.

En primer lugar, podría especularse que existe una marcada diferencia en la percepción que la sociedad tiene de las ciencias naturales y las ciencias sociales, por un lado, y de la antropología, por otro. Resulta evidente y altamente significativo que las llamadas “pseudociencias” no son relacionadas directamente ni con la Sociología ni con la Historia ni con la Psicología ni con los estudios sobre religión ni con otras ciencias sociales consideradas “serias”; asimismo, tampoco se las relaciona ni con la Física ni con las Matemáticas ni con la Química ni con la Biología ni con otras ciencias naturales, consideradas todavía “más serias”. ¿Qué hace, entonces, que los libreros y el público en general no tengan empacho alguno en “acomodar” esta diversidad de temas “pseudocientíficos” en los anaqueles de la Antropología, sobre todo si consideramos que la Antropología se tiene a sí misma como una disciplina “seria” que, en muchos casos, se asume como un puente entre las ciencias sociales y las naturales? ¿Qué hace que el tipo de obras

mencionado no se considere siquiera relacionado con la Literatura, campo que, aunque poco socorrido por la escasez de lectores, se tiene en alta estima?

Cuando se le hace saber al interlocutor ocasional en turno que uno es “arqueólogo”, aquellos más enterados que saben que existe alguna diferencia con ser “antropólogo” ofrecen, casi invariablemente, tres respuestas: (1) “¡Qué interesante!...” (2) “¡Yo siempre quise ser arqueólogo!...” y, (3) “¿Y alguna vez ha encontrado *algo*?”, con la variante “¿Y alguna vez ha encontrado algo *importante*?”. Todas las profesiones, por supuesto, suscitan algún tipo de comentario matizado por el estereotipo que la sociedad tiene de las mismas; así, los matemáticos se dedican a algo “difícil”, los contadores y abogados a algo donde “se gana bien”, los médicos a algo “de mucha responsabilidad” (con el agregado de que siempre se aprovecha para consultarles “de pasada”), los curas, por su parte, se dedican a algo para lo cual se precisa “tener vocación”, para las ciencias “duras” hay que ser “muy inteligente” y a los literatos se les tiene por “bohemios”. A los que practicamos las disciplinas antropológicas nos tocó dedicarnos a algo “interesante”.

En particular, al arqueólogo se le considera como aquel que anda buscando pirámides, tumbas y/o tesoros. Tres frases muy populares revelan las nociones que el público en general tiene del pasado prehispánico mexicano: (1) “Los Mayas eran *bien* inteligentes”, (2) “Los Aztecas eran *bien* sanguinarios” (cabe anotar que, para el público en general, Teotihuacan, Tula y los aztecas son una y la misma cosa: los antiguos habitantes del “centro” de México); y, cuando el que esto

escribe aclara que su área de investigación es el norte de México (3) “¿A poco allá también hay cosas?” o “¡Pero si allá no hay nada!”.

Desde que Edward Burnett Tylor (1832-1917) especificara, en su ya clásico texto *Primitive Culture* (1871), que el objeto de estudio de la antropología es la *Cultura*, y la definiera como “ese todo complejo que incluye conocimiento, creencias, arte, moral, leyes, costumbres y cualesquier otras capacidades y hábitos adquiridos por el hombre como miembro de la sociedad”¹, la antropología parece no haber hecho otra cosa más que bordar sobre la misma trama resaltando, de acuerdo con el contexto histórico, uno u otro de los aspectos explícitos e implícitos de esta primera definición.

El problema radica, no tanto en si estamos de acuerdo con dicha definición o en el aserto que sobre el desarrollo de la antropología se hace en el párrafo anterior, sino en dos preguntas básicas: (1) ¿por qué el objeto de estudio de la antropología debe ser la cultura, sea cual sea su definición?, y (2) ¿para qué debe la antropología estudiar la cultura? Como veremos más adelante, a veces los conceptos necesitan de una ciencia *ad hoc*.

Las ciencias sociales estudian a la sociedad y cada una de sus disciplinas estudia una parte de la misma. Así, la sociología estudia a la sociedad a través de sus instituciones; la historia estudia la sociedad a través del tiempo; la psicología estudia los aspectos cognitivos y de comportamiento de los seres humanos como seres sociales. Por otro lado, las ciencias naturales, a través de la biología y de la

¹ “that complex whole which includes knowledge, belief, art, morals, law, custom, and any other capabilities and habits acquired by man as a member of society”

anatomía, estudian la composición física de los individuos y de las sociedades animales, incluyendo las humanas. Entonces, todos los aspectos que se supone debe investigar la antropología caen dentro de la esfera de estudio de otras ciencias ya existentes. Pareciera pues, que los aficionados al folcklore, el exotismo y las antigüedades formaron su propio club de la extravagancia convirtiendo en tema central de sus reuniones lo que para las disciplinas mencionadas era, entonces, periférico.

Estos asuntos y aficiones, al ser discutidos entre hombres *cultivados en las otras ciencias*, pronto revelaron su potencial como vías de acceso al estudio de la sociedad; sin embargo, en lugar de proponerlos como alternativas o nuevos enfoques en las disciplinas ya existentes, fueron agrupados, más o menos a la fuerza, dentro de un concepto poco sólido y un tanto nebuloso: *Cultura*. Pero, hasta la fecha, no hay un consenso general de lo que este debería significar.

La cultura es un concepto demasiado amplio en el que prácticamente *cabe todo*. La frase clásica de Terencio “nada de lo que es humano me es ajeno” le cuadra perfectamente.

Pareciera que ha transcurrido mucho tiempo desde la primera definición de *Cultura*; sin embargo, Sir Edward Tylor podría haber sido abuelo, o cuando mucho bisabuelo, de cualquiera de los que actualmente nos dedicamos profesionalmente a alguna de las ramas de la antropología. Es decir, que la historia de la antropología se ha desarrollado en cuatro generaciones, o cinco para los más

optimistas². Todavía no ha pasado ni un siglo desde la muerte de Tylor y Boas, apenas medio siglo desde la de Malinowski (1884-1942) y Marcel Mauss (1872-1950), mientras que Levi-Strauss (n. 1908) continúa en activo. Sin embargo, la amnesia histórica y generacional característica de los seres humanos mezcla entre las brumas del pasado lo que ocurrió un día antes de su nacimiento con la Edad Media, la Roma Imperial y el Egipto Faraónico, sin ganar por eso perspectiva histórica. Así, para muchos jóvenes de hoy día, la segunda guerra mundial y la carrera espacial son sucesos tan remotos como la primera guerra mundial y los viajes imaginarios de Julio Verne; en cambio, tecnologías verdaderamente recientes como Internet o, incluso, la misma televisión a color, les parecen la cosa más normal del mundo, *como si siempre hubiera sido así*, perdiendo por completo la dimensión de su momento histórico.

Pero, aunque las cosas nos parezcan muy distantes en el tiempo, esto es solo una ilusión. La historia de la humanidad desde los inicios de la agricultura no va más allá de mil décadas y la era cristiana que nos sirve de referencia apenas ha alcanzado las doscientas. Hay árboles vivos más viejos que el cristianismo y que todos los países actuales y tortugas más viejas que la antropología.

La historia de nuestras naciones, tal y como nos la cuentan actualmente, difícilmente sobrepasa las veinte décadas. Así que, pensar que los sucesos ocurridos apenas hace cien años, o menos, ya no ejercen ninguna influencia en nuestra concepción del mundo porque han sido “superados”, solo sirve para manifestar abiertamente nuestra ignorancia. Las principales religiones del mundo han mantenido el mismo discurso durante siglos o milenios, y los paradigmas

² Tomando como periodo generacional el que los sociólogos han consensuado: 30 años.

dominantes en la ciencia actual cuentan, al menos, con un siglo de existencia (Darwin, Einstein, Bohr, Durkheim, Lyell, Mercator, Freud, Mendel, etc.)

Las teorías de Aristóteles, Ptolomeo, Hipócrates, Euclides, Pitágoras y otros pensadores de la época clásica, dominaron el panorama intelectual de Occidente durante muchos siglos; y obras como La Iliada, La Eneida, La Comedia, las tragedias de Shakespeare y El Quijote de Cervantes, entre otras, influyen todavía sobre la manera en que aprendemos a leer y a escribir. *¿Por qué, pues, pensar que la antropología se salva de todo esto?*

Normalmente pensamos que la cultura fue definida por la antropología, sin embargo, en este trabajo creemos que la realidad es lo opuesto: la antropología fue definida por la cultura. Y la cultura fue definida por Sir Edward Tylor cuando la antropología todavía no existía como disciplina científica. La antropología es una disciplina que creció alrededor de un concepto: *Cultura*. Es, digamos, un centro sin orillas, como esos poblados que surgieron alrededor de las estaciones ferroviarias durante el siglo XIX y cuya vida giraba en torno a éstas. Si echamos un vistazo a la historia de otras ciencias, podremos comprobar que el desarrollo “normal” es el contrario: la ciencia define sus conceptos como herramientas teóricas y cuando encuentra otros conceptos y teorías más explicativos desecha los anteriores, con todo y la filosofía de la ciencia de por medio. Ningún filósofo de la ciencia negará que Kepler, Galileo y Newton sustituyeron a los griegos con teorías más explicativas y que Einstein hizo lo propio a principio del siglo XX. Lo mismo con la química, la biología, la geología, etc.

Pero el concepto *Cultura*, ¿qué explica?, ¿qué define?, ¿sobre cuáles otros conceptos fundamentales se erige el edificio antropológico?, ¿es la antropología

simplemente *culturología* o, en su defecto, *culturismo*?, ¿existe la antropología más allá del concepto *cultura*? Y lo más importante, la *Cultura* ¿es un concepto o un objeto de estudio? Y si es un objeto de estudio, ¿cuáles son, entonces, los conceptos con que la antropología se aproxima al estudio de la *Cultura*?

La engañosa validación que se hace de la disciplina al tratar de extender sus raíces lo más atrás en el tiempo que sea posible, no hace sino evidenciar su falta de solidez y definición. Decir que Heródoto, Tucídides y los exploradores del siglo XVI hacían antropología en su variante etnográfica es caer en excesos como los de aquellos que aseguran que Nostradamus predijo el atentado a las torres gemelas de Nueva York o que la segunda guerra mundial ya se encontraba registrada en las pirámides de Egipto. Este tipo de validación *a posteriori* no va más allá de quien pretende ganar alcurnia inventándose antepasados ilustres en su genealogía. Decir que ya se hacía antropología antes de que hubiera antropólogos es como decir que había romanos antes de que existiera Roma o que los griegos eran *preromanos*. Esta especie de teleología *post hoc* no hace sino evidenciar la nebulosa identidad de la disciplina.

1.- Tradiciones Antropo-Arqueológicas

“Y aquí vino también a juntarse el auge singular de la etnografía, del *folklore* y de la arqueología, que a los penetrantes ojos de Ortega y Gasset se ha presentado como la recién nacida en la familia de las bellas artes”

Alfonso Reyes, *Discurso por Virgilio*, 1937

El uso de la palabra *Arqueología*, aunque no estrictamente en su sentido actual, data de un libro de Dionisio de Halicarnaso de hace aproximadamente 2000 años³. Sin embargo, la relativa “novedad” de las ciencias antropológicas como disciplinas formales, resulta evidente en la corta, aunque intensa, vida de su vocabulario especial. La *Cultura* como objeto de estudio específico de la antropología fue propuesto por Edward Tylor en 1871; el uso de la palabra *Prehistórico* con referencia a la arqueología data de 1851; el acuñamiento de los términos *Paleolítico* y *Neolítico* le es atribuido a Lubbock , en 1865; y el más temprano uso del término *Paleontología humana* le corresponde a Marcel Serres, en 1853.

Caumont, en 1836, es el primero en utilizar el término *Horizonte cronológico* para indicar aquellos periodos en la historia del arte que son notables por cambios destacables en las formas y/o el carácter de los monumentos. Las palabras *Dolicocefalia* y *Braquicefalia*, que tan familiarmente se usan para referirse a formas de cráneos, fueron inventadas por G. Retzius en 1842; y el uso de los términos *Paleoantrópico*, para referirse al hombre de Neanderthal, y *Neoantrópico*,

³ Cf. Dionisio de Halicarnaso, *Historia Antigua de Roma*, Ed. Gredos, 2002.

para designar al “totalmente evolucionado” Homo Sapiens, no ocurrió sino hasta 1916.

El famoso *Sistema de las Tres Edades* fue definido en una publicación de 1837, por C. J. Thomsen; La *Sociedad Primitiva* de Morgan vio la luz en 1877, con su conocida clasificación de *Salvajismo, Barbarie y Civilización*; y las áreas culturales conocidas como *Southwest* y *Mesoamérica* no fueron definidas sino hasta la primera mitad del siglo XX.

Resulta evidente que el discurso antropológico que manejamos actualmente, y que mezclado con el folklore constituye parte de la llamada “cultura general”, es extremadamente reciente. Recordemos que la investigación y los descubrimientos sobre la antigüedad de los seres humanos y sobre el origen de la “civilización” se han realizado apenas en el lapso de dos vidas humanas, una de las cuales todavía está corriendo.

1.1.- Inglesa

“Hubo en otro tiempo un imperio que controlaba aproximadamente a un cuarto de la población mundial, abarcaba casi la misma proporción de la superficie terrestre y dominaba prácticamente todos sus océanos. Se trataba del imperio más grande de todos cuantos han existido en el mundo: el imperio británico.”

Niall Ferguson, *El Imperio Británico*, 2005

Quizá parezca exagerado y chocante afirmar que se necesitaba un imperio como el británico para que surgiera una disciplina como la antropología; y dicho de este modo, nuestro pensamiento tiende ciertamente a rechazar en automático el aserto. Pero considerándolo mas detenidamente, no podemos dejar de reconocer

que sin el imperio británico y la *Commonwealth*⁴, la antropología en general, y la arqueología en particular, hubieran no sólo retrasado su aparición como disciplinas independientes sino que, también, habrían tenido un cariz muy distinto.⁵

No extraña pues, que haya sido al amparo de esta misma hegemonía que dos de las mejores metáforas literarias del encuentro con *lo otro*, *la otredad*, *la alteridad*, o como quiera llamársele, hayan visto la luz: *Alicia en el País de las Maravillas* y *Robinson Crusoe*, obras citadas repetidamente en este trabajo, son sólo un par de las muchas y significativas visiones que desde el imperio se tenía de *lo diferente*⁶, y que fueron posibles precisamente gracias a la palmaria supremacía británica en el mundo. Pero más allá de la literatura, no poco importante por cierto, lo que aquí nos interesa analizar es la importancia que este “archipiélago de islas lluviosas en la costa noroccidental de Europa”⁷, tuvo en el nacimiento, y ha tenido en el desarrollo de las disciplinas que aquí nos ocupan y, en especial, lo que México ha heredado de esta historia.

Y esta historia, curiosamente, comienza en México. Edward Burnett Tylor (1832-1917), hijo de un comerciante cuáquero, era de la misma clase social e ideología que los fundadores de la *Ethnological Society of London*. Su vida

⁴ *Commonwealth of Nations* es el nombre dado al conjunto de las naciones procedentes del imperio británico (excepto Mozambique), vinculadas a la corona británica por cierta solidaridad o por el reconocimiento del soberano de Gran Bretaña como jefe de la *Commonwealth*. Además del Reino Unido, pertenecen a la *Commonwealth* los siguientes estados independientes: Antigua y Barbuda, Australia, Bahamas, Bangla Desh, Barbados, Belice, Botswana, Brunei, Camerún, Canadá, Chipre, Dominica, Fidji, Gambia, Ghana, Granada, Guyana, India, Jamaica, Kenya, Kiribati, Lesotho, Malawi, malaysia, Maldivas, Malta, Mauricio, Mozambique, Namibia, Nauru, Nigeria (suspendida en 1995), Nueva Zelanda, Pakistán, Papúa y Nueva Guinea, Saint Kitts-Nevis, Salomón, Samoa, San Vicente y las Granadinas, Santa Lucía, Seychelles, Sierra Leona, Singapur, Sri Lanka, Swazilandia, Tanzania, Tonga, Trinidad y Tobago, Tuvalu, Uganda, Vanuatu, Zambia y Zimbabwe.

⁵ Cf. Ferguson, 2005; Said, 1990 y 2004; Trigger, 1992

⁶ *Los Viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift; *Erewhon*, de Samuel Butler; *El Libro de las Tierras Vírgenes*, de Rudyard Kipling; *Nostramo* y *El Corazón de las Tinieblas*, de Joseph Conrad, etc., son otros tantos ejemplos.

⁷ Ferguson, 2005:17

transcurre, de parte a parte, durante la totalidad del periodo victoriano (1837-1901), *el más hegemónico del imperio británico*.

A causa de que en su juventud presentaba síntomas de tisis, recibía una pensión por parte de su familia que le permitía viajar, estudiar y relacionarse con diferentes amateurs y eruditos de la Ilustración. Para mejorar su salud, Tylor viajó ampliamente por México durante algún tiempo, donde quedó vivamente impresionado por la riqueza cultural de sus civilizaciones nativas. A su retorno a Inglaterra, leyó ampliamente y asimiló muchos de los nuevos impulsos que circulaban en la vida intelectual inglesa de su tiempo, y publicó el recuento de sus viajes mexicanos. No extraña que para Tylor, un inglés “acomodado” del periodo victoriano del mayor imperio de la historia, el México de mediados del siglo XIX no fuera sino un territorio de “salvajes” incapaces de gobernarse a sí mismos.⁸

En 1862, comenzó a asistir a las reuniones de la *Ethnological Society*, a las que asistían tanto arqueólogos como etnólogos quienes, sorprendidos por las similitudes entre los utensilios de los llamados “salvajes” y aquellos otros de la industria lítica que habían aparecido en algunas excavaciones en Europa, e influenciados por la atmósfera de evolucionismo social que siguió a la publicación de *El Origen de las Especies* (1859), de Darwin, los miembros de la *Society* comenzaron a especular en torno al posible paralelo entre las sociedades “salvajes” contemporáneas y aquellas otras de la humanidad primitiva⁹. De aquí, surgió la visión del potencial y la importancia de realizar estudios sistemáticos

⁸ (Tylor, ...)

⁹ De hecho, se ha estudiado no poco la influencia que el evolucionismo darwiniano pudo haber tenido en el origen mismo de la antropología como disciplina científica. Quizá no sería tan descabellado suponer que *The Origin of Species...*, de Darwin, permitió, una década más tarde, *Primitive Culture*, de Tylor. De cualquier forma, es una relación que requiere de un estudio más profundo. No olvidemos que la década durante la cual Tylor concibió y escribió su obra, fue la década inmediatamente posterior a la publicación de la de Darwin.

sobre los “salvajes”, lo cual le daría a la antropología temprana su tópico más definitorio.¹⁰

No entraremos aquí en detalles sobre el concepto de cultura y la metodología propuesta por Tylor, sino que nos enfocaremos en un aspecto que más tarde sería señalado por los epígonos de estos antropólogos pioneros: prácticamente todas sus especulaciones se basaban en datos de segunda mano y, por lo tanto, ya llevaban una carga semántica al momento de entrar en su engranaje analítico. Por esto, más adelante fueron criticados y llamados “antropólogos de sillón” o “de escritorio”. Así, desde un escritorio, la *cultura* fue definida en forma sesgada y parcial sin poder escapar del influjo del comprensible etnocentrismo victoriano del imperio británico:

“Culture, or civilization, taken in its wide ethnographic sense, is that complex whole which includes knowledge, belief, art, morals, law, custom, and any other capabilities and habits acquired by man as a member of society”.¹¹

Lo que nos interesa de dicha definición es ante todo su aspecto *normativo-eurocentrista*. En primer lugar, destaca el hecho de que *cultura* y *civilización* se tomen por sinónimos, lo cual nos permite suponer que el concepto ya incluye una de las conclusiones a las que se pretende llegar por medio de su estudio: *si el grupo en cuestión posee una cultura tal y como nosotros la hemos definido, luego entonces posee un cierto grado de civilización*. Los que aspiren a la etiqueta deben poseer conocimientos (especialmente tecnológicos), creencias (especialmente religión), arte (sobretudo arquitectura, pintura, escultura, literatura

¹⁰ Cf. Barth, 2005

¹¹ Tylor, 1871

y música, según el canon victoriano), moral (tomando como base, por supuesto, la moral victoriana), leyes, costumbres y otras capacidades y hábitos adquiridos en sociedad. Por supuesto, todo tal y como lo entendían los ingleses del periodo victoriano, lo cual ya es mucho decir.

Siendo, como se ha mencionado, el imperio británico el mayor de la historia y, por lo tanto, un modelo a seguir, especialmente por otros imperios, los antropólogos ingleses ponen en el centro de su definición aquellos aspectos de su propio desarrollo que les permitía mantener su supremacía sobre Europa y la de Europa sobre el mundo. Tasar a la cuarta parte del mundo con estos criterios permitió una clasificación social de la cual todavía no podemos desprendernos. El concepto de *Cultura*, metafóricamente hablando, parece tener una nota al pie que reza: “*God Save the Queen*”.

La *Cultura*, según fue definida por Tylor, es una suerte de inventario sobre lo que cualquier sociedad *debería* poseer para ser considerada *civilizada*. Evidentemente, quien no cumpliera con todos los requisitos no se haría acreedor a la etiqueta mereciendo, por lo tanto, otra denominación jerárquica. Pero cabe preguntarse *¿por qué?*¹²

1.2.- Estadounidense

A decir de Gordon R. Willey y Jeremy A. Sabloff (1980), la historia de la arqueología en los Estados Unidos puede dividirse en tres grandes periodos:

¹² La pregunta específica debería ser *¿Por qué Inglaterra-Gran Bretaña-Reino Unido?* *¿Por qué razón la relación de “hegemonía tolerante” que Gran Bretaña tenía con sus posesiones en Oriente cambió, durante la primera mitad del siglo XIX, a una de “intolerancia” que no vaciló en repartir calificativos morales y descalificaciones ante “lo otro”?* La respuesta podría estar en la relación Inglaterra-India y en el periodo victoriano.

Especulativo, Clasificador y Explicativo. Sin embargo, solo los últimos dos entrarían en lo que propiamente se conoce como “historia de la arqueología”, es decir, desde la primera mitad del siglo XIX a la fecha. Que si antes Thomas Jefferson en Virginia, que si antes Carlos de Sigüenza y Góngora en Teotihuacan, que si antes Antonio del Río en Palenque... Extender el nacimiento de la arqueología más allá del siglo XIX, en cualquier parte del mundo, es forzar la historia¹³.

Por su parte, Bruce G. Trigger ha propuesto que la arqueología de los Estados Unidos se encuentra íntimamente relacionada con la de Inglaterra, aunque, comprensiblemente, los arqueólogos de ambos imperios se rehúsan a admitirlo. La arqueología anglo-americana, como la ha llamado este autor, se ha caracterizado por su abierto positivismo y por la presunción de neutralidad con respecto a su contexto político y social, lo cual vendría a darle, según sus practicantes, una validez científica de la que no gozan las demás arqueologías regionales en el resto del mundo¹⁴. Así se vende y, sobra decirlo, éste es uno de sus más fuertes atractivos y el motivo por el cuál los países del llamado “Tercer Mundo”, como México, la compran en un abierto afán de estar a la vanguardia.

Pero también los arqueólogos neo-marxistas y los pertenecientes a la llamada nueva arqueología, estos últimos abiertamente neo-positivistas, se han mostrado dispuestos a demostrar la utilidad práctica de la disciplina, esto es, mediante el planteamiento de problemas de investigación relacionados con problemáticas sociales diversas. El nuevo aire que ha tomado el positivismo desde

¹³ Cf, Willey y Sabloff, 1980.

¹⁴ Cf. Trigger, 1981.

mediados del siglo XX, con el llamado procesualismo, especialmente en los Estados Unidos, ha tenido un visible, aunque polivalente, efecto en América Latina dado que la tradición social latinoamericana hunde sus raíces en una postura política abiertamente socialista; sin embargo, el canto de las sirenas positivistas es difícil de ignorar, aún atándose al mástil del nacionalismo, pues la pretensión científica de la arqueología es su carta fuerte al momento de reclamar su lugar dentro de las ciencias sociales, sean éstas históricas o antropológicas.

En México, la influencia de las tempranas instituciones antropológicas estadounidenses, principalmente universidades, no solamente ha dejado, y continúa dejando, su huella en el quehacer arqueológico nacional sino que, en no pocas ocasiones ha sido decisiva a la hora de iniciar tradiciones de investigación, financiar proyectos de larga y corta duración, publicar resultados, etc. Los ejemplos sobran.

1.3.- Alemana

Algunos de los artífices más influyentes de la arqueología académica tradicional en México ha sido alemanes: Alexander von Humboldt, Eduard Seler, Franz Boas, Herman Beyer, Zelia Nuttall y Paul Kirchhoff pueden ser considerados, sin duda, como los afluentes originales y más importantes de la corriente de pensamiento teórica que subyace y continúa alimentando a la práctica arqueológica mexicana. Fundadores del *Americanismo* (Humboldt), de la *Escuela Internacional de Arqueología y Etnografía Americanas*, de la primera excavación estratigráfica y de la primera secuencia temporal sustentable en dichas excavaciones (Seler, Boas, Nuttall) y, por si fuera poco, del mismo concepto de

Mesoamérica (Kirchhoff), deben ser considerados, con todo derecho, como piedras fundacionales del discurso académico que durante doscientos años ha venido alimentando al *Americanismo* y a la arqueología oficial mexicana.

Pero más allá de su influencia directa, su influencia indirecta debe ser también considerada. Al igual que Manuel Gamio tuvo por tutores a Boas y Nuttall, es bien conocida la influencia que, en este mismo sentido, tuvieron el magisterio de Beyer y las ideas de Kirchhoff sobre Alfonso Caso.

El Filhelenismo (o Grecofilia) alemán también ha jugado un importantísimo papel en la conformación de la manera en que se estudia el pasado a nivel mundial o, al menos, occidental. La mera concepción temporal de los desarrollos culturales del pasado basada en un periodo central llamado “Clásico” al que antecede un periodo formativo y sucede otro de decadencia, hunde sus raíces en la admiración de los alemanes por la búsqueda griega de la *Verdad* y la *Belleza*. La primera ha alimentado una de las corrientes de pensamiento filosófico más sólidos de la historia a nivel mundial: a nadie le son desconocidos, por ejemplo, los nombres de Nietzsche, Schopenhauer, Hegel, Marx, Engels, Heidegger y la Escuela de Frankfurt, por mencionar sólo algunos.

Por otro lado, la admiración por la *Belleza* clásica ha ejercido una influencia no menos destacada: Winckelmann, Herder, Lessing, Schiller, Goethe y Hölderlin, entre muchos otros, han contribuido destacadamente en este sentido a la cultura universal:

“...el arte griego yace en el núcleo del filhelenismo alemán, y los arqueólogos, en el siglo diecinueve, fueron los responsables del

descubrimiento, interpretación y popularización del arte antiguo. El arte fue el único reino en el cual, durante las postrimerías del siglo dieciocho, los ‘antiguos’ no fueron definitivamente derrotados por los ‘modernos’, y por consiguiente proporcionaron una fuente ideal para la filosofía pedagógica neohumanista”.¹⁵

Pero más allá de todo esto, deberíamos aprender también de la tradición alemana los peligros que encierra la combinación irreflexiva entre nacionalismo y arqueología. La explotación tendenciosa del pasado conlleva riesgos que debemos ser capaces de asumir.¹⁶

1.4.- Francesa

Entre los más entusiastas e influyentes *americanistas* debe contarse, sin duda alguna, a los franceses quienes durante todo el siglo XIX y principios del XX se interesaron por las “antigüedades americanas”. Guillaume Dupaix, Henri Baradere, Jean Frédérick Maximilien de Waldeck, Louis Frederic Henri de Saussure (1829-1905), Charles Etienne Brasseur de Bourbourg (1814-1874) y Désiré Charnay (1828-1915), entre otros, gozan no sólo del prestigio de haber fortalecido e institucionalizado el *Americanismo* tanto en Europa como en América, sino también de haber contribuido enormemente a dotarlo de una personalidad exótica y de un espíritu orientalista que influyó no poco en su creciente popularidad: “Los indios de Norteamérica –apunta Jacquin- están investidos del

¹⁵ Marchand, 1996:xix.

¹⁶ Cf. Coblenz, 2000; Fetten, 2000; Gingrich, 2005; Härke, 1995; Hassmann, 2000; Maischberger, 2002; Sommer, 2000; Veit, 2000; Wiwjorra, 1996.

romanticismo de una sociedad occidental presa de la duda y siempre en busca de un paraíso perdido”¹⁷

Por su parte, la *Commission Scientifique du Mexique*, durante el llamado Segundo Imperio, sentó las bases para la *institucionalización* centralizada de la investigación y *patrimonialización* de los vestigios arqueológicos en territorio mexicano. No poca ha sido la influencia de los tres años que la *Commission* tuvo para moldear el barro de la burocracia mexicana si consideramos que muchas de las prácticas institucionalizadas desde entonces continúan vigentes, a más de 140 años de distancia, en la oficialidad mexicana de principios del siglo XXI.

El Segundo Imperio y la *Commission Scientifique au Mexique*

El 27 de febrero de 1864, a dos años de iniciada la Intervención Francesa en México, Napoleón III creó la *Commission Scientifique au Mexique* con el propósito de estudiar el país que acababa de ocupar. Emulando concientemente la campaña egipcia que su tío había emprendido medio siglo antes, el emperador reunió a varios de los más renombrados hombres de la ciencia y la política francesa de entonces para dirigir un programa enciclopédico de investigación científica y, con mayores alcances, una conquista cultural. Al alimón con las fuerzas armadas, la Comisión se proponía cartografiar el territorio, estudiar las riquezas minerales, excavar y reproducir ruinas y objetos arqueológicos, recolectar especímenes botánicos y zoológicos, evaluar razas y culturas, y monitorear la salud pública. Además de contribuir al conocimiento universal y de promover la hegemonía cultural francesa, los “sabios” franceses estaban convencidos de que

¹⁷ Jacquin, 2005:10.

su trabajo “regeneraría” y “civilizaría” un México que, a los ojos de Europa, era incapaz de gobernarse por sí mismo y parecía destinado a la anarquía absoluta¹⁸; así, mediante la recuperación y reconstrucción de su pasado y la catalogación y explotación de sus recursos, se ayudaría a México a salir poco a poco del caos en que se encontraba. Sin embargo, tan buenas intenciones contaban con la seguridad de que el imperio de Maximiliano podría abrirles las puertas de todos los rincones del país y, para su decepción, no fue así.

Lo que conocemos como *Commission Scientifique*, en realidad, estuvo formada por dos grupos: la Comisión Científica propiamente dicha, con sede en París, compuesta por 26 miembros de entre lo más selecto de la ciencia y la cultura francesas. Entre ellos se contaban personalidades como Victor Duruy, Ministro de Instrucción Pública y presidente de la Comisión; el renombrado antropólogo Armand de Quatrefages, titular de la cátedra de antropología en el Muséum d'Histoire Naturelle, y a la sazón el antropólogo más prestigiado de Europa, y quien jugó un importante papel en la articulación de los objetivos de la Comisión y en la selección de sus miembros; Michel Chevalier, quien enseñaba en el Collège de France, el biólogo Henri Milne-Edwards, director del Muséum; y Charles Combes, director de la Ecole des Mines. Además, la Comisión contaba con la participación de dos senadores, del Vice Almirante Jurien de la Gravière, quien dirigió las fuerzas navales francesas durante los primeros meses de la expedición a México; de Jean-Baptiste Philibert, Conde de Vaillant, Ministro de Guerra y de la Casa Imperial; de los ya reconocidos americanistas Joseph Aubin y Brasseur de Bourbourg; del Barón Jean-Baptiste Louis Gros, primer Chargé

¹⁸ Tylor, ...

d’Affaires en México; del renombrado arquitecto Viollet-le-Duc, y de Adrien de Longpérier, curador del Louvre y quien ya había sido responsable de una exhibición de antigüedades americanas en 1850. A estos, se sumaban otros investigadores de la Ecole Polytechnique, la Académie Impériale de Médecine, el Observatoire Impériale, el Louvre y la Société de Géographie. Cabe destacar, que junto con Bourbourg, la investigación arqueológica de campo la llevarían a cabo principalmente Désiré Charnay y E. Guillemin-Tarayre.¹⁹

El otro grupo se hizo llamar *Commission Scientifique, Littéraire et Artistique* (CSLA), y tuvo su sede en México. A iniciativa del entonces líder de las fuerzas armadas francesas en México, General François-Achille Bazaine, se nombró a Louis Doutrelaine, un coronel del ejército, para liderar la CSLA. Aproximadamente, 150 científicos mexicanos y militares franceses fueron miembros de este grupo. Entre ellos se encontraban, el Ingeniero José Salazar Illarregui, presidente honorario de la CSLA; José Fernando Ramírez, director del Museo Nacional y ministro de asuntos extranjeros del Imperio, quien fue vicepresidente de la Comisión; el ingeniero y Ministro de Estado Joaquín Velásquez de León; el lingüista Francisco Pimentel; el historiador y geógrafo Manuel Orozco y Berra, quien sería director del Museo Nacional en 1866; el geógrafo Antonio García Cubas; el llamado “Kingsborough mexicano”, Joaquín García Icazbalceta; y los físicos Miguel Jiménez y Gabino Barreda. Además, de otros colaboradores, la Comisión trabajó muy de cerca con la más importante

¹⁹ Cf. ACSM, 1865; Schávelzon, 1994; Edison, 2003.

sociedad científica del momento en México, la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística.²⁰

Cabe señalar, que aunque no todos los integrantes de la Comisión parisina se trasladaron a México para realizar las investigaciones, todos estaban imbuidos por lo que desde principio del siglo XIX se había convertido en una “tradición” para los científicos franceses: la *expedición científica colonial*. Tomando como modelo la de Napoleón Bonaparte a Egipto, durante el transcurrir del siglo se habían realizado otras expediciones científicas a Grecia y Algeria. La de México, no era sino la continuación de la política imperial francesa en cuestiones “científicas”.

Pero lo más importante, es que precisamente desde la ya legendaria expedición napoleónica a Egipto, se inaugura en Francia lo que posteriormente vendría a llamarse *Orientalismo*²¹, especialidad en la que habrían entrenado su intelecto los miembros de la Comisión lo que, a mi juicio, constituiría el paradigma desde el cual se formaría el subsecuente *Americanismo*, inaugurado, a su vez, por Humboldt y desarrollado institucionalmente por esta misma Comisión. Los “cuarenta siglos” que contemplaron a la expedición napoleónica contemplaron, a su vez, las antigüedades americanas a través de los ojos de la arqueología francesa. Se entiende perfectamente, que las obras monumentales, especialmente los edificios mayas y teotihuacanos, fueran la principal atracción a los ojos europeos. Al igual que, siglos antes, el *Millón* de Marco Polo, *Los Viajes de Sir John Mandeville* y otros textos encendieron la imaginación europea y llenaron América de Prestes Juanes y ciudades de oro, así, en el siglo XIX, *Las Noches*

²⁰ Cf. ACSM, 1865; Reissner, 1988; Schávelzon, 1994; Edison, 2003.

²¹ Said, ...

Árabes de Sir Richard Burton, los viajes del Barón de Humboldt y, no menos, las exploraciones de Lloyd Stephens, iluminaron con el exotismo orientalista las selvas y antigüedades americanas, pero también, como hemos visto, un nutrido número de entusiastas franceses habían aportado lo suyo al nacimiento de este nuevo campo de estudio.

Varios de los “científicos” mexicanos que colaboraron con la comisión científica francesa, como Francisco Pimentel, Manuel Orozco y Berra, Ramón Almaráz, Francisco Jiménez y Antonio García Cubas, colaboraron después con Vicente Riva Palacio y en el régimen de Porfirio Díaz, francófilo por cuenta propia, e influyeron en la formación de las primeras instituciones mexicanas con orientación antropológica: los museos y las investigaciones en Teotihuacan. La herencia francesa, aunque pretenda minimizarse, es innegable²². Heredero de estos primeros museos e investigaciones fue Manuel Gamio, alumno de Franz Boas –heredero, a su vez, de Bastian y Virchow y maestro de Alfred Kroeber- y tutor de Alfonso Caso, fundador del INAH.

Entre los involucrados con la Commission Scientifique au Mexique, se encontraba Don Joaquín García Icazbalceta, quizá el mayor bibliógrafo que haya tenido México, lo que le valió ser llamado el “Kingsborough mexicano”. Don Joaquín, como es sabido, mantenía a su vez una nutrida correspondencia con Nicolás León, fundador de la Antropología Física mexicana, y con Adolphe F. Bandelier, pionero de los estudios etnográficos y arqueológicos del suroeste estadounidense y el noroeste mexicano y discípulo destacado de Lewis H. Morgan, quien fuera influido, a su vez, por el evolucionismo de Bachofen y quien

²² Cf. Agogino, 1989.

influyera, además, en las teorías de Carlos Marx y Friedrich Engels. Se echa de ver, que los inicios de la arqueología y la antropología mexicanas no pueden desligarse de lo que ocurría tanto en Europa como en los Estados Unidos.

Además, la arqueología social latinoamericana, incluyendo la mexicana, no puede deslindarse de su influencia alemana marxista, aunque la haya recibido vía el socialismo francés.

1.5.- Mexicana

Según Alfonso Reyes, la generación de las postrimerías decimonónicas, aqueñada el Atlántico, sentíase nacida “dentro de la cárcel de varias fatalidades concéntricas”. Inmediatamente después del calderoniano delinquir de “haber nacido” y de la desgracia de ser “moderno”, se siguen, una dentro de otra, las fatalidades de ser americano, ser latino, ser hispánico, ser hispano-americano, haber nacido en una zona “cargada del indio” y, por último, en la inevitable vecindad de los Estados Unidos. De todo esto, nos advierte el autor, “todavía algo queda por los rincones de América, y hay que perseguirlo abriendo las ventanas de par en par y llamando a la superstición por su nombre, que es la única manera de ahuyentarla.”²³

Desde sus inicios, la arqueología mexicana aprendió dos cosas en su corta historia: de la ocupación francesa, que la riqueza arqueológica del país es patrimonio de la nación y, por lo tanto, la investigación arqueológica debe ser patrocinada por el estado; de las tempranas investigaciones estadounidenses, que podía establecerse alguna relación con el llamado *Southwest*, para lo cual era

²³ Cf. Reyes, 1960.

indispensable definir un área similar de lado meridional de la frontera. Gamio se ocupó de la primera parte; Kirchhoff, de la segunda.

Después de que el Segundo Imperio sembrara la fértil semilla de la institucionalización científica, los regímenes subsecuentes no hicieron más que reproducir el esquema; el largo periodo del porfiriato, por su parte, fue el contexto ideal para su consolidación. Para cuando Manuel Gamio funda, en 1917, la Dirección de Antropología, el nacionalismo en la arqueología mexicana era ya un hecho, solo faltaba darle forma “revolucionaria” y despojarlo de la etiqueta, poco nacionalista, de *Americanismo*.

La arqueología oficial mexicana tal y como la conocemos actualmente es, ni a que dudarlo, producto directo del nacionalismo cultural post-revolucionario y, en específico, de los proyectos obregonista, a través de Vasconcelos, y cardenista. Podemos considerar que lo que solemos llamar como *arqueología mexicana* nace, en realidad, después de 1921 y no, como pretenden algunos²⁴, en el siglo XVII con las exploraciones de Don Carlos de Sigüenza y Góngora en Teotihuacan, sobretodo porque Don Carlos no era siquiera *mexicano*, ya que para entonces “México” ni siquiera existía.

A partir de la tercera década del siglo XX, se desarrolla un proceso que podríamos calificar de *mexicanización del Americanismo*, es decir, hacer más o menos lo mismo que hacían los americanistas extranjeros y mexicanos pero ahora dentro del marco de un proyecto cultural nacionalista que formaba parte, a su vez, de un proyecto de nación. O como dijera Monsiváis, la construcción de la

²⁴ Cf. Bernal, 1979.

nacionalidad se dio de manera concomitante a la construcción de la nación²⁵. Posteriormente, esto vendrá a convertirse en un *Mesoamericanismo* cuyos pilares principales serán los estudios *mayistas* y *teotihuacanistas*.

En México, la arqueología *como disciplina histórica* pronto se vio desplazada por la arqueología *como disciplina cultural*: por un lado, frente a la Historia, esa que involucra cuatro siglos de ocupación española, estadounidense y francesa y la pérdida de más de la mitad de un territorio recién independizado, la alternativa es esa otra suprema entidad totalizadora, la Cultura; por otro lado, está el trasfondo de que la Historia estudia a los propios y la Antropología a los extraños.

La Cultura como función unificadora, y no la Historia, es la que servirá de clave al arco nacionalista mexicano. Se entiende pues, que la arqueología oficial deje de lado y desatienda la arqueología histórica o *postmesoamericana* (los siglos del XVI al XIX), la arqueología prehistórica (es decir, *premesoamericana*) y la arqueología *transmesoamericana* (todo lo que quede más allá de las “fronteras” mesoamericanas) O para decirlo en palabras de Alfonso Reyes: “No: la independencia –en el sentido más profundo y verdadero de la moral y de la política- podemos decir que se ha hecho, por lo menos, tanto contra un Estado como contra un pasado. Y a veces me parece que más bien esto último.”²⁶

La arqueología oficial mexicana ha descuidado enormemente aquellos aspectos que sirven poco o mal al objetivo nacionalista: en términos temporales, el periodo novohispano y el siglo XIX, épocas de ocupación extranjera desde la

²⁵ Cf. Monsiváis, 2000:963.

²⁶ Reyes, 1989:202.

conquista hasta el Segundo Imperio; y en términos espaciales, el norte de México, demasiado cercano y relacionado con el territorio perdido y con la frontera internacional que, cual contundente monumento, nos lo recuerda:

“Reformamos el pasado por razones que reflejan los beneficios que éste parece conceder (...) El ardor patriótico o el resentimiento privado nos convencen para que adecuemos sus restos, igual que hacemos con nuestros recuerdos, a nuestras necesidades y esperanzas. La mayoría de las alteraciones acentúan las virtudes pasadas para intensificar nuestra autoestima o para impulsar nuestros intereses. Así, extendemos la antigüedad, ideamos continuidades perdidas, enfatizamos o inventamos prerrogativas y consecuciones ancestrales, minimizamos u olvidamos la derrota o la ignominia.”²⁷

De este modo, por un lado, el periodo novohispano se ha minimizado en nuestra historia al igual que el periodo de la ocupación árabe en la de España²⁸ y el periodo mexicano en el suroeste estadounidense²⁹. ¿Será ésta una forma discursiva de acercarnos a “nuestros antepasados” precolombinos de la misma forma que los renacentistas europeos pretendían acercarse a los clásicos griegos obviando la mal llamada “Edad Media”? Resulta sintomático que tanto el periodo mexicano del suroeste estadounidense como el periodo novohispano en México, especialmente el siglo XVII, hayan sido llamados la “Edad Media” en la historia de cada país, no digamos ya el periodo árabe en España³⁰. Así, fuera del comprensible interés que algunas primeras damas y otras favoritas presidenciales han tenido siempre por el Castillo de Chapultepec, la arqueología del Segundo Imperio sigue brillando por su ausencia en la agenda mexicana.³¹

²⁷ Lowenthal, 1998:17.

²⁸ Cf. Diaz-Andreu, 1996.

²⁹ Cf. Weber, 1982.

³⁰ Cf. Weber, *op cit*; Lira y Muro, 2000.

³¹ Cf. Agogino, 1989; Schávelzon, 1994.

Por otro lado, los arqueólogos “oficiales” han plantado su retícula maniqueísta hasta el Trópico de Cáncer y comenzaron a excavar arrojando la tierra y el escombro teórico allí “donde no había nada”: en el desierto (*vid infra*) La búsqueda de lo mesoamericano se convirtió, entonces, en una cruzada por la identidad cultural, por los intereses de la patria y por la búsqueda de la *mismidad* de la nación.

Y en México el problema no era que no hubiera Cultura, sino que había muchas, demasiadas como para poder encontrar un patrón unificador; había, pues, que *crear* un punto de referencia, un punto de fuga para el bosquejo de nación. Obviamente, el núcleo aglutinador tendría que ser el de la elite neocriolla burguesa independizada y chauvinista: había que darle al indio (entidad abstracta, “problema”, “cuestión” y “recurso natural de interés científico”) “un desarrollo evolutivo normal” (*vid supra*), había que integrarlo a la cultura occidental, castellanizarlo, catolicizarlo y prácticamente *exorcizarlo de su indianidad*.

Otra forma de desaparecerlo del presente era enviándolo al pasado: había que rescatar nuestro glorioso pasado indígena (porque el presente era un problema y, además, daba pena) Había que restregarle al indio en la cara que hace cientos de años había sido grande, para que comprendiera lo patético y atrasado que resultaba en el presente: antes era un avanzado astrónomo maya que escribía códices y sabía predecir con asombrosa exactitud los fenómenos celestes, ahora no sabía ni leer; otrora construía magníficos templos y pirámides, ahora vivía en pobres y sucios jacales.

Al mismo tiempo, y presos de aquél complejo de “ser americano. Es decir, nacido y arraigado en un suelo que no era el foco actual de la civilización, sino una sucursal del mundo”³², había que demostrar ante la vanguardia del progreso (Francia, Estados Unidos, Inglaterra, Alemania) y ante la confundida masa nacional que, por un lado, claro que se respetaba al indígena (¿no era obvio cómo se alababa su cultura?) y, por otro, que no cabía la menor duda de lo grande que era México como nación: ¿no teníamos monumentales ruinas comparables, y comparadas, con las egipcias y romanas, alabadas por los más eruditos sabios europeos y norteamericanos? ¿no exaltábamos nuestra identidad cultural por medio de gigantomáquicos murales en los edificios públicos? Así, la figura indígena en la historia nacional “se fue desvaneciendo al mismo tiempo que se fueron inflando las descripciones culturales de las antiguas culturas americanas, el indio se volvía atemporal, sin historia.”³³

El Positivismo de la segunda mitad de siglo XIX, encabezado por Gabino Barreda (1818-1881), influencia comtiana y francesa de por medio, fue una cantera de la que se sirvieron, en mayor o menor medida, todos los “cientificismos” y movimientos culturales mexicanos periféricos al cambio de siglo. Las políticas educativas y la “alta cultura” no son sino la expresión más evidente de este tomar el “progreso” como punto de fuga teleológico: “Libertad, orden y progreso, la libertad como medio, el orden como base y el progreso como fin” (Barreda, 1867),

³² Reyes, 1960.

³³ Rozat, 2005:191.

dice Barreda a un Juárez quien, ayudado por Porfirio Díaz, acababa de terminar con la ocupación francesa. Y la propuesta fue aceptada.

La “paz porfírica” fue, por otro lado, un contexto idóneo para que el estudio de aquella otra “pax teotihuacana” reemplazara, poco a poco, al estudio de la “belicoidad azteca” y, si no la desplazó, se colocó en un nivel de importancia similar como referente histórico de “nuestras raíces” prehispánicas. No poca, hay que decirlo, fue la contribución de su monumentalidad en este proceso. Desplazando, en cambio, a “*The wonderful culture of the Mayan Indians*” como principal foco de atención en el estudio de las *antigüedades* de México y Centro América³⁴, Teotihuacan fue cobrando importancia, y destacando de entre las demás *antigüedades americanas*, gracias a los trabajos de Antonio García Cubas quien, como ya hemos visto, fue un activo miembro de la *Commission Scientifique*, colaborando después con el régimen porfirista. En 1895, fue uno de los organizadores del Congreso Internacional de Americanistas celebrado en México³⁵. Con este bagaje, Teotihuacan fue, finalmente, instituida por Manuel Gamio como el núcleo del pasado nacional mexicano³⁶, trasladando así el enfoque desde una región, la Maya, evidentemente compartida por varios países, razón por la cual, a pesar de su “grandeza”, no servía bien al nacionalismo, hacia una cultura, la teotihuacana, inmersa completamente en el territorio nacional que, además, contaba con la ventaja de encontrarse junto a la capital del país facilitando así, no sólo su investigación y su efecto como referente inmediato de las “glorias del

³⁴ Cf. Spinden, 1917

³⁵ Cf. Schávelzon, 1994

³⁶ Cf. Gamio, 1922

pasado”, sino también la identificación de ambas, ciudad prehispánica y capital actual, como una y la misma cosa.

El otro artífice del positivismo en México, aunque más spenceriano, fue Justo Sierra (1848-1912) En 1901, es nombrado subsecretario de Industria Pública y Bellas Artes, y de 1905 a 1911, es el secretario titular. En 1910, crea la Escuela de Altos Estudios, la Universidad Nacional y, con su venia de por medio, se crea la Escuela Internacional de Arqueología y Etnología Americanas. En 1912, el mismo Madero lo envía a España como ministro plenipotenciario, donde muere en Madrid en septiembre de ese mismo año. Pero quizá su influencia más importante y permanente, aunque no tan evidente, sea su apoyo y protección al llamado Ateneo de la Juventud formado, en 1909, por lo que vendría a ser la “elite” intelectual de la primera mitad del siglo XX en México. De allí saldrían, entre otros, José Vasconcelos y Antonio Caso.

Vemos que, aún cuando los regímenes cambian, la elite intelectual mexicana sigue siendo la misma que aquella que recibiera a Humboldt a principios del siglo XIX, y sigue estando detrás de las políticas educativas y culturales del país. No extraña pues, que sea esta misma elite la que en 1921 se haga cargo del programa nacionalista cultural post-revolucionario. El institucionalismo mexicano fue diseñado, desde un principio, para ser dirigido por elites.

El dicho popular de que la conquista de México la hicieron los indígenas y la independencia, los españoles, más que ser un mero sarcasmo paradójico, enuncia un secreto a voces. El ojo panóptico de la soberanía, sin embargo, cuida bien de que no se diga en público y, si se dice, de que no se tome en serio.

Desde que Paul Kirchhoff, en un acto casi prometeico, nos regalara el fuego teórico del difusionismo que imperaba en la Alemania imperialista de las primeras décadas del siglo XX, la ortodoxia mexicana se ha venido llamando *Mesoamérica*. El concepto tiene un efecto que va más allá de encorsetar el territorio nacional: constriñe y limita, con una fuerza centrípeta, el posible desarrollo de una tradición teórica local que pudiera entablar un diálogo *inter pares* con las corrientes teóricas de otros países, especialmente los europeos. Por el contrario, la tradición mexicana se ha dedicado a importar los análisis de su propio pasado: conceptos, teorías y paradigmas van y vienen desde los países occidentales que dominan el campo y que, durante mucho tiempo, han sido colonizadores. Se importan incluso las críticas de las posturas teóricas importadas anteriormente:

“...hemos tenido que ir a buscar nuestros instrumentos culturales en los grandes centros europeos, acostumbrándonos así a manejar las nociones extranjeras como si fueran cosa propia. En tanto que el europeo no ha necesitado de asomarse a América para construir su sistema del mundo, el americano estudia, conoce y practica a Europa desde la escuela primaria.”³⁷

Pero no fue Kirchhoff, ciertamente, quien vino a instituir el concepto *Mesoamérica*, sino el conformismo y la apatía teórica de sus colegas mexicanos, respaldadas, claro está, por la necesidad política de un concepto que sirviera a una ideología aglutinante, que jugara el papel de estandarte para una incipiente y dispersa “tradición científica” nacional.

³⁷ Reyes, 1960.

En México, a la fecha, se continúa haciendo arqueología de hallazgos y artefactos o, según el feliz bautismo de Lorenzo, *neoanticuarianismo*³⁸. La mayoría de los datos que se toman durante las excavaciones, cuando se toman, (v. g. coordenadas, relaciones estratigráficas, muestras de suelo, etc.), rara vez se ven reflejados en los informes finales. Estos últimos, en los mejores casos, se basan únicamente en superficiales análisis de artefactos y estructuras, como clasificaciones de forma y función, tipo y variedad, materia y procedencia. Casi nunca, verdaderos análisis de relaciones contextuales ven la luz en la publicación de los informes mencionados, cuando llegan a publicarse, los cuales quedan en meras descripciones de cultura material, muchas veces basadas en descripciones anteriores y no en el material en cuestión, que únicamente pretenden caracterizar culturalmente los sitios estudiados para poder ubicarlos en un marco espacio-temporal preestablecido llamado “Mesoamérica”. Pocas veces, la discusión en torno a problemáticas socioculturales tiene cabida en la mayoría de los proyectos arqueológicos mexicanos, salvo muy honrosas y raras excepciones que no hacen sino confirmar la regla:

“Las características reales de las reliquias que sobreviven sufren constantes alteraciones y el mero hecho de identificar algo como <pasado> afecta a su ambiente porque reconocer conlleva marcar, proteger y realzar las reliquias para hacerlas más accesibles, seguras o atractivas. Su apreciación si no su supervivencia puede requerir moverlas de sus escenarios originales. Encerrados en precintos históricos o rodeados por los adornos de los días presentes, los vestigios del pasado parecen recién inventados. De este modo, las elecciones que en la actualidad llevan a guardar las reliquias *in situ* o a cambiarlas de lugar, a dejarlas en fragmentos o a hacer de ellas un todo otra vez, afectan de forma vital a la forma de experimentar el pasado.”³⁹

³⁸ Cf. Lorenzo, 1981^a.

³⁹ Lowenthal, 1998:17.

Y es que son los objetos, artísticos y/o monumentales, la base sobre la que se ha construido la arqueología nacionalista mexicana: es más fácil sostener, ante el gran público lego, o “iletrado paisanaje” como dijera Ortega y Gasset, un discurso de “grandeza nacional” exhibiendo piezas que, ya sea por su belleza (códices, joyería, cerámica decorada), su monumentalidad (templos, palacios y pirámides) o su contundencia visual (“calendario azteca”, piedra de sacrificios, escultura de Tláloc, Coyolxauqui), hablen por sí mismas de un “glorioso pasado”. El poder icónico de la estatuaria, el arte mobiliario y la arquitectura no debe nunca ser subestimado:

“Las reliquias suscitan en nosotros reacciones cuando las consideramos como objetos de interés o de belleza, como evidencia de acontecimientos pasados y como talismanes de continuidad. Estas reacciones quizá provoquen confusión en cuanto a su función original, pero cuando menos ponen de manifiesto un cierto interés por el pasado. Todo conocimiento del pasado requiere que se tenga interés por él, sintiendo placer o disgusto, temor o desdén, esperanza o desesperación en torno a algún aspecto de nuestro legado.”⁴⁰

Cabe aclarar, que el análisis de artefactos es importante por sí mismo, de hecho es imprescindible, pero constituye sólo una parte de lo que la investigación arqueológica implica. El coleccionismo y descripción de artefactos es lo que hacían, a mediados del siglo XIX, pioneros de la antropología como Sir Edward Tylor, Boucher de Perthes o Gabriel de Mortillet; sin embargo, ellos mismos reconocían que eso no era suficiente.

⁴⁰ Lowenthal, 1998:17.

Por otro lado, resulta altamente sintomático que los grandes momentos de la arqueología nacional mexicana (de hecho, de cualquier arqueología nacionalista) estén definidos por “hallazgos” y no por teorías o explicaciones⁴¹: la tumba siete de Monte Albán, la tumbas de Pacal y de la Reina Roja en Palenque, las cabezas olmecas de La Venta, la Coyolxauqui y la Piedra del Sol en la Ciudad de México, el Hombre de Tepexpan, el traslado de la escultura de Tlaloc al Museo de Antropología, el tesoro del Cenote Sagrado de Chichén Itzá, las figurillas de Jaina, el “hallazgo del siglo” y los recientes “descubrimientos” en la Pirámide de la Luna, en Teotihuacan, y la “mesoamericanización” de Paquimé, en Chihuahua, son solamente algunos de los episodios considerados “más importantes” en la historia arqueológica de México. De hecho, podría escribirse una *Historia y Monumentación de la Arqueología Mexicana*, en términos literales, ya que son los monumentos las *pedras miliars* de la misma. Se echa de ver que, salvo la adopción acrítica del concepto “Mesoamérica”, no existe ningún otro evento “teórico” destacado, ni destacable, en la historia oficial de la disciplina en México.

En este sentido, el discurso museográfico es por demás explícito. Inaugurado el 17 de septiembre de 1964, el actual Museo Nacional de Antropología “representó la expresión de un proyecto nacional que buscaba fomentar en los mexicanos el reconocimiento y orgullo de su propia cultura”⁴². Si consideramos que de las 12 salas de exhibición correspondientes a la arqueología del “mundo prehispánico” de México, al menos el 50% están dedicadas a la cuenca de México, es decir, teotihuacanos, toltecas y, sobretodo, mexicas, y que

⁴¹ Cf. Bernal, 1979, y *Arqueología Mexicana*, No. 30, marzo-abril 1998: *Dos Siglos de Hallazgos*.

⁴² García-Bárcena, 1999:8; Cf. Witker, 2001.

un total de 11 salas, es decir, más del 90% de la exhibición, están dedicadas en general a *Mesoamérica*, podemos entender lo que García-Bárcena, y los artífices del museo, destacando entre ellos Alfonso Caso, han entendido por “nacional” y “propia cultura”. El norte de México, esto es, más de la mitad del territorio del país⁴³, está representado únicamente por una sala en la cual la exhibición se centra, y no sorprende, en los sitios de Paquimé y Chalchihuites, es decir, en aquellos sitios arqueológicos que, como dijimos antes, han sido tradicionalmente *mesoamericanizados* no por sus habitantes prehispánicos sino por los arqueólogos oficiales contemporáneos. Fuera de estos dos sitios, a juzgar por la exhibición, en la mitad septentrional del país sólo había *puntas de flecha*. Tampoco sorprende, que se encuentre uno, como epítetos del norte, con los términos *Aridoamérica* y *Oasisamérica* tan caros al *mesoamericanismo* y es que, como dice el dicho, *para que la cuña apriete tiene que ser del mismo palo*.

Destaca también que, como producto de la visión museográfica nacionalista, otras regiones, mesoamericanas o no, sean restringidas a una sola sala. De entrada, resulta sintomático que el Occidente de México, esto es, los estados de Sinaloa, Nayarit, Jalisco, Colima, Michoacán y partes de Guerrero y Guanajuato, se encuentre también en una sola sala, contigua a la del norte de México, ambas separadas de las otras por un hiato arquitectónico, una amplia escalera, y justamente al final de todas las demás salas, de suerte que el visitante promedio nunca llega a ellas.

En este sentido, es por demás revelador el orden de recorrido del museo que todo visitante tiene que seguir. Comienza por explicársele el concepto

⁴³ Aproximadamente un millón de kilómetros cuadrados.

Mesoamérica y hacerle entender que esta concepción del pasado “mexicano” es la única válida posible. Enseguida, se lanza a admirar las seis salas siguientes dedicadas al Preclásico del altiplano mexicano, Teotihuacan, los toltecas y los mexicas; de hecho, la sala central del museo y la mayor de todas es la dedicada a estos últimos, conocidos popularmente como aztecas, y a su ciudad, México-Tenochtitlan sobre cuyas ruinas fue construida la actual capital del país: al buen entendedor pocas palabras.

Para cuando el visitante promedio sale de la sala Mexica, completamente *piramizado*, ha transcurrido, por lo menos, una hora de caminata y un sinnúmero de *monumentos*. Los que no suspenden allí su visita, ya sea por fatiga física o atiborramiento visual, y continúan la caminata, se internan inmediatamente después en el siguiente recinto cuyo contenido resulta de gran interés para nuestro análisis. La sala “Oaxaca”, y por ende la región mesoamericana así delimitada, es la única que corresponde directamente con un estado de la república en particular. Si tomamos en cuenta que en la *Mesoamérica* de Kirchhoff nunca aparece como tal, se echa de ver que la región mesoamericana denominada “Oaxaca” y sala de museo homónima corresponden a una construcción discursiva posterior. Ahora bien, si atendemos al hecho de que Alfonso Caso estuvo involucrado en la planeación del museo, que influyó durante varias décadas en los derroteros arqueológicos del país y en la instauración del dogma mesoamericano y que fueron sus trabajos en el estado de Oaxaca los que le dieron fama mundial, la coincidencia oaxaqueña entre estado, región arqueológica y sala museográfica adquiere una apariencia menos casual.

Enseguida viene la sala “Golfo de México” que incluye el sur del estado de Tamaulipas, todo el estado de Veracruz y el oeste del estado de Tabasco; sin embargo, llama la atención que ni esta sala ni la región mesoamericana correspondiente ostenten el nombre “Veracruz” cuando, al igual que en el caso de Oaxaca, se circunscriben prácticamente a la entidad mencionada.

Inmediatamente después viene el área maya, ¡sorprendentemente restringida también a una única sala! Los *mesoamericanistas* podrán alegar que en el norte de México *no hay nada*, como no pocos ni pocas veces lo han dicho, y que por eso no precisa más que de un espacio reducido para exhibirse... pero ¿cómo justifican el hecho de dedicar exactamente el mismo espacio al área maya, tan “mesoamericana”, que se extiende no sólo por todo el sureste mexicano sino por toda Centroamérica, que ostenta una historia de miles de años y es mucho más rica, monumentalmente hablando, que el mismo altiplano central? Sólo la miopía centralista de los artífices del museo puede explicarnos estos sesgos nacionalistas.

El visitante del museo que ha logrado llegar hasta aquí puede darse por bien servido: ha visto lo que la publicidad turística le dijo que debía ver. Saliendo de la sala Maya, el fatigado visitante encuentra ese hiato arquitectónico del que hablamos antes, esa amplia escalinata por la cual *se desciende* sin esfuerzo alguno, casi de inmediato, al tentador solaz y descanso de la cafetería del museo. Y aunque después del hiato hay dos salas más, *Norte de México* y *Occidente de México*, pocos son los que, tras por lo menos un par de horas de caminata, tienen dificultad para decidir entre sentarse a tomar un merecido refrigerio o entrar a las salas que ostentan los desconocidos, periféricos y poco atractivos nombres de

“norte” y “occidente” que no hacen alusión, a diferencia de las otras salas, a ningún referente cultural concreto.

De más está decir, que prácticamente nadie, salvo una pequeñísima minoría, tiene todavía el ánimo suficiente para *subir* a recorrer las 10 salas de etnografía donde supuestamente se encuentran representados *todos* los indios de México. La mayoría lo deja para una segunda visita que, por lo general, nunca se realiza pues, si hemos de ser francos y realistas ¿cuántos turistas visitan dos veces el mismo museo?

Las salas de etnografía, por su parte, presentan un discurso en el que la Cuenca de México solo está representada por una sala de grupos nahuas, dando la impresión de que los indígenas actuales se encuentran no en la capital sino en el resto del país. Así, con su pasado glorioso y su presente aseptizado de indígenas, la capital del país parece querer justificar su derecho al centralismo esgrimiendo un discurso que parece respaldar un supuesto y tácito *derecho histórico natural a la hegemonía*. Podemos ver, que ésta construcción museográfica cumple muy bien su función como museo *nacionalista* de antropología e historia.

Por último, la cereza en el pastel vino en la década de los ochentas con la construcción del Museo del Templo Mayor, dedicado exclusivamente a los mexicas, su cultura y su ciudad. Seguramente, los nacionalistas pensaron que éstos se encontraban subrepresentados en el Museo Nacional y decidieron

hacerles justicia creándoles su propio museo, a decir de algunos el tercero más “importante” del país.⁴⁴

Para finalizar este capítulo, quisiera llamar la atención sobre el papel que la literatura de divulgación juega en todo este proceso excluyente y segregacionista. Para el caso, únicamente mencionaremos los datos concernientes a la que quizá es la revista de divulgación más popular que sobre arqueología existe en México: *Arqueología Mexicana*. Publicada desde 1993, lleva hasta el momento (mayo de 2006) 79 ediciones regulares y 20 ediciones especiales. De las primeras, sólo tres han tenido como tema central (o *dossier*) el *Norte de México* o algún aspecto relacionado con el mismo; de las segundas, ninguna. Cabe destacar, que de las tres ediciones regulares dedicadas al Norte la primera (No. 6) tuvo como tema central *Paquimé*, y como temas complementarios *La Quemada*, *La Gran Chichimeca*, *La Pintura Rupestre de Baja California* y *Chalchihuites*; la segunda (No. 51), siete años después, tuvo como temas principales, para variar, *El Norte Mesoamericano*, *La Gran Chichimeca*, *Paquimé* y, como temas secundarios, *La Ferrería*, *Boca de Potrerillos* y *La Exmisión Jesuita de Cocóspera*. La tercera (No. 62), se centró básicamente en la península de Baja California. Vemos que los temas principales se repiten y giran en torno a los sitios *mesoamericanizados* por el discurso oficial dejando en claro que fuera de estos en el norte mexicano sólo hay *arte rupestre*.

Para decirlo de forma sucinta y cuantitativa, solo el 3% de la labor divulgativa de esta revista se ha dedicado a informar sobre el norte *mesoamericanizado* del discurso oficial; el 97% restante ha estado centrado, como

⁴⁴ Cf. Witker, 2001.

puede adivinarse, en *Mesoamérica*⁴⁵. Curiosamente, esta es aproximadamente la misma proporción que encontramos en las salas del museo que revisamos en párrafos anteriores⁴⁶.

⁴⁵ La proporción se mantiene, en términos generales, aún si se busca temáticamente, ya sea por áreas (Mesoamérica vs Aridoamérica-Oasisamérica) o por regiones mesoamericanas (Norte vs Occidente-Guerrero-Golfo-Centro-Oaxaca-Maya-Costa sur) Por entidades federativas, las que cuentan sobradamente con el mayor número de artículos son Distrito Federal y Estado de México, seguidas por Campeche, Chiapas, Quintana Roo, Yucatán, Oaxaca y Veracruz; las que menos, y con mucho, son Baja California, Coahuila, Durango, Guanajuato, Nuevo León, San Luis Potosí, Sinaloa, Sonora y Tamaulipas (Cf. Índice General, marzo 2006; suplemento en el No. 78 de la edición regular)

⁴⁶ Sin embargo, en la revista, a diferencia del museo, predominan los artículos y *dossier* sobre la región *Maya*, seguidos muy de cerca por los que tratan sobre la región *Centro*.

2.- El Último Suspiro del Moro: El Siglo XVI y la Herencia Medieval

¿Quién iba a pensar que las diligencias de San Pablo en Medio Oriente y la Hégira de Mahoma en el norte de África tendrían repercusiones, cientos de años después, en América a través de Europa? El cadáver cabalgante del Cid y el último suspiro del Moro cruzaron el Atlántico y, por un efecto de bola de nieve, llegaron a las costas americanas convertidos en tormentas, huracanes y epidemias que devastaron al “Nuevo Mundo”. El siglo XVI, empieza como un *Sueño de Polífilo* (1499) y un *Amadís de Gaula* (1508); continúa como un *Orlando Furioso* (1532) y un *Palmerín de Inglaterra* (1547); y termina como un *Doctor Fausto* vendiendo su alma al diablo (1587, 1592) y un Montaigne encerrado en su torre escribiendo *Ensayos* (1580, 1588, 1595) Pero cierto es también, que inicia con una *Nave de los Locos* (1494) y un *Elogio de la Locura* (1511), continúa con las dipsomanías de *Pantagruel* y *Gargantúa* (1532, 1534, 1546, 1562), y se cierra con las andanzas del *Quijote de La Mancha* (1605) Y este párrafo no pretende ser retórica superflua sino contextualización introductoria, porque no poca fue la influencia de la literatura y la religión en la invasión y ocupación de América.

Nada más distinto que la cultura árabe islámica⁴⁷ y las culturas autóctonas de América; no obstante, la historia ha querido acercarlas mediante un eslabón llamado España. Los siglos de ocupación musulmana en la península ibérica no

⁴⁷ La ecuación Desierto-árabes-Islam, a pesar de su histórico éxito, es menos exacta que popular. Los árabes constituyen únicamente el 20% de los mil millones de musulmanes que pueblan actualmente el planeta e históricamente nunca han sido la mayoría de los fieles de Alá. Los turcos y los persas son otras dos, entre muchas, de las etnias más numerosas y características que profesan esta fe. Por otro lado, los árabes tampoco han sido nunca la mayoría de los pobladores del desierto norafricano, aunque para la cultura popular europea sean los más representativos (Cf. Branca, 2004; Taboada, 2004; Horrie y Chippindale, 2005; Cahen, 2004; Grunebaum, 2005)

pueden compararse con el repentino, inesperado y serendipítico “descubrimiento” de América y su posterior invasión; sin embargo, paradójicamente, el mismo contexto histórico que dio fin a la primera ocupación dio, también, inicio a la segunda.

Con los españoles llegaron a América no sólo las herencias medievales europeas⁴⁸, sino también el anti-islamismo y el antisemitismo locales del momento⁴⁹. Recién lograda la llamada *Reconquista*, el español llegó al “nuevo” continente muy bien entrenado en un rechazo cultural que ya venía practicando por siglos, la “conversión o muerte” y expulsión de los judíos en los siglos XIV-XV y el establecimiento de la Inquisición en Castilla a finales del siglo XV son un buen ejemplo de ello; rechazo este evidenciado más fuertemente en materia religiosa pero extendido a todos los aspectos de la vida cotidiana que no fueran europeo-cristiano-católicos: “La iglesia castellana permeó todos los aspectos de la vida, enseñando intolerancia hacia las opiniones religiosas diferentes”⁵⁰. Esta preponderancia de la iglesia católica, encabezada por el Papa, fue posible gracias a un acuerdo entre los Reyes Católicos y los pontífices: los últimos aportarían recursos para la *Reconquista* mientras que los primeros cederían el gobierno de los “asuntos espirituales” a la Iglesia. Sin embargo:

“...el tema de las relaciones entre la historia de la ocupación de América por los europeos y la lucha de éstos con el Islam ha quedado relegada a *obiter dicta* vagos y reiterativos, cuya referencia principal, por otro lado, suele ser la llamada Reconquista, a pesar de que la urgente realidad de la España que ocupó América fue la gigantesca guerra, que con razón fue llamada mundial, que se desarrolló con el

⁴⁸ Cf. Weckman, 1996; White, 1965; Onís, 1955.

⁴⁹ Cf. Garrido, 1980; Cardaillac, 2004; Taboada, 2004.

⁵⁰ Kearney & Medrano, 2001:121

imperio otomano. Y esta guerra, que en sus escenarios principales, el Mediterráneo, la costa africana, y aun el Índico, ha sido objeto de descripciones de cierto detalle, es poco conocida en las interrelaciones que mantuvo con la llegada de los europeos a América y sus primeras conquistas: constituye no una “arqueología negada” sino una “arqueología ignorada”⁵¹

En este sentido, no poca fue la influencia que la alianza Corona española-Vaticano, en contra de los árabes y otomanos, tuvo después en la *terra nova*. Las diferencias entre estos dos antagonistas del Imperio Católico definieron, sin embargo, los efectos de dicho antagonismo. A los musulmanes residentes en la península ibérica se les podía aculturar o expulsar, ya que, de cualquier forma, eran extranjeros que pertenecían a otro continente; pero ¿qué podía hacerse con los indígenas americanos? La primera opción era la misma: aculturación, pero este era *su* continente, no podía expulsárseles a ningún lado. Aquí el exterminio ocupó el lugar de la expulsión a pesar de las leyes de protección de los indios.

Los musulmanes, no obstante sus diferencias internas, tenían una cultura unitaria basada en la religión islámica y conocían perfectamente al enemigo al que habían dominado durante ocho siglos. Además:

“La expansión islámica que afectó durante tantos siglos a la península Ibérica, entre otras características, fue tan rápida y ocupó espacios geográficos tan amplios porque mantuvo una actitud suficientemente permisiva o tolerante sobre las culturas y creencias de los territorios que iba ocupando. Al mismo tiempo, entre otros fundamentos del conocimiento, ese mundo musulmán que avanzaba hacia poniente jugaba con amplia ventaja respecto a la evolución del pensamiento y la actitud intelectual occidental ya que había accedido, mucho antes de lo que lo hará Europa, a las fuentes del saber clásico que van a ser tan apreciadas por la mentalidad renacentista.”⁵²

⁵¹ Taboada, 2004:32-33

⁵² Soler, 2003:49

Esto provocó que las políticas españolas para con los ahora “vencidos moriscos” fueran, desde 1491, particularmente severas ya que, tanto los reyes católicos como Carlos V y Felipe II, sabían que se enfrentaban con un antagonista sólido, especialmente en materia religiosa; además, ocho siglos de haber jugado el papel del *conquistado* no podían dejar de hacerse sentir, especialmente después de la rebelión musulmana de 1568 ⁵³.

Tras la caída de Tenochtitlan, las políticas adoptadas para con los indígenas americanos fueron, en gran parte, las mismas que para entonces se encontraban en boga en España y que estaban encaminadas a exterminar todo vestigio musulmán y no cristiano del nuevo reino y posterior imperio. Desde las primeras cartas de Hernán Cortés puede apreciarse una *islamización* discursiva del nuevo territorio conquistado: *mezquitas* en Tenochtitlan e indios *alárabes* poblaron los escritos de aquellos que se aventuraron, como otros tantos *Amadíses*, en la nueva “cristiandad” ⁵⁴: “A la Cruzada medieval sucede la Cruzada de América”, diría atinadamente Alfonso Reyes ⁵⁵.

Durante todo el siglo XVI, la “frontera musulmana” constituyó una constante preocupación para el imperio Español; al mismo tiempo, la *terra incognita* americana constituía otra frontera a los ojos de los conquistadores provenientes del mismo imperio: durante el mismo siglo, la Nueva España mantendría una constante lucha por expandir sus dominios “cristianos” hacia el norte del

⁵³ Cf. Garrido, 1980

⁵⁴ Más allá del color moreno de la “guadalupana”, su suplantación de *Tonantzin* y su impacto sobre los indígenas, poco se ha dicho en torno a la influencia ideológica que tuvo sobre los conquistadores el hecho de que fuera precisamente la Virgen de Guadalupe, patrona de la *Reconquista* desde Alfonso XI, en 1340, la imagen elegida por la iglesia para ejercer su patronazgo, desde fecha tempranísima, en estos “nuevos” territorios de la cristiandad ¿No llevó siempre el mismo Cortés una imagen de la virgen María de quien era fiel devoto? (Cf. Ricard, 1992; Lafaye, 2002)

⁵⁵ 1989:279

continente, pero la tarea no sería tan “sencilla” como lo fue dentro de la esfera de influencia del imperio mexica; un muy distinto tipo de grupos humanos y la omnipresencia del desierto harían que los epítetos despectivos que les merecieran los árabes se profirieran ahora desde lo “ya conquistado”, la Nueva España, hacia el septentrión novohispano ⁵⁶.

2.1.- El Desierto y Lo desierto

Permítaseme comenzar este apartado trayendo a cuento (¿llamando a capítulo?) una obra literaria hartamente conocida, aunque conocida a medias: *Robinson Crusoe*, del escritor londinense Daniel Defoe.

En la primera parte de esta novela dieciochesca, asistimos a las aventuras más famosas del protagonista, su conocido naufragio, su estancia en una isla y su posterior salida de ella. En la segunda parte, se nos relatan algunas otras de sus correrías por diversas regiones del mundo, pero aquí nos interesa la primera parte.

Robinson Crusoe, oriundo de York, hijo de una acaudalada familia de comerciantes y con un futuro prometedor en la abogacía, decide dejar todo eso y, siguiendo sus “desordenados pensamientos”, se deja llevar por una tendencia “fatal”: su inclinación a los viajes; inclinación que lo llevaría, según sus propias palabras, “hacia un destino miserable”. Ese destino no es otro que el de naufragar y llegar a una “isla desierta”, “excluido del resto del mundo”, “separado de la humanidad”, “solitario y desterrado de toda sociedad”, “sin ropas para cubrirse” y “sin defensa contra los animales y los hombres”. En esta isla, sin embargo, Crusoe puede practicar la agricultura y la domesticación de rebaños de cabras; puede

⁵⁶ Cf. Rozat, ...

utilizar bosques maderables y árboles frutales; puede pescar, cazar y, en fin, dispone de todos los recursos necesarios para vivir bien. No obstante, continúa siendo una “isla desierta”. Las visitas periódicas de aborígenes caníbales, americanos, por supuesto, no sirven de paliativo a su condición; más bien, tienen el curioso efecto de acentuar el carácter “desierto” de la isla. Su único consuelo es haber rescatado una Biblia del barco antes de que este se hundiera por completo. En resumen, se nos muestra aquí un mundo que contrasta con la “civilizada” cultura londinense del autor⁵⁷.

Nos interesa resaltar aquí el adjetivo “desierta” para una isla tan poco “desértica”, sobretodo si se compara con la relación que se hace, en la segunda parte, de los viajes de Robinson por el Desierto de Gobi y por Siberia. Es esta cualidad polisémica de la palabra “desierto” la que da pie a nuestra primera reflexión.

Hay un entendido tácito que subyace a cualquier disertación sobre “el desierto”: es la idea de *lo desierto*. El desierto, como veremos más adelante, es una categoría geográfica, un sustantivo, una entidad precisa; *lo desierto*, en cambio, es una construcción discursiva elaborada desde una necesidad ideológica, un adjetivo, una forma de caracterizar.

Lo desierto es el antagonista indispensable de lo habitado, de lo urbano, del orden, de lo sedentario, en una palabra, de lo civilizado; y no se corresponde, necesariamente, con el desierto geográfico.

Es precisamente por este antagonismo, que no tenemos ninguna dificultad en aceptar que la isla a la que llegara Robinson Crusoe después de su naufragio

⁵⁷ Cf. Shinagel, 1994 y, por supuesto, la obra de Daniel Defoe.

estaba realmente “desierta”, a pesar de que dicha isla tenía bosques maderables, rebaños de cabras fácilmente domesticables, era apropiada para la agricultura y visitada, de vez en cuando, por indígenas americanos. La isla de Crusoe es desierta más por ser isla y por encontrarse alejada de todo lo que el protagonista juzga como deseable que por ser desierto.

La palabra “desierto”, del latín *desertus*, conlleva una idea de abandono, de soledad. Allí donde está despoblado, donde no hay cultivos, gente ni edificios es el desierto. Parte de la herencia medieval mexicana⁵⁸ es la visión del desierto, *lo desierto* y su discurso que tenían los europeos occidentales. No es infrecuente encontrar la palabra “alárabe”, por ejemplo, como calificativo despectivo en los escritos españoles del siglo XVI referentes al norte americano. Para el europeo medieval, el desierto geográfico más cercano era el desierto africano, el de los árabes contrarios a la religión católica, el de los musulmanes que habían conquistado gran parte de su territorio y contra los que se organizaron las cruzadas. En fin, esa “gente del desierto” era el enemigo a vencer.

Pero desiertos eran también el bosque y el mar, los sitios donde, a falta de un desierto geográfico real como el de medio oriente, se retiraban quienes deseaban apartarse de la civilización por cualquier motivo: santos y paganos, siervos fugitivos, delincuentes, cazadores y, en un sentido general, toda suerte de vagabundos. “Lo más frecuente –dice Jaques Le Goff- era que el desierto representara los valores opuestos a los de la ciudad y en este sentido debe interesar a la historia de la sociedad y la cultura”⁵⁹.

⁵⁸ Cf. Weckman, 1996

⁵⁹ Le Goff, 1999:25

Sin embargo, en el imaginario popular subsiste una retroalimentación entre el sustantivo y el adjetivo. En México, el desierto está en el norte. Se le ha llamado *Aridoamérica* y *Oasisamérica* en contraposición con *Mesoamérica*, y se dice, como ya hemos visto en la primera parte, que “en el norte no hay nada”, solo “bárbaros chichimecas”, “planicies incultas”, “nómadas”, etc., lo cual no viene sino a confirmar la yuxtaposición semántica de la que hemos hablado.

Por último, volviendo a nuestro náufrago, vemos que no es sino hasta que llegan otros europeos a poblarla, la “isla desierta” de Robinson Crusoe deja de ser tal para convertirse en una “colonia civilizada”, lo cual nos remonta a las fuentes documentales sobre la “colonización” del septentrión mexicano...

2.2.- Ideología Religiosa y Desierto

“La superstición en que fuimos educados conserva su poder sobre nosotros aún cuando lleguemos a no creer en ella”
Gotthold Ephraim Lessing, 1729-1781

“El desierto es monoteísta”, escribió alguna vez Ernest Renan en su ya clásica obra decimonónica *Historia del Pueblo de Israel*, lo cual puede servirnos como *slogan* paradigmático para aquella postura filosófica en que se asume que la naturaleza prima sobre la cultura. Por otro lado, un pasaje de los *Triunfos de Nuestra Santa Fe...*, del jesuita fray Andrés Pères de Ribas, no obstante ser poco citado resulta, a nuestro parecer, altamente significativo y puede ayudarnos a

ilustrar la postura opuesta, aquella donde la cultura influye en la concepción que tenemos acerca de la naturaleza⁶⁰.

Tratando sobre la conversión de la *Nación Mayo* de la *Provincia de Sinaloa*, en el noroeste novohispano, el autor apunta, no sin cierta satisfacción, lo siguiente:

“India hubo, que acabada de bautizar, la primera cosa que me preguntó fué, ¿cuándo era domingo? Y preguntada por qué lo decía? Respondió, que porque estaba haciendo una manta y no quería trabajar ese día, como Dios lo mandaba. Y a este tono, acerca de los mandamientos, me suelen hacer a menudo preguntas, en particular de los días en que se han de abstener de comer su caza de monte, por no haber tenido ellos la división de días de viernes, ni de sábado del cristianismo.”⁶¹

Bien sabemos ahora, gracias a numerosos estudios⁶², que el ciclo semanal no corresponde con ningún ciclo natural de la manera en que lo hacen el ciclo mensual y el anual; además, el ciclo semanal de siete días es solo uno entre varias opciones que oscilan desde la semana de tres días a la de diecinueve⁶³. El ciclo semanal de siete días se encuentra ligado, desde su inicio, con las religiones monoteístas: judía, cristiana y musulmana, por lo cual corresponde a una cosmovisión muy particular de la realidad: ¡no en vano hizo Yahveh el mundo en siete días!

Esta cita, a manera de introducción, nos sirve también para ejemplificar la manera en que la cultura hispánica, y por ende la religión católica, vinieron a

⁶⁰ Cabe aclarar, que no se trata aquí de tomar partido por una u otra postura sino simplemente de llamar la atención sobre ellas. De hecho, consideramos que ambas son válidas, en distinta medida, según el contexto histórico y geográfico de que se trate.

⁶¹ Pères de Ribas, 1944, Tomo II, Libro IV, p. 21

⁶² Cf. Zerubabel, 1985; Richards, 1988

⁶³ Cf. Zerubabel, op. cit.

cambiar, por un lado, los ejes referenciales de tiempo y espacio; y por otro, como veremos más adelante, la percepción del entorno, la concepción del paisaje que tenían los habitantes originarios del llamado *Nuevo Mundo*.

Una teoría interesante sugiere que la idea de *desierto*, con todo y su carga peyorativa, pudo surgir a raíz de la profusión de asentamientos agrícolas; esto es, que desde el momento en que cada vez más personas empezaron a depender de la agricultura y el cultivo de recursos que requerían disponibilidad de agua, aunque fuera estacionalmente, comenzó a asociarse el bienestar con entornos más húmedos *ergo* los entornos más áridos fueron tornándose menos deseables. Además, pudo establecerse una clara diferencia entre tierras cultivadas y territorios incultos. Porque no es que en los desiertos no existan recursos obtenibles por medio de la caza y/o la recolección, lo que implica mayor dificultad es, en realidad, la subsistencia por medios agrícolas, aunque ésta también es posible. En este sentido, cabe preguntarse:

“Desde cuál perspectiva, puede una extensión del paisaje ser denominada desierta, yerma o inculta, ya sea en un sentido favorable o desfavorable? Ciertamente, no desde la perspectiva de sus habitantes, sean estos humanos o no, ya que para ellos este es un territorio familiar, de hecho es su hogar! Es allí donde viven, donde tienen existencia, donde entablan esa lucha por la supervivencia que es común a todas las especies.”⁶⁴

⁶⁴ “From whose perspective is a stretch of landscape to be designated ‘wilderness’, in either a favourable or unfavourable sense? Certainly not from the perspective of its human and non-human denizens, to whom it is familiar territory, indeed home! It is here that they live, have their being, and engage in the struggle for existence that is common to all species” (Leal, 2004:45)

Continuando con esta línea, estamos de acuerdo con David Arnold cuando afirma que:

“Lo que para una persona quizá sea lo silvestre, para otra podría ser el paraíso terrenal. Para algunos pueblos, los bosques han sido hogar y fuente de satisfactores, así como de comodidad; para otros, han sido lugar de oscuridad y barbarie, útiles sólo para ser cortados en aras del progreso, la prosperidad y el orden. El ambiente o medio ha sido no sólo un lugar: [sino] también el campo de batalla donde han contendido ferozmente ideologías y culturas.”⁶⁵

Así, coincidimos también con André Corboz en que “En un paisaje, lo que cuenta no es tanto su ‘objetividad’ (lo que hace que sea distinto de un fantasma) sino el valor atribuido a su configuración. Este valor es forzosamente cultural.” O, dicho de otra forma, “*la naturaleza es lo que la cultura designa como tal*”⁶⁶. El desierto, entonces, tendrá diferentes atributos dependiendo del referente cultural desde el cual se le atribuye un valor. En el caso de las cosmovisiones religiosas, especialmente entre aquellas que comparten el monoteísmo, ese valor dependerá del papel que juega el desierto como *lugar* dentro de la mitología propia de cada una, vertida en cada caso en sus libros sagrados: la *Toráh*, para los judíos; el *Nuevo Testamento*, para algunos cultos cristianos; la *Biblia* en general, para el catolicismo occidental y la ortodoxia oriental; o el *Corán*, para el Islam.

En otro trabajo, hemos entrado ya en detalles sobre las particularidades de cada una de estas cosmovisiones en su relación con el desierto⁶⁷. Aquí sólo nos centraremos en el cristianismo, particularmente en sus versiones católica y

⁶⁵ Arnold, 2000:11

⁶⁶ Cf. Corboz, 1983

⁶⁷ Cf. Ortega, 2006

protestante por ser las dos cosmovisiones religiosas que se impusieron en América desde los siglos XVI y XVII respectivamente y, a nuestro juicio, las que han permeado de manera más decisiva el desarrollo posterior de las ideologías, al menos en la América del Norte.

Dicho sea de forma sucinta, tras la supuesta muerte de Jesús⁶⁸, el cristianismo fue difundido por los apóstoles. Fue San Pedro el primer obispo de Roma; sin embargo, el apóstol más activo difusor de la doctrina fue san Pablo, quien la propagó por Asia Menor, Grecia y Roma⁶⁹. Aunque sufrió persecuciones desde el siglo I, el número de adeptos fue aumentando hasta que, finalmente, Constantino reconoció la validez social de este movimiento religioso, mediante el edicto de Milán, en 313 d. C., y Teodosio lo declaró religión oficial del estado a fines del siglo IV. Durante la Edad Media se extendió por todo el mundo “civilizado”, a pesar de que, ya desde su nacimiento, tuvo que enfrentarse con graves problemas: las llamadas *herejías*⁷⁰, como el nestorianismo, el arrianismo, el montanismo, el gnosticismo y un largo etcétera; el cisma de Oriente, en 1054 d. C., que separó la Iglesia bizantina de la latina; el cisma de Occidente⁷¹, en 1378 d.

⁶⁸ Supuesta en el sentido de que su misma existencia es supuesta ya que no ha sido probada históricamente.

⁶⁹ “Cuando tengo necesidad de odiar a alguien –escribió Cioran– leo las Epístolas de San Pablo”

⁷⁰ La palabra “herejía” proviene del griego y alude al concepto de “error”, en el sentido de una desviación o de enseñanzas de doctrinas que van en contra de un programa de fe ya estructurado, como en el caso de la Iglesia Católica, o bien sometido a examen y finalmente aprobado con una definición de base inmutable, es decir, *dogma*.

⁷¹ El Cisma de Occidente se produce cuando a la muerte en el año 1378 de Gregorio XI que había trasladado a Roma la sede papal desde Aviñón, los cardenales romanos eligieron como sucesor a Urbano VI. Un colegio de cardenales disidentes se opusieron al candidato romano y proclamaron a Clemente VII, lo que originó la división en el seno de la Iglesia. Tras diversos proyectos de solución –*Via Cessionis*, *Via Compromissi* y *Via Conventionis*–, se intentó llegar a un acuerdo con la apertura de un concilio en Pisa, en 1409, donde se eligió a un nuevo pontífice, Alejandro VI. Resulta evidente que tres papas no era ninguna solución por lo que se convoca un nuevo concilio, esta vez en Constanza, en 1414, donde son declarados depuestos los tres pontífices y elegido Martín V, lo que supuso la extinción del Cisma.

C., y la Reforma del siglo XVI, que separó el protestantismo de la Iglesia romana y de la cual trataremos en los párrafos siguientes.

Las fronteras confesionales de la Europa del siglo XVII, se trasladaron a América con una cardinalidad curiosamente especular: un *sur católico* frente a un *norte protestante*. Y quizá en esto radique uno de los factores, lamentablemente poco explorado, por los cuáles el norte, y con ello el desierto, hayan sido siempre *frontera non grata* para el *meridión* católico conservador e institucionalizado de la Nueva España y denominaciones nacionales posteriores. Pero dado que el cristianismo se nutrió desde su origen del judaísmo, es necesario considerar la herencia, en este caso referente únicamente al tema del desierto, que el llamado *Antiguo Testamento* recibió de la *Toráh*.

Cuando Yahveh, dios de los judíos, expulsó a los primeros habitantes del Paraíso Terrenal, entre otras cosas sentenció a Adán:

“...*maldito* sea el suelo por tu causa: con fatiga sacarás de él el alimento todos los días de tu vida. Espinas y abrojos te producirá, y comerás la hierba del campo.” (cursivas mías)⁷²

Así, tras haberlos condenado a la agricultura, vistiéndolos con túnicas de piel, los echó del Jardín del Edén.

Posteriormente, la historia se repite en cierta forma con Caín y Abel: siendo el primero de ellos labrador y el segundo pastor de ovejas, la oblación del primero no fue grata a los ojos del dios, aunque nunca se nos explica el porqué. Irritado

⁷² BDJ, 1975:15

por este desprecio, Caín, el labrador, *el que había aprendido de su padre a sacar el alimento del suelo maldito*, mató a Abel, el pastor, con las consabidas consecuencias:

“Aunque labres el suelo, no te dará más su fruto. Vagabundo y errante serás en la tierra.”⁷³

Fueron las palabras con que, entre otras cosas, *maldijo* Yahveh a Caín.

Tenemos en la Biblia una secuencia bastante clara: del Jardín original se pasa, maldición de por medio, a las tierras de labrantío y de éstas, mediante otra maldición, a las tierras yermas o estériles. El desierto es, pues, doblemente maldito a causa de la desobediencia y el fratricidio.

Pero en los pasajes citados podemos apreciar otros dos aspectos de la maldición que, aunque colaterales, matizan y caracterizan la concepción de la pérdida del paraíso: las túnicas de pieles, en Adán y Eva, y la *errancia*, en Caín.

En resumen, si la agricultura es ya de por sí una maldición, el desierto es maldito por partida doble. Además, vestirse con pieles y ser *nómada* vienen a constituirse como las características por antonomasia del *caído*, del pecador, del desterrado, del que ha perdido su hogar y del que ha matado a su hermano. Por lo tanto, vivir en el desierto, vestirse con pieles y ser *nómada* son prácticas moralmente censurables.

Al final de la *Toráh* judía, o del *Pentateuco* del *Antiguo Testamento*, la concepción del desierto, asociada todavía con la idea del destierro, se nos presenta en el *Éxodo* matizada ya por la idea de *lugar de prueba* y *lugar de pacto*.

⁷³ *Ibidem*

Ir al desierto, entonces, se *conceptualiza* como el camino de regreso a la tierra *prometida*⁷⁴

Pero el *Nuevo Testamento* nos ofrece una alternativa. O dos, según se mire. Cuando Jesús pasa 40 días en el desierto, esta noción de lugar de “prueba” y “pacto” está todavía presente; sin embargo, al hacerlo Jesús, se asume que ya no es necesario que lo hagan los demás pues Él, entre otras cosas, ya lo ha hecho por “nosotros”. Ahora el pacto será a través de Él, de *Jesús Hijo de Dios*, y el lugar de pacto será la Iglesia por Él fundada. El pacto a través de Jesús constituirá posteriormente la base del protestantismo; la mediación de la Iglesia, por su parte, será el núcleo del catolicismo.

En fin, que para hablar con Dios, según la Iglesia católica, ya no es necesario ir al desierto, ahora sólo basta con ir a la Iglesia más cercana y adquirir los servicios que ofrecen los obsequiosos padres, los cuales, hay que decirlo, siempre se muestran contentos de que uno entre al redil.

El catolicismo es la forma que adquirió el cristianismo al fundirse con el Imperio Romano, especialmente con el Imperio Romano de occidente ya que el de oriente, el Imperio Bizantino, por su parte, engendraría la ortodoxia. Para el catolicismo, a diferencia de los otros cristianismos, el desierto es un lugar de castigo, es la contraposición del paraíso y a donde el pecado original nos condenó, por lo tanto es lo opuesto a lo deseable.

⁷⁴ Cf. Draï, 1988

Según la doctrina católica, Jesucristo designó como jefe de la iglesia al papa, en tanto que sucesor de san Pedro; los obispos están bajo su autoridad. La iglesia, por lo tanto, es infalible cuando se pronuncia en materia de fe, sea a través de un concilio ecuménico, sea por el propio papa hablando *ex cathedra*⁷⁵.

Los principales *dogmas* de la doctrina católica están contenidos en el *Símbolo de los Apóstoles*⁷⁶: creencia en el ser de Dios y en la Trinidad, misterios de la encarnación, la redención y la resurrección, con todas las creencias que de ellos se derivan, como la resurrección de la carne y la vida eterna. Los *Autos* de la redención, por su parte, se aplican a través de los siete *sacramentos* (bautismo, confirmación, eucaristía, penitencia, extremaunción, orden y matrimonio), facultad exclusiva, por supuesto, de la iglesia católica. Así, vemos que la Iglesia católica

⁷⁵ *Ex Cathedra* (del latín "cathedra", silla), es el ejercicio especial y explícito de *infalibilidad papal*. Cuando el Papa habla desde su silla o *cathedra de autoridad*, como cabeza visible de todos los cristianos, sus enseñanzas no dependen del consentimiento de la Iglesia y son irreformables. Cuando el Romano Pontífice habla *ex cathedra* es cuando en el ejercicio de su oficio de pastor y maestro de todos los cristianos, en virtud de su suprema autoridad apostólica, define una doctrina de fe o costumbres como que debe ser sostenida por toda la Iglesia, posee, por la asistencia divina que le fue prometida en el bienaventurado Pedro, aquella infalibilidad de la que el divino Redentor quiso que gozara su Iglesia en la definición de la doctrina de fe y costumbres. Por esto, dichas definiciones del Romano Pontífice son en sí mismas, y no por el consentimiento de la Iglesia, irreformables. Tres condiciones deben reunirse para que una definición pontificia sea *ex cathedra*:: 1.- El Papa debe hablar "como Pastor y Maestro supremo de todos los fieles que confirma en la fe a sus hermanos". (Si habla en calidad de persona privada, o si se dirige solo a un grupo y no a la Iglesia universal, no goza de infalibilidad); 2.- El Papa "proclama por un acto definitivo la doctrina". (Cuando el Papa claramente expresa que la doctrina es definitiva, no puede cambiar); y 3.- El Papa habla "en cuestiones de fe y moral". Ejemplos de definiciones *ex cathedra* pronunciadas infaliblemente por el Sumo Pontífice: La carta de San León I sobre la Encarnación, el texto de Benedicto XII referente a la visión beatífica, el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen y el dogma de la Asunción de la Virgen en cuerpo y alma al cielo.

⁷⁶ En el catolicismo, el *Símbolo de los Apóstoles* es la versión más corta del Credo y contiene formulas que han sido a veces difíciles de explicar, como el *Descenso a los Infiernos* de Cristo. Es llamado así porque la mayor parte de él esta tomada de la Biblia. El *Símbolo* es el siguiente: Creo en Dios Padre todopoderoso, creador del cielo y de la tierra. Y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor, que concebido por obra y gracia del Espíritu Santo; nació de Santa María Virgen; padeció bajo el poder de Poncio Pilatos; fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los muertos; subió a los cielos; y está a la diestra de Dios Padre, desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo, en la Santa Iglesia Católica (o según la versión protestante *Santa Iglesia cristiana*), en la Comunión de los Santos, en el perdón de los pecados, en la resurrección de la carne y en la vida perdurable. Amén.

es, por definición, una institución altamente centralizada, jerarquizada y excluyente.

Pero en su exportación hacia América, el catolicismo estuvo matizado, en primer lugar, por un proceso histórico fundamental: la llamada *Reconquista*, heredera de las cruzadas, que se practicó, como ya hemos visto, especialmente en España en contra del Islam. En segundo lugar, el catolicismo español de la *Reconquista* se vio recrudescido por el cisma de Occidente durante el cual la Iglesia de Roma tuvo que hacer frente a la crisis de la *Reforma* mediante la llamada y discutida *Contrarreforma*.

Dentro de este proceso, los jesuitas fueron parte de la respuesta católica a la *Reforma* pero, a pesar de ser quienes “conquistaron” espiritualmente el septentrión novohispano, no fueron, a nuestro juicio, quienes nos legaron su visión del desierto por el lado hispano católico, o al menos no exclusivamente. Aquí primó, ya desde entonces, la visión del “centro” (dominicos, agustinos y franciscanos) que es la que prevaleció durante la época colonial y la que heredó el México independiente y posterior.

Los españoles vinieron con una idea de *desierto* influida por la *Reconquista* y, aunque los jesuitas tuvieron la suya propia, no es menos cierto que la orden de Loyola no empieza su labor americana sino hasta finales del siglo XVI y que es expulsada a mediados del siglo XVIII, que sus territorios fueron posteriormente ocupados por otras órdenes religiosas, principalmente franciscanos y que sus escritos fueron en cierta forma censurados; por esto, asumimos que la visión que más influyó en la conformación del imaginario colectivo, llamémosle *cosmovisión*,

fue la de las otras órdenes religiosas, mismas que tenían una mayor tradición e influencia dentro del catolicismo tradicional español.

Al catolicismo le interesa lo que ha dado en llamar “el establecimiento de la Iglesia visible”, es decir, dejar bien claro que el único medio de “salvación” es a través de dicha institución; en el protestantismo, en cambio, lo que se busca en primera instancia es la conversión individual sin la mediación de institución alguna. Por esto, como bien ha apuntado Ricard, los misioneros que llegaron a la América hispana venían sin duda a convertir infieles pero más aún a *fundar Iglesia*. Este mismo autor, reconoce que la fundación de una Iglesia mexicana fue incompleta lo cual, a pesar de ser su tesis más polémica, no deja de tener por ello el peso de los asertos verdaderos, quizá por eso se le critica tanto:

“La Iglesia mexicana (...) resultó una fundación incompleta. O mejor dicho, no se fundó una Iglesia mexicana, y apenas se sentaron las bases de una Iglesia criolla; lo que se fundó, ante todo y sobre todo, fue una Iglesia española, organizada conforme al modelo español, dirigida por españoles y donde los fieles indígenas hacían un poco el papel de cristianos de segunda categoría”⁷⁷

Y después:

“En resumen, a una cristiandad indígena se sobrepuso una Iglesia española, y la Iglesia de México apareció finalmente no como una emanación del mismo México, sino de la metrópoli, una cosa venida de fuera, un marco extranjero aplicado a la comunidad indígena. No fue una Iglesia nacional; fue una Iglesia colonial, puesto que México era una colonia y no una nación.”⁷⁸

⁷⁷ Ricard, 1992:23

⁷⁸ *Ibidem*

Desde la perspectiva católica española, el desierto no sólo no era deseable por ser lugar de destierro sino por ser, a la vez, tierra de infieles por antonomasia. Aquel desierto salvaje y estéril al que fueron condenados los primeros pecadores y el primer fraticida, al que se retiraban también los eremitas de la *Leyenda Dorada* de Santiago de la Vorágine en franca imitación de Jesucristo, era también la cuna del Islam y el hogar de los árabes que habían ocupado afrentosamente territorios de la cristiandad y que la alianza Reyes católicos-Papa no podía considerar menos que enemigos.

Así pues, esta visión del desierto, impuesta por la Iglesia católica colonial española, institución altamente centralista y jerarquizada, forjada entre los fuegos de la *Reconquista* y la *Reforma*, es la que privó en la sociedad novohispana y la que la sociedad mexicana, moldeada por este institucionalismo jerárquico religioso de la Iglesia católica, ha heredado. Porque la independencia se hizo contra un imperio, no contra una religión.

A qué negarlo: nuestros máximos héroes independentistas fueron curas católicos y, tanto la guerra de independencia como el movimiento revolucionario hicieron uso extendido de los estandartes guadalupanos, y la virgen María es, como todos sabemos, uno de los íconos centrales del catolicismo. Por otro lado, las múltiples visitas del finado papa Juan Pablo II no hacían sino resaltar el hecho de que, a pesar del avance del protestantismo en Latinoamérica, México continúa siendo el país católico número uno en el continente y uno de los primeros a nivel mundial.

Surgido de la Reforma del siglo XVI, el protestantismo reúne a diversas iglesias (luteranas, calvinistas, anglicanas, etc.) cuya unidad está basada en tres afirmaciones fundamentales: 1.- la autoridad soberana de la Biblia en materia de fe (todo lo que es tradición meramente humana es rechazado); 2.- la salvación por la fe, que es un don de Dios (las buenas obras no son la causa de la salvación sino su consecuencia), y 3.- la fuerza del testimonio interno del Espíritu Santo, por la cual el creyente comprende el espíritu de la palabra de Dios que se expresa en los libros santos. El protestantismo, iconoclasta por definición, no pretende ser un conjunto doctrinal, sino una actitud común del pensamiento y de la vida, que es la fidelidad al Evangelio.

Surgido en un principio como una reacción al papismo y los excesos de la Iglesia católica, el protestantismo, en sus diferentes versiones, pronto ganó adeptos en toda Europa, principalmente en Alemania, Suiza, Francia, Polonia, Bohemia, Hungría y las islas británicas. En España, aunque surgieron algunos focos protestantes en Sevilla y Valladolid, pronto fueron reprimidos por la Inquisición.

Las colonias inglesas, mejor conocidas como *Nueva Inglaterra*, con las que un incipiente imperio británico se extendiera en la costa atlántica de Norteamérica, fueron herederas directas del movimiento reformista, a la sazón en pleno apogeo en Europa. Más anglicanos y calvinistas que luteranos, pero más puritanos y anabaptistas que otra cosa, los primeros colonos noreuropeos de lo que ahora son los Estados Unidos vinieron, cierto, escapando de las persecuciones religiosas de las que eran víctimas a causa de su radicalismo, pero también con la esperanza inicial de encontrar no el *paraíso perdido*, como los españoles, sino la *tierra*

prometida. Más que una vuelta a los orígenes, a la *Edad de Oro*, tenían en mente una teleología de la salvación por medio del esfuerzo personal. Con esta visión y desde esta cosmovisión se enfrentaron al nuevo territorio. En este sentido, según Lynn White:

“Transmitida y refinada por los padres de la Iglesia y los ascetas medievales, elaborada por místicos y, especialmente, por el ala radical anabaptista de la Reforma, la cual tuvo muchos seguidores en nuestra frontera, la noción de que el desierto no es únicamente un terrible lugar de lucha y sufrimiento sino también una arena en la cual puede ganarse la perfección espiritual –una tierra donde ‘los hombres son hombres’-, ha jugado un importante papel en la vida emocional americana. De hecho, sin esta curiosa e históricamente condicionada afirmación del desierto, enraizada en tres mil años de tradición religiosa especializada, es dudoso que los desiertos americanos pudieran haber sido conquistados y poblados tan rápidamente como lo fueron”⁷⁹

Taylor atribuye características similares a la arqueología del *Southwest* cuando apunta que: “Desde sus inicios hasta el día de hoy, la arqueología del Southwest ha desarrollado y mantenido una tradición de trabajo de campo expedicionario y una actitud de considerable individualismo pionero, incluso separatismo”⁸⁰

Lo que para este autor ha dado su forma característica a la arqueología del suroeste estadounidense ha sido lo que él denomina “*expedition attitude*” (actitud

⁷⁹ “Transmitted and refined by Church Fathers and mediaeval ascetics, elaborated by mystics and especially by the radical Anabaptist wing of the Reformation which had so many adherents in our frontier, the notion that the wilderness is not merely a dread place of struggle and suffering but also an arena in which spiritual perfection may be won –a land where ‘men are men’-, has played a great part in American life and emotion. Indeed, without this curious, historically conditioned, affirmation of wilderness, rooted in three thousand years of a specialized religious tradition, it is doubtful whether the American wilderness would have been conquered and settled so quickly” (White, 1965:192-193)

⁸⁰ “From its inception to the present day, Southwestern archaeology has developed and maintained a tradition of expeditionary field work and an attitude of considerable pionner individualism, even separatism.” (Taylor, 1954:569)

expedicionaria) y “*pionnering attitude*” (actitud de pionero), que no son otra cosa más que aquella “curiosa e históricamente condicionada afirmación del desierto” a la que White (*vid supra*) atribuía la rápida colonización del *salvaje Oeste*.

Se entiende que la misma actitud hacia el desierto ha permitido un rápido avance tanto en el poblamiento como en la investigación arqueológica del otrora *lejano, salvaje* y, posteriormente, *viejo Oeste* norteamericano; dicha postura se ha trasladado, en no pocas ocasiones, hacia el sur de la frontera internacional, donde el exotismo de la nación vecina ofrece, todavía hoy, un contexto ideal para continuar con aquel individualismo pionero y aquella actitud expedicionaria. Ya alguien ha llamado la atención en torno a los solitarios investigadores norteamericanos del norte mexicano, todos ellos, por supuesto, *pioneros*: Carl Lumholtz, Charles Di Peso, Charles Kelley, Carl Sauer, entre otros, son claros ejemplos de esto.

Muy distinta, como veremos, ha sido la postura de los investigadores mexicanos con respecto a sus regiones desérticas.

Atrapados en la herencia de la institucionalidad católica española, reforzada por la institucionalidad imperialista francesa, a su vez nación católica de primer orden, los mexicanos continuamos teniendo *instituciones fuertes*, como tanto le gusta repetir a nuestro actual primer mandatario. Y ese es precisamente nuestro problema: el discurso institucional centralizado, jerárquico y exclusivista en México es *ley*. Y todas éstas características, tan opuestas al individualismo pionero mencionado antes, son propias de la institución encargada de la arqueología mexicana hecha por investigadores nacionales.

A la manera de un concilio católico, el *Consejo de Arqueología* del INAH se reúne cada mes, en franca actitud jerárquica y centralizada, para decidir los proyectos que serán aprobados y los que no, con base en el *canon* nacionalista oficial cuyo núcleo duro es el *dogma* mesoamericano. Y no es descabellado atribuir características cismáticas a las relaciones entre este instituto gubernamental y aquél otro de investigación antropológica de la UNAM, aunque sobre ésta historia ya existen algunos apuntes, como el *Leviatán Arqueológico* de Luis Vázquez.

Para el dogma mesoamericano, hay que decirlo, el desierto septentrional es tierra de chichimecas, bárbaros a más no poder, que sólo *bajaban hacia el sur civilizado* con la intención de causar destrucción y caos. Curiosamente esto coincide de todo a todo con las alusiones a *Gog y Magog* en el *Antiguo Testamento* y en las profecías del *Apocalipsis*, donde unos pueblos bárbaros provenientes del norte vendrían a atacar a la nación israelita y, posteriormente, a la Iglesia católica sólo por el mero afán de causar daño y destrucción. ¡Eran malos, pues!

Por otro lado, como ya hemos visto, al arqueólogo oficial mexicano no debe interesarle, lo dijo Alfonso Caso, nada más que *Mesoamérica*, esto es, el centro y sur de México y el norte de Centroamérica. Y, a riesgo de parecer aventurado, me parece que existe un paralelismo no explorado aún entre el territorio teórico mesoamericano y aquél otro, de naturaleza histórica, de la Nueva España. Una curiosa e interesante similitud conceptual subyace a la geografía del territorio

novohispano y a la de *Mesoamérica*, lo cual nos ha llevado a preguntarnos, en otro trabajo⁸¹, si no existe una suerte de continuidad entre ambas territorialidades.

Pero más allá de todas estas consideraciones, cabe destacar el carácter *estéril* con el que la oficialidad arqueológica mexicana ha querido caracterizar al septentrión desértico del país y la personalidad *bárbara y demoníaca* con que se ha querido vestir a sus habitantes originales, no ya desde el americanismo europeo sino desde el *mesoamericanismo* local. No pocas veces, sus vestimentas de cuero, como las de Adán y Eva, y su nomadismo, como el de Caín, han sido símbolo de inferioridad y causa de reprobación moral.

En resumen, con estas viñetas, por fuerza demasiado generales, se ha querido señalar que la concepción ideológica del desierto, como muchas otras cosas, está altamente influida por el *background* (trasfondo, origen, antecedentes) religioso de la sociedad, aunque no sea éste el único factor que la determina. Resulta sumamente sugerente pensar que la forma en que cada sociedad o cultura maneja su ideología religiosa puede aportarnos, por comparación, una explicación de cómo éstas se han enfrentado a sus contextos históricos y han encontrado, a través de ella, soluciones distintas a circunstancias similares. En este caso particular, nos ha interesado resaltar las diferencias de aproximación que se dieron, históricamente, no sólo en torno a una circunstancia similar, que no idéntica, sino, además, con respecto a un mismo espacio geográfico: a saber, los desiertos del norte americano y la relación que tanto la cultura hispana católica como la anglo-prottestante han tenido con los mismos.

⁸¹ Cf. Ortega, 2006

El norte mexicano y el suroeste estadounidense son desérticos y juntos fueron alguna vez, como es de todos sabido, el septentrión novohispano. Apenas trazada la frontera internacional entre ambos países, en los desiertos ahora estadounidenses se fueron encontrando, curiosamente, “altas culturas” mientras que del lado mexicano el desierto continuó incógnito y bárbaro. Las etiquetas “norte bárbaro” y “salvaje Oeste” son, aunque parezcan similares, dos maneras muy distintas de *conceptualizar* un mismo territorio dado que provienen de una cosmovisión muy diferente. De hecho, la *barbarie* se relaciona más, por definición, con *el atraso* y el *salvajismo*, con *lo silvestre*.

La Nueva España fue una derivación de la vieja, principalmente de Castilla, tanto que alguno la ha llamado “la Castilla de allende el mar”⁸² y como tal, fue la expresión más recalcitrante del catolicismo apostólico romano, mismo que encontró su reafirmación más expresa a través de la llamada *Reconquista*, movimiento social y religioso que rechazaba no sólo a una cultura y religión extraña, el islamismo árabe, sino incluso a una expresión socio-religiosa más cercana, el judaísmo.

La Nueva Inglaterra, por otro lado, aunque liderada por Inglaterra, fue la derivación de diferentes pueblos; sin embargo, todos ellos, o casi, herederos de la *Reforma*, con su concepción menos jerarquizada y más individualista de la sociedad y su relación más directa con la divinidad en detrimento de la mediación institucional. Cabe destacar, que la *Reforma* fue un rechazo del catolicismo romano y que Inglaterra, aunque tuvo su propia reconquista en contra de vikingos

⁸² Cf. Onís, 1955

y franceses, no cuenta en su historia con una ocupación tan larga y plena como la árabe en España.

Así, con la extensión de las fronteras confesionales de Europa a América, se trasladaron también dos cosmovisiones que, a pesar de sus raíces comunes, tuvieron un desarrollo histórico muy distinto. Dicho en otros términos, de acuerdo con Régis Debray: “El púlpito es el centro del templo protestante porque es la iglesia de la palabra. El altar es el centro de la capilla católica porque es la iglesia de los sacramentos.”⁸³ De este modo, la agencia individual protestante se opone a la mediación institucional católica. Por esto, el territorio estadounidense ha sido siempre caldo de cultivo para nuevos cultos religiosos, de entre los que destacan los mormones con su propio libro sagrado escrito por John Smith; mientras que de este lado de la frontera, “*México, siempre fiel*”, dijera el papa.

Adenda

Las traducciones enriquecen las lenguas, los idiomas. En este sentido, el tipo de obras que se traduzcan influirá necesariamente en el carácter de las lenguas que las incorporan. La traducción de textos religiosos, en especial de *libros sagrados*, que además de incorporarse a la cultura se toman como modelos de educación, dado que los traductores y profesores fueron, en muchas ocasiones, hombres de religión, conforma en gran medida a las lenguas que la reciben.⁸⁴

⁸³ Debray, 2005:20

⁸⁴ Cf. Delisle & Woodsworth, 2005.

Dado que las lenguas, sociológicamente hablando, influyen de manera importante en la construcción de las cosmovisiones (para algunos, de hecho, las determinan), las religiones, a través de las lenguas y los lenguajes que crean y recrean, influyen de manera fundamental en las características de toda cosmovisión y ésta, a su vez, en todos los aspectos de la vida cotidiana. Así, por ejemplo, aprender que hay un solo dios y no varios, que hay un *ellos* y un *nosotros* tras el eufemismo de *fieles* e *infieles*, que hay palabras con connotaciones positivas o negativas que transmiten dichas cualidades a los lugares a los que se aplican, que hay cosas que “no se dicen” y otras de pronunciación obligada, etc., determina en gran medida la forma en que nos relacionamos socialmente con la “realidad”, independientemente de como la definamos, incluso cuando nos relacionamos con ella de manera “científica”.

3.- La Frontera y la Herencia Decimonónica

“Los Estados Unidos son la negación de lo que fuimos en los siglos XVI, XVII y XVIII y de lo que, desde el XIX, muchos entre nosotros querrían que fuésemos”

Octavio Paz, *El Espejo Indiscreto*

Es curioso cómo, justo cuando empezaba la construcción de las fronteras México-USA y USA-Canadá, F. J. Turner celebraba la “desaparición de la frontera norteamericana”. Sin embargo, hay que observar que Estados Unidos es un país cuyo eje cardinal histórico es este-oeste; el de México, por su parte, es sur-norte. Así, el norte que perdió México se convirtió en el oeste que ganó Estados Unidos.

En 1848, una buena parte del territorio norteño del recién nacido México Independiente adquirió un nuevo *status*: de ilimitado septentrión novohispano, primero, e independiente, después, pasó a convertirse en territorio fronterizo. Al norte de la frontera internacional, dejó de ser *Norte* para convertirse en *West*; al sur, pasó a convertirse en afrentoso territorio fronterizo. Al norte de la frontera fue sinónimo de ganancia, de reto; al sur, de pérdida, de afrenta:

“En el norte de México la expresión *el otro lado* designa a los Estados Unidos. El otro lado es geográfico: la frontera; cultural: otra civilización; lingüístico: otra lengua; histórico: otro tiempo (los Estados Unidos corren detrás del futuro mientras que nosotros todavía estamos atados a nuestro pasado); metafórico: son la imagen de todo lo que no somos. Son la extrañeza misma. Sólo que estamos condenados a vivir con esa extrañeza: el otro lado es el lado contiguo.”⁸⁵

Hacia la segunda mitad del siglo XIX, la firma de los acuerdos de paz entre México y Estados Unidos, con los tratados de Guadalupe Hidalgo, en 1848, y La

⁸⁵ Paz, 2004:421.

Mesilla, en 1853, tuvo como consecuencia el reordenamiento político de una extensa porción del territorio septentrional del continente. Esto propició un sinnúmero de modificaciones ulteriores de diversa índole; una de ellas fue el inicio de las investigaciones etnográficas y arqueológicas en lo que hoy día se conoce, en la jerga antropológica, como el *Southwest*, según la tradición norteamericana, o como el *Noroeste*, si seguimos la terminología de aquende la frontera.

La frontera internacional, o *la línea* como le llaman quienes viven en su cercanía, es una de nuestras más palmarias herencias decimonónicas y ha permeado ostensiblemente el desarrollo de las investigaciones antropológicas en sus regiones adyacentes. Las nacientes etnología y arqueología estadounidenses de la segunda mitad del siglo XIX, se vieron favorecidas por las condiciones políticas y económicas del régimen porfirista ya que algunos de los investigadores pioneros del suroeste norteamericano, y de otras partes del mundo, tuvieron la oportunidad, mediante salvoconductos firmados por el propio General Díaz, de explorar ampliamente el septentrión mexicano aumentando así el alcance de sus propias investigaciones. Algunos de estos exploradores-investigadores, como Adolph F. Bandelier, William J. McGee, Carl Lumholtz, Ales Hrdlicka y León Diguët, fueron también, debido a esta circunstancia, pioneros en la exploración y el estudio antropológico del noroeste de nuestro país, instituyéndose así como fuentes de información de innegable valor para los investigadores subsecuentes y marcando diversas pautas teórico-metodológicas que dejaron sentir su peso en muchas de las investigaciones realizadas durante el siguiente siglo y que, aun hoy

día, continúan siendo notables⁸⁶. Es impensable acometer el estudio de los grupos indígenas del noroeste de México, por ejemplo, o de sus yacimientos arqueológicos, sin consultar, en algún momento, las descripciones y observaciones de alguno de los investigadores mencionados.

Sin embargo, no hay que olvidar que el interés por la exploración y el estudio antropológico del territorio fronterizo mexicano fue impulsado, desde su origen, por extranjeros. Durante el periodo mencionado, ni uno solo de los llamados “científicos” mexicanos se interesó mayormente por realizar estudios similares en las mismas regiones, y no fue sino hasta varias décadas después que algunos investigadores nacionales comenzaron a aventurarse en ellas, aunque casi siempre con una visión mesoamericanista; en cambio, la presencia de investigadores extranjeros ha sido continua, habiéndose visto interrumpida, o casi, únicamente durante la segunda década del siglo XX con motivo de la revolución mexicana. No obstante, quizá influenciados por el aura de la inevitable línea fronteriza, tanto unos como otros abordaron el estudio de estas regiones considerándolas, hasta hace muy pocos años, como periféricas.

Curiosamente, la pérdida del territorio mexicano a manos de los estadounidenses pareció haber sido prevista por Alexis de Toqueville en su obra *La Democracia en América*, publicada en 1835; aunque, bien visto, los sucesos eran predecibles. El mismo año de la publicación, Texas se separa e independiza de México; el septentrión está prácticamente desprotegido: alrededor de treinta y cinco compañías en vetustos presidios, reliquias novohispanas, nunca serían

⁸⁶ Cf. García, 1988.

suficientes para salvaguardar los entonces vastísimos territorios norteños, especialmente si estaban allí únicamente con el fin de proteger las rutas comerciales de las incursiones indígenas y no precisamente para defender los límites territoriales.⁸⁷

En este sentido, es interesante notar que existe una diferencia fundamental entre la ocupación española y la ocupación inglesa de América. Más allá del siglo que separa una de otra, aspecto fundamental en la historia de las diferencias entre Estados Unidos y México, está la manera en que se realizaron, donde diferentes circunstancias sociales, políticas y religiosas entraron en juego. Uno de los aspectos más importantes, además del poblamiento en sí, fue el tipo de asentamientos que lo hicieron posible⁸⁸.

Por un lado, está el trazado de los asentamientos mientras que, por el otro, la distribución de los mismos sobre el terreno. A este respecto, sería sumamente interesante realizar un estudio arqueológico del patrón de asentamientos coloniales, lo cual arrojaría mucha luz sobre los procesos históricos de este periodo.

El trazo de los asentamientos americanos refleja una herencia medieval indiscutible: los pueblos fundados por españoles muestran un plan de construcción enraizado en el énfasis militar de la sociedad castellana, mientras que los pueblos fundados por ingleses tienden más hacia los aspectos y necesidades mercantiles de la sociedad inglesa de los siglos XV y XVI⁸⁹.

⁸⁷ Cf. Vázquez Mantecón, 1993.

⁸⁸ Cf. Kearney & Medrano, 2001:100-101

⁸⁹ *Ibidem*

Los castellanos de fines de la Edad Media fundaron nuevos pueblos mientras avanzaban desde Castilla hacia el sur durante la llamada *Reconquista* adoptando, en atención a ello, el patrón que los antiguos romanos habían usado durante su ocupación de la península ibérica, esto es, construyendo guarniciones para concentrar a la población en unidades más fácilmente defendibles. En estos, las calles se intersectan formando una red de ángulos rectos lo cual facilitaba el movimiento de las tropas. En el cruce de dos de estas calles, normalmente las principales, se encontraba una plaza con los edificios públicos más importantes (de gobierno y religiosos) Aunque pueden encontrarse pueblos más antiguos con un patrón diferente, resulta significativo que este tipo de construcciones militarizadas se vuelva más común durante los siglos de guerra contra los moros ya que la Corona Española, a través de las Leyes de Indias, dispuso que las nuevas ciudades coloniales fundadas en América se construyeran de acuerdo con este patrón. España, como ya se ha dicho, continuó su *Reconquista* en América, por lo tanto su visión del nuevo territorio era muy similar que la de aquel otro que había sido ocupado por los moros durante siglos: la apropiación del territorio se unió a la conversión de los infieles como objetivo primordial. La construcción de ciudades-guarnición solo es una consecuencia de la sociedad castellana de fines de la Edad Media.

El patrón de asentamiento militar se aprecia más claramente en el norte mexicano con los llamados *Presidios* y con la construcción del famoso *Camino Real* que no era sino una conexión entre asentamientos militarizados. La dispersión de los asentamientos en el norte no sólo obedece a las dimensiones del territorio sino al proceso de poblamiento que en él tuvo lugar: concentraciones en

torno a construcciones militares favorecieron esta atomización del patrón de asentamiento, dejando vastos espacios intermedios entre pueblo y pueblo. A diferencia del sur mexicano, en el norte no se fundaron poblados españoles sobre poblados indígenas, salvo algunas excepciones: al no encontrar grandes construcciones de piedra en la mayoría de los poblados indígenas, los españoles preferían, por un lado, concentrarlos en poblados nuevos y, por otro, construir los suyos propios aparte. El carácter principalmente militar de la empresa influyó, en buena medida, no solamente en la forma histórica y actual de los asentamientos del norte mexicano sino también en la percepción social del mismo.

Una vez trazada y monumentada la frontera, innumerables vicisitudes de por medio⁹⁰, la reacción del gobierno mexicano fue la de dar la espalda a la pérdida y, en muchos casos, minimizarla: “se perdieron únicamente tierras desérticas”; motejarla: “son territorios de indios salvajes”; y explotar sus ricos minerales en nombre de las necesidades del sur del país. El norte quedó siempre como el muñón que recordaba la amputación de una parte del cuerpo y, como tal, constituía una afrenta inaceptable para la naciente ideología nacionalista que se gestaba en el México decimonónico.

Por otro lado, su cercanía a los Estados Unidos, ayudada por el olvido en que siempre le ha tenido el centralismo mexicano, le ha conferido un aura de interculturalidad que no necesariamente es bien vista por el conservadurismo

⁹⁰ Cf. Bonifaz de Novelo, 1994b.

jerárquico que impera en nuestro país⁹¹. A esto hay que sumar, que el poblamiento europeo del norte mexicano difiere esencialmente de aquel otro que ocurriera al sur del Trópico de Cáncer: las oleadas de pobladores que se aventuraron hacia las regiones septentrionales fueron, por un lado, más heterogéneas que las del sur, es decir, menos hispanas y más europeas en su conjunto; por otro lado, hubo un mestizaje notablemente menor que el que se dio entre hispanos e indígenas en la parte meridional de la Nueva España.

⁹¹ Aunque se hace de la vista gorda cuando los miles de dólares que envían los indocumentados alcanzan el segundo lugar como vía de entrada de divisas al país.

Cuarta Parte
Tríptico: “*Objects in Mirror are Closer than They Appear*”

“Y cuando puse el pie derecho en el sagrado umbral, me salió al encuentro un ratón blanco que huía...”
Francesco Colonna, *Sueño de Polifilo*, 1499

Introducción

- Cuando yo empleo una palabra –dijo Humpty Dumpty con el mismo tono despectivo-, esa palabra significa exactamente lo que yo quiero que signifique, ni más ni menos.

- La cuestión es saber –dijo Alicia- si se puede hacer que las palabras signifiquen cosas diferentes.

- La cuestión es saber –dijo Humpty Dumpty- quién dará la norma... y punto.

Lewis Carroll, *Alicia a través del Espejo*

Mesoamérica, como el *Southwest*, ha dejado de ser un concepto para convertirse en una estampa, una estampa *kitsch*, una estampa del nacionalismo. El estándar mesoamericano se ha convertido en estandarte.

Durante la transición del siglo XIX al siglo XX, el paradigma evolucionista en antropología se encontraba cerne y firmemente arraigado en Europa. Originalmente propuesto por Thomsen como un criterio de clasificación de artefactos de museo, presentaba una cronología relativa que, haciendo alusión al desarrollo lineal de la tecnología, ofrecía un panorama que podemos calificar de *evolucionista*, aún a riesgo de parecer anacrónicos. A esta clasificación, conocida como *Sistema de las Tres Edades*, siguió como consecuencia lógica una clasificación de las sociedades según su estadio tecnológico, lo cual devino en el llamado *Evolucionismo Social*, cuya esencia puede evocarse fácilmente mediante nombres como Lubbock y Morgan.

Paradójicamente, nacida también de la clasificación de artefactos para una exhibición museográfica, aunque atendiendo a características distintas de los objetos, una concepción muy diferente en antropología se opuso a la anterior. El *Particularismo Histórico* de Franz Boas criticó al evolucionismo y se cimentó en un criterio espacial de distribución de rasgos culturales poniendo poco énfasis en el

aspecto temporal. Su herramienta teórica más importante ha sido el concepto de *Área Cultural*.

Cuando se habla de *Áreas Culturales* como concepto, parece no haber ningún problema en entender que se trata de un término heurístico; sin embargo, cuando hablamos de algún área cultural en particular, la mayoría de los arqueólogos olvida la parte heurística del asunto y trata al área en cuestión como si fuese o hubiese sido una entidad política y geográfica existente. Así, cuando se habla de *Mesoamérica* o del *Southwest* se les trata como si históricamente hubiesen tenido una existencia político-geográfico-cultural *real*. Como consecuencia, lo que no ha sido definido como área cultural, por ejemplo el norte mexicano, parece no haber existido nunca. Curiosa y significativamente, aquellas regiones que no gozan de una identidad basada en los presupuestos del *Particularismo Histórico*, continúan siendo caracterizadas y juzgadas a través de la lente del *Evolucionismo Social*. O dicho de otra forma, lo que queda fuera de las *áreas culturales* queda dentro de las *tres edades*.

Una cosa es la definición etnográfica de *Southwest*. Otra cosa es la definición etnohistórica de *Mesoamérica*. Otra cosa distinta es la definición de las relaciones culturales entre ambas áreas. Antes de entrar en materia, quisiéramos apuntar algunas inquietudes:

- 1.- ¿Puede establecerse una relación entre dos áreas que no han sido definidas de la misma forma?
- 2.- ¿La relación, de ser posible, existió entre las áreas culturales o entre grupos que a la sazón han venido a quedar circunscritos dentro de los límites del área cultural?

3.- Si a Mesoamérica la definen A, B y C, por un lado, y al Southwest lo definen X, Y y Z, por otro, para poder hablar de una relación entre ambos tendríamos que encontrar alguna de estas características en cualquiera de los dos lados, de otra forma no podríamos hablar de una relación entre las áreas culturales propiamente dichas si no comparten sus elementos definitorios.

4.- Si en Mesoamérica, además de A, B y C, encontramos otros rasgos, como D, E y F, que no definen al área en general sino a ciertas regiones en particular, y son estos rasgos los que encontramos en el Southwest... ¿podemos hablar de una influencia mesoamericana o deberíamos acotar la supuesta relación a los grupos involucrados y no extender las relaciones más allá de su real dimensión?

5.- Si en el Southwest, además de X, Y y Z, encontramos otros rasgos, como P, Q y R, que no definen al área sino a ciertas regiones en particular, y mezclados con estos encontramos los rasgos mesoamericanos A, B y/o C... ¿podemos hablar de relaciones entre ambas áreas culturales o debemos acotar la relación a los grupos involucrados sin extender dicha relación más allá de su exacta dimensión?

6.- Si en el Southwest, mezclados con los rasgos regionales P, Q y R, encontramos los rasgos regionales D, E y F, de alguna(s) región(es) de Mesoamérica... ¿podemos hablar de contactos inter-áreas o debemos hablar de contactos inter-regiones?

7.- Si tanto a Mesoamérica como al Southwest los definen los mismos rasgos... ¿qué las hace, entonces, áreas culturales distintas? ¿su ubicación geográfica?

8.- ¿Qué rasgos definen a Mesoamérica...? ¿Los del clásico teotihuacano o los mexicas del siglo XVI? Por lógica, un rasgo mexica del siglo XVI no puede definir una Mesoamérica teotihuacana y viceversa. Por definición, la frase "preclásico

mesoamericano” es un absurdo. Es como tildar a la historia romana de “pre-Edad Media”.

9.- El alcance de ambos conceptos depende directamente de sus rasgos definitorios: hasta donde lleguen esos rasgos puede aplicarse el concepto.

10.- A “lo mesoamericano” le ocurre lo mismo que a “lo mexicano”: se toma el todo por la parte y se extrapolan *ciertas* características de una región como representativas del resto.

11.- La lista de rasgos que define al *Southwest* toma en cuenta algunas cosas distintas para caracterizar dicha área cultural que aquella otra lista que define a *Mesoamérica*. Por ejemplo, aunque en ambas listas se toma en cuenta la agricultura, en la del *Southwest* se toma en cuenta un tipo específico de cerámica y en la de *Mesoamérica* no; por otro lado, en la de *Mesoamérica* se toma en cuenta la lingüística como rasgo definitorio pero en la del *Southwest* no. Téngase en mente que ambas áreas no fueron definidas siguiendo los mismos criterios.

12.- Con base en lo anterior, podemos preguntarnos si el hecho de encontrar rasgos “mesoamericanos” o “southwesterños” en el norte de México nos autoriza a hablar de relaciones *Mesoamérica-Southwest*.

13.- Un paralelismo de rasgos... ¿nos autoriza a hablar de *influencia*? Hablar de *influencia mesoamericana* no explica nada... ¿qué se entiende por “influencia”? ¿difusión? ¿invasión? ¿préstamo cultural? ¿copia? ¿desarrollos paralelos a partir de un mismo origen? ¿transmisión directa? ¿transmisión indirecta?

14.- La presencia de materiales alóctonos... ¿nos autoriza a hablar de *intercambio*? ¿qué se entiende por “intercambio”? ¿intercambio de qué? ¿cuándo? ¿entre quienes? ¿por qué vías? ¿directo o indirecto?

15.- Intercambio e influencia *no son lo mismo y no se implican mutuamente*.

16.- No existe, ni existió, nada como un grupo *mesoamericano* ni como un grupo *southwesterneño*, no son entidades particulares, por lo tanto *Mesoamérica* y *Southwest* no pudieron haber entablado “relaciones” de ningún tipo.

17.- Hay que diferenciar entre *influencia* y *herencia*. La influencia ocurre directamente; la herencia, indirectamente. Así, si los mexicas utilizaron el talúd-tablero, no pudo ser por una influencia teotihuacana puesto que Teotihuacan ya no existía; pudo haber sido una influencia tolteca de una herencia teotihuacana. Si el español mexicano usa palabras de origen árabe, no es por una influencia árabe puesto que México, en su formación, nunca tuvo contacto directo con los pueblos árabes; los arabismos son una herencia árabe que nos llegó a través de una influencia española. Lo mismo con las palabras de origen griego y latino.

18.- Decimos *Mesoamérica* y *Southwest* como si dijéramos México y Estados Unidos, y *no son para nada el mismo tipo de entidades...*

1.- *Southwest*

El viajero mitad arqueólogo mitad etnógrafo que podemos imaginarnos montado en un caballo, con atuendo de religioso o de empleado federal, aspecto grave y circunspecto, cruzando los desiertos del Oeste, corresponde poco, aunque la comparación sea grosera, con los estereotipos de las populares novelas de vaqueros de M. L. Estefanía o las películas de John Wayne y Clint Eastwood, pero nos recuerda en algo a los personajes de algunos cuentos de O. Henry y de Bret Harte...

El área cultural conocida como *Southwest* sobresale, a decir de algunos, de entre todas las áreas culturales que se encuentran al norte de México por sus prominentes y, a menudo, elaboradas ruinas, muchas de las cuales se han convertido en el centro de algunos de los más famosos parques y monumentos nacionales de los Estados Unidos.¹

Arqueológicamente, dichas ruinas son famosas no solo por su arquitectura sino también por su abundante cerámica decorada, la cual ha servido de base para una tipología tan detallada como pocas en el mundo. Además, la presencia de los indios Pueblo, para algunos indiscutibles descendientes directos de la cultura Anasazi, convirtió el área en uno de los objetivos principales de las investigaciones antropológicas más tempranas en América. Algunos de los más renombrados investigadores de la segunda mitad del siglo XIX, se vieron atraídos hacia el Oeste, no precisamente por la llamada “fiebre del oro” sino por lo que algunos historiadores califican como “un interés más científico en las razas

¹ Cf. Snead, 2003.

indígenas”² A partir de entonces, el *Southwest* vino a convertirse en algo así como el laboratorio del cual han surgido numerosas propuestas teóricas, tanto arqueológicas como antropológicas.

En 1954, Walter Taylor propuso el año de 1880 como el principio de lo que él llamó “archaeology-with-a-purpose in the Southwest”³. Este periodo, estuvo cubierto por las exploraciones, y a la luz de la historia emblemáticas figuras, de Jesse Fewkes, Frank Hamilton Cushing, los hermanos Mindeleff y Adolphe Bandelier, ese “suizo ambulante”, quienes, en las postrimerías del siglo, se avocaron a describir y a realizar los primeros análisis culturales de los grupos indígenas que se encontraban todavía en dichos territorios, además de efectuar las primeras aproximaciones hacia aquellos otros que, representados únicamente por los restos arqueológicos, habían habitado también en la misma región.

La mayor parte de estos pioneros, trabajaron siempre a la sombra de fondos insuficientes y con muy escasos recursos tecnológicos, lo cual parece haberse convertido ya en tradición, por lo que debieron agudizar su sentido de observación a la par que dedicarse a lo que, décadas después, se llamaría “observación participante”: vivir entre los mismos grupos indígenas que estaban estudiando. Las peripecias de Cushing y Bandelier no dejan lugar a dudas de lo que esto podía implicar⁴ Comprensiblemente, sus métodos arqueológicos estaban influenciados por los intereses de la época, que pueden resumirse como *recolección de especímenes para museos*. Sin embargo, también tenían un interés

² Morison *et al*, 2003:531. Lamentablemente, este parece ser el único tipo de interés que los indígenas despertaban en aquel tiempo y durante mucho tiempo después.

³ Cf. Taylor, 1954

⁴ Cf. Cushing, 1890; Bandelier, 1884,1890

más “antropológico”: la relación que podía existir entre las ruinas y vestigios materiales con los indígenas Pueblo que habitaban todavía la región.

Una característica de los estudios realizados en esta época, fue el poco interés que se dedicó a las diferencias temporales y étnicas que ahora nos son tan familiares. Visto desde el presente, esto fue el inicio de lo que, hasta el momento, ha sido un problema recurrente: la tendencia a conceptualizar el *Southwest* en términos de un solo patrón cultural dominante representado por los indios Pueblo. De hecho, esta tendencia a menudo se llevó al punto de caracterizar la cultura Pueblo, y con ella todo el *Southwest*, en términos de su manifestación más occidental personificada por los indios Hopi.

Uno de los primeros intentos de definir formalmente esta área cultural fue el de Pliney Earl Goddard, ya a principios del siglo XX. En su *Indians of the Southwest* (1913), identifica dos tipos culturales a los que llama “Pueblos” y “Nomadic Peoples”; más tarde, él mismo enmienda su propuesta con la tríada “Pueblos”, “Village Dwellers” y “Camp Dwellers”⁵.

En 1917, Clark Wissler publica su artículo *Material Cultures of the North American Indians*, en el cual, a la vez que define las áreas culturales con base en la cultura material etnográfica, refuta el esquema de Goddard con el argumento de que en todo el *Southwest* existía solo un patrón cultural del cual los indios Pueblo eran el tipo más representativo:

“In the Southwestern area we have a small portion of the United States (New Mexico and Arizona) and *an indefinite portion of Mexico*.”

⁵ Goddard, 1913, 1921

For convenience, we shall ignore all tribes south of the international boundary. Within these limits we have what appear to be two types of culture: the Pueblos and the nomadic tribes, but from our point of view (material culture) this seems not wholly justifiable since the differences are chiefly those of architecture and not unlike those already noted in the Eastern Woodland area. On account of its highly developed state and its prehistoric antecedents, the Pueblo culture *appears as the type*⁶ (cursivas nuestras)

En primer lugar, se echa de ver que, aunque poco conocido y explorado, ya desde entonces el norte de México se consideraba parte del *Southwest*. En segundo lugar, cabe destacar el enorme peso que los estudios etnográficos tuvieron en estas primeras definiciones; de hecho, aunque con base en la cultura material, fueron criterios etnográficos y no arqueológicos los que llevaron a incluir al norte de México en esta área cultural. En su *Topical list of data needed to characterize the material culture of an American tribe*, Wissler enlista catorce elementos que, además de caracterizar la cultura material de los grupos en cuestión, lo llevarían a definir sus nueve áreas culturales “al norte de México”. Estos catorce elementos, a su vez, le permitirían cambiar el enfoque Boasiano particularista histórico del concepto de Área Cultural en uno predominantemente evolutivo⁷, aunque con un dejo difusionista. Así, las áreas culturales fueron definidas en función de la distribución de los siguientes rasgos: alimentación, habitación, transportación, indumentaria, alfarería, cestería, hilandería, trabajo de pieles, armas, carpintería, trabajo de la piedra, trabajo del hueso, marfil y concha, trabajo en metales y, por último, trabajo de artes plumarias, “quill technique”,

⁶ Wissler, 1917:463

⁷ “if we give our attention strictly to a review of progress, the task will be lighth” (Op. cit., p. 447)

abalorios y “demás productos especiales no enumerados en los otros apartados”⁸. Muchos de estos aspectos podían rastrearse en las fuentes históricas, en las que varios de los pioneros mencionados arriba eran expertos, por lo que no resultaba descabellado incluir al norte de México en una de las áreas culturales; aunque, finalmente, Wissler, a diferencia de sus predecesores, decidió no tomar en cuenta nada que se encontrara por debajo de la frontera internacional (*vid supra*), quizá motivado por la Revolución Mexicana que, a la sazón, se desarrollaba al sur de dicha frontera. Desde entonces, el peso de la frontera se ha dejado sentir en muchas de las investigaciones relacionadas con estas latitudes.

Sin embargo, cabe destacar que Wissler no dejó de puntualizar un aspecto del concepto de área cultural que después cayó en el olvido: el hecho de que sus fronteras “*are provisional and transitional*” y de que el concepto en sí “*taken in the large enable us to make convenient distinctions*”⁹. En otras palabras, el concepto de *área cultural* es una herramienta analítica y metodológica, heurística pues, no la descripción de una *geografía política* existente en la realidad. Así, las áreas culturales corresponden, en Wissler, a *tipos distintivos* no a *tipos generalizados*.

En tercer lugar, el *Southwest*, con su núcleo Pueblo, pasó a convertirse en un área cultural más o menos uniforme *incluyendo* los vestigios arqueológicos. Aunque subdividida en Hopi, Zuñi y Río Grande, el área cultural se caracterizó por los siguientes rasgos: dependencia del maíz como cultivo principal, aunque se cultivaban también otros recursos; uso de metates en lugar de morteros; arte de la albañilería; telares; algodón cultivado como materia prima textil; cerámica

⁸ Cf. Op. cit., p. 448-449

⁹ Op. cit., p. 449

decorada, policroma; un tipo único de construcción, y la domesticación del pavo. Estos rasgos, según Wissler, eran suficientes para diferenciar marcadamente a esta cultura:

“Thus in the widely diffused traits of agriculture, metate, pottery, and to a less degree the weaving of cloth with loom and spindle, former use of sandals, we have common cultural bonds between all the tribes of the Southwest, uniting them in one culture area. In all these the Pueblos lead. The non-Pueblo tribes skirting the Plains and Plateaus occupy an intermediate position, as doubtless do the tribes to the southwest, from which it appears that after all we have but one distinct type of material culture for this area”¹⁰

Así, la cultura *Pueblo* pasó a convertirse no solo en el epítome del área cultural *Southwest* sino en la más *desarrollada* de todas. El estigma de “no-Pueblo *ergo* menor desarrollo”, iría perdiendo fuerza conforme se exploraran más detalladamente otras áreas del mismo Southwest al norte de la frontera internacional, como la Hohokam, por ejemplo¹¹; sin embargo, la desestigmatización, al igual que la definición del área, tampoco tomaría en cuenta lo que se encontraba *debajo* de dicha frontera.

Antes de continuar, cabe llamar la atención sobre la importancia de tener siempre en mente la diferencia que existe entre la validez/invalides de un determinado mapa de áreas culturales y la utilidad/inutilidad del concepto de área cultural como herramienta heurística: la invalidez del primero no afecta la utilidad del segundo, pero la inutilidad de este último echa por tierra totalmente al primero. Así, una cosa es la discusión sobre un área cultural determinada y otra, muy distinta, es la discusión sobre el concepto de área cultural en sí.

¹⁰ Op. cit., p. 465

¹¹ Cf. Cordell, 1997

Apenas siete años después de la propuesta de Wissler, salió a la luz una de las publicaciones más influyentes en la historia de la arqueología americana: *An Introduction to the Study of Southwestern Archaeology* (1924), de Alfred Vincent Kidder. Su influencia viene de ser la primera publicación en la que se presenta el *Southwest* definido sistemáticamente desde la perspectiva del concepto de área cultural con un enfoque *predominantemente arqueológico*. Aquí el autor, quién para entonces ya contaba con una amplia experiencia en la arqueología de la región, anota:

“The Southwest, *archaeologically speaking*, comprises those parts of the southwestern United States *and northern Mexico* which are, *or were formerly*, inhabited by Indians of *Pueblo Culture*. This culture will be more fully described in the section devoted to the *modern Pueblos*; for present purposes it suffices to say that its outstanding characteristics are sedentary agricultural life in permanent villages of stone or adobe, the manufacture of excellent pottery, and the use of the hand loom”¹²
(cursivas mías)

Aunque no ofrece ninguna referencia bibliográfica para su definición, Kidder aclara que: “A review of the subject–matter of Southwestern archaeology must necessarily begin with a consideration of the still-inhabited pueblos of New Mexico and Arizona”¹³. Resulta evidente, que no únicamente su definición sino también el criterio para la misma son una copia fiel de aquellos otros propuestos por Wissler, sólo que *arqueológicamente hablando*. Sin embargo, al definir los límites del área en cuestión, Kidder incluye gran parte del estado de Utah y el suroeste de Colorado, en los Estados Unidos, y la parte norte del estado de

¹² Kidder, 1924:36

¹³ *Op. cit.*, p. 37

Chihuahua, en México; aunque reconoce que la definición de su límite sur es más problemática: en primer lugar, por la poca exploración que a la fecha se había realizado en el norte mexicano; y en segundo, aunque no menos importante, porque aunque los grupos del norte de México presentaban algunos de los rasgos necesarios para su inclusión, como la vida agrícola y la cerámica, la arquitectura Pueblo típica solamente se encontraba hasta el río Gila, en Arizona, y la frontera internacional, en Nuevo Mexico. Ante esto, el autor optó por aceptar “the more extensive southern boundaries”, con lo cual zanjaba la cuestión dejándola abierta *provisionalmente*.

Es interesante notar que, aunque Kidder definía el área de estudio etnográficamente, su principal preocupación era, en realidad, atacar ciertos problemas de orden meramente arqueológico: (1) “to locate all the ruins and record their size”, (2) “to determine the length of their occupancy, and their age relative to each other”, y (3) “to establish their age, not only in relative terms, but according to the years of our own calendar”¹⁴ De estos, los dos primeros podían solucionarse mediante una “exploración diligente” y la aplicación de un “criterio arbitrario” para estimar la densidad de población de acuerdo al tamaño de los asentamientos. Sin embargo, los problemas de orden cronológico eran para él los de mayor relevancia y los de más difícil solución. Metodológicamente, estos habían sido atacados, por un lado, por medio de indicadores de uso más o menos corriente en la época: tradición oral indígena sobre migraciones, estado de conservación de las ruinas y comparación tipológica. Sin embargo, a los ojos de Kidder, estos eran indicadores muy discutibles y poco exactos. Más científico sería

¹⁴ *Op. cit.*, p. 44

el uso de *evidencia estratigráfica* y de *dendrocronología*¹⁵. Otro criterio, no poco influyente, de la metodología kidderiana fue el de describir “the antiquities of the Southwest by river drainages”¹⁶ Las cuencas de los ríos, a decir del autor, no solo eran un método conveniente por sí mismo (aunque nunca explica el porqué), sino que en la mayoría de los casos el material formaba áreas definidas de especialización en torno a ellas. Otros criterios valiosos, pero más difíciles de procurar, serían la arquitectura, los tipos físicos (¿raciales?), la deformación craneana, las costumbres funerarias, las sandalias (aunque no explica en qué forma), etc.¹⁷

Pero todo lo anterior, sólo serviría de soporte y estaría supeditado a lo que ya desde entonces constituiría los pies de barro del ídolo arqueológico: el estudio de la cerámica:

“To take full advantage of stratigraphic evidence, whether it be presented in a comparatively long series or by an overlapping of several short ones, the investigator must select for study those phenomena which most accurately reflect changes in culture or, what amounts to the same thing, chronological periods. Pottery has so far provided the most useful material for such studies, as it is abundant at all sites *except very earliest*, is readily classifiable, and is *a highly sensitive register of cultural change*”¹⁸ (cursivas nuestras)

La cerámica vendría a convertirse así, en el núcleo de la clasificación y en el “más confiable” de los indicadores. Evidentemente, el *Southwest* se definiría, en primera instancia, por la presencia o ausencia de la cerámica Pueblo.

¹⁵ *Op. cit.*, pp. 45-46

¹⁶ *Ibidem*

¹⁷ *ibid*

¹⁸ *ibid*

Cabe ahora detenerse en este punto y destacar algunas de las implicaciones que dichos criterios metodológicos han tenido desde entonces: (1) descartar el folcklore como vía de obtención de información confiable; sin embargo, los estudios sobre el folcklore han reclamado su importancia y validez desde mediados del siglo XIX¹⁹, aunque ciertamente no como fuente de dataciones absolutas; (2) supeditar los estudios arquitectónicos y de antropología física a los arqueológicos, especialmente a los cerámicos; (3) derivar interpretaciones sociales e históricas, tanto espaciales como temporales, a partir de estudios de tipologías cerámicas y, (4) asumir que las culturas *acerámicas* eran culturas *precerámicas* o, en su defecto, *primitivas*. La cestería como alternativa, en muchos aspectos, al uso de la cerámica no fue considerada, aunque su uso estaba bien documentado etnográfica, etnohistórica y arqueológicamente. Así, los grupos cazadores-recolectores que, por obvias razones, no cargaban con pesadas vajillas cerámicas en sus desplazamientos, pero sí con elaborada y más ligera cestería, fueron considerados como “atrasados” e “inferiores”.

Tres años después, en 1927, el mismo Kidder convocaría a la ahora ya legendaria primera *Pecos Conference*, de la cual habría de surgir la no menos influyente *Pecos Classification*.

Algunos años más tarde, en 1934, Carter A. Woods publicó su *A Criticism of Wissler's North American Culture Areas*, en donde hace notar varios puntos interesantes. El autor, tras un enorme trabajo etnográfico meramente orientado a

¹⁹ Cf. Gazin-Schwartz y Holtorf, 1999

comprobar la validez de las áreas culturales propuestas por Wissler, llega a la amarga conclusión de que la propuesta del examinado deja mucho que desear.

En un reciente trabajo de síntesis, Linda Cordell resume las características del Southwest, en su más actualizada concepción, de la siguiente forma:

“Precise boundaries for any culture area are usually difficult to specify. It is the agricultural adaptation that most clearly defines the Southwest as a culture area. In a brief and useful way, archaeologist Erick Reed (1964) noted that the Southwest can be described as extending from Durango, Mexico, to Durango, Colorado, and from Las Vegas, New Mexico, to Las Vegas, Nevada.”²⁰

Más adelante, como lo hiciera Kidder sesenta años antes, precisa que: “The southern boundary of the Southwest is perhaps the most difficult to define, for the pre-Columbian peoples of Mesoamerica also depended on farming the same crops.”²¹ Además, las diferencias de escala en cuanto a urbanización, surgimiento del estado e imperialismo no hacen sino ahondar las disimilitudes entre ambas áreas culturales. En este sentido, resulta importante la caracterización cultural del Southwest que en esta obra se maneja:

“Culturally, then, the Southwest is defined both by what was present at the time Europeans first arrived there and by what was absent. Practices that were present included agriculture; the use of digging sticks, flat *metates* (grinding stones) and *manos* (hand stones); the manufacture and use of excellent pottery; the construction of aggregated multiroom *pueblos* (villages) as well *rancherías* (dispersed settlements); and the occasional development of more complex towns with some unique forms of public architecture. Absent were state-level governments with social classes, well-developed systems of writing and

²⁰ Cordell, 1997:3

²¹ *Op cit.*, p. 4

notation, large urban centers, and public architecture on the scale of the pyramids of Oaxaca or central Mexico.”²²

En pocas palabras, la definición del Southwest sigue teniendo, hoy en día, una fuerte base etnohistórica, en detrimento de su origen etnográfico, tanto en sus características positivas (“what was present”) como en sus características negativas (“what was absent”), ya que los rasgos ausentes son tales en una franca comparación con *Mesoamérica*, área definida también en términos etnohistóricos.

En 1954, Paul Kirchhoff, tras una década de haber definido y propuesto el área cultural *Mesoamérica* como tema de debate, publica su *Gatherers and Farmers in the Greater Southwest: A Problem in Classification*, artículo en el que, paradójicamente, realiza un revisión sobre la validez del área cultural conocida entonces ya como *Greater Southwest* o, en sus propias palabras, sobre si dicha área “is a true cultural entity or not”²³. Pero para comprender las ideas vertidas por el autor en dicha publicación, tenemos que revisar primero la historia del concepto *Mesoamérica* y la postura de su autor con respecto al concepto de *área cultural*.

²² *Ibidem*

²³ Kirchhoff, 1954:529

2.- Mesoamérica

“- En otro tiempo –dijo al fin, con un profundo suspiro, la Falsa Tortuga- yo fui una verdadera Tortuga.

Siguió a estas palabras un silencio muy prolongado, apenas quebrado por algún que otro <Hjokrrh> del Grifo y el continuo y patético sollozar de la Falsa Tortuga. Alicia estaba dispuesta a levantarse y decir: <Gracias señora, por su interesante historia>, pero no pudo dejar de pensar que algo más iba a decir la Tortuga, así que permaneció sentada y sin decir nada.”

Lewis Carroll, *Alicia en el País de las Maravillas*

En 1960, diecisiete años después de la primera edición de su obra más conocida, *Mesoamérica. Sus Límites Geográficos, Composición Étnica y Caracteres Culturales*, Paul Kirchhoff escribe una nota introductoria a la segunda edición, en la cual expresa su sentir sobre la acogida que tuvo su propuesta:

“Concebí este estudio –aclara el autor- como el primero de una serie de investigaciones que trataran sucesivamente de estos problemas, anticipando que la mayor parte de esta tarea deberían tomarla otros a su cargo. En esta esperanza quedé defraudado, pues mientras que muchos han aceptado el concepto <Mesoamérica>, ninguno, que yo sepa, lo ha hecho objeto de una crítica constructiva o lo ha aplicado o desarrollado sistemáticamente.”²⁴

Hoy, cuarenta y seis años después de que el artífice del concepto capital de la arqueología mexicana hiciera pública su decepción, la situación parece no haber cambiado significativamente. Para entender esta inercia, es necesario no solo contextualizar la propuesta sino, además, analizar el concepto mismo en busca de las razones intrínsecas de su acrítico éxito.

El concepto *Mesoamérica* fue propuesto por su autor en 1943, a escasos cuatro años de haberse fundado el INAH (1939), en el clímax de un periodo

²⁴ Kirchhoff, 1960

cardenista de extremo nacionalismo (expropiación petrolera, reforma agraria), con la Segunda Guerra Mundial de música de fondo. Para desgracia de Kirchhoff, desplazado por la guerra de su natal Alemania, o para su fortuna, lo que menos requería entonces el nacionalismo mexicano eran ideas para discutir, por eso, como ya se mencionó, su propuesta cayó en saco roto; lo que el nacionalismo mexicano necesitaba eran ideas para unificar y consolidar: el nacimiento de muchas de las grandes instituciones mexicanas por esas mismas fechas no deja lugar a dudas. En este contexto, Caso vio en *Mesoamérica* una herramienta útil a los objetivos de la Institución por él recién fundada y adoptó el concepto como bandera del INAH. Y fue tal su aceptación incondicional que, parafraseando a Alfonso Reyes, *Mesoamérica*, ya sin el lastre del calificativo de “concepto”, ha venido a convertirse en una norma del pensamiento gremial y popular sólo comparable a las nociones del tiempo y del espacio, algo así como una categoría kantiana. Como en el *Donogoo-Tonka*, de Jules Romains, donde la equivocación de un sabio acaba por convertirse en hecho.

Resulta notable el hecho de que, a diferencia del *Southwest* que se fue construyendo poco a poco hasta alcanzar su primera síntesis en 1927, *Mesoamérica*, como concepto, *no tiene antecedentes directos*. El *Southwest*, como hemos visto, es un concepto consensado y en continua reelaboración; *Mesoamérica*, por su parte, es una propuesta monotutorial e institucionalizada.

Luis Vázquez²⁵ ha propuesto, con bastante fundamento, la influencia de Graebner en el difusionismo subyacente al concepto *Mesoamérica*; sin embargo, creemos que no debe descartarse la influencia de Gustaf Kossinna, a través de su

²⁵ 2000

clásico *Die Herkunft de Germanen. Zur Methode der Siedlungsarchäologie*, en la metodología empleada por Kirchhoff para la construcción de su concepto²⁶.

¿Qué tanto reflejan las teorías sobre el intercambio Mesoamérica-Southwest a las relaciones México-Estados Unidos? El largo periodo de la llamada “política del buen vecino” de F. D. Roosevelt coincide, de parte a parte, con el creciente prestigio y reforzamiento que la teoría del intercambio *Mesoamérica-Southwest*, existente desde varias décadas antes²⁷, tuvo entre los círculos académicos y las instituciones entonces en plena formación, en ambos lados de la frontera. Así, en 1943, la Tercera Mesa Redonda de la recién formada Sociedad Mexicana de Antropología fue bilateral y dedicada exclusivamente al tema. Dicha relación, evidentemente, solo podía plantearse tendiendo un puente entre las áreas reconocidas entonces como “importantes”: *Mesoamérica*, definida por Kirchhoff en 1943, y *Southwest*, consensada en la primera *Pecos Conference* en 1927 (*vid supra*), bajo la batuta de A. V. Kidder²⁸.

Entiéndase bien, lo que aquí se está planteando es que dicha teoría se vio *favorecida* por la atmósfera de cooperación y comercio que se dio entre México y Estados Unidos desde la década de los treintas, durante la Segunda Guerra Mundial e inmediatamente después de ella. Recuérdese que ambos países acababan de pasar por violentos periodos, como la Revolución Mexicana, el bombardeo de Veracruz por parte de Estados Unidos en 1914, la participación de este último en la Primera Guerra Mundial, el Maximato en México y la depresión

²⁶ Cf. Kossinna, 1978; Veit, 2000

²⁷ Cf. Hedrick *et al*, 1971, 1973 y 1974

²⁸ Cf. SMA, 1943; Pailles y Withecotton, 1995; Cordell, 1997

económica que empezó a finales de los veinte²⁹. No debemos olvidar, además, que el intercambio económico entre ambos países ha tenido un creciente auge desde la década de los cuarentas, especialmente en la zona fronteriza: por ejemplo, tan solo entre 1940 y 1960 el número de inmigrantes mexicanos a los Estados Unidos, tanto legales como ilegales, se quintuplicó³⁰. Así pues, la teoría del intercambio prehispánico tuvo buena acogida en un contexto histórico donde el intercambio económico y la política de cooperación se encontraban a la orden del día.

La teoría del intercambio, además, brindó a la arqueología oficial mexicana la oportunidad de continuar con la búsqueda de rasgos mesoamericanos más allá de la llamada “frontera septentrional”, eufemismo de aquella otra “internacional”, de una Mesoamérica que, ya para mediados del siglo XX, se había convertido en sinónimo conceptual del pasado mexicano³¹. Después de todo, era posible que el norte pudiera *mesoamericanizarse* y, por lo tanto, recuperarse ideológicamente mediante la identificación de las rutas de intercambio que conectaban las dos áreas culturales de “alta civilización”. La Quemada servía bien a este propósito, pero se encontraba todavía dentro del límite de lo ya reconocido entonces como mesoamericano y, por ende, como mexicano; había, pues, que encontrar algo *más allá de la frontera*. Charles Corradino Di Peso dio con el *eslabón perdido: Casas Grandes*. Sus ocho enormes volúmenes hacen honor a las *monumentales* ideas en ellos plasmadas y al peso que tuvieron, y tienen, en el desarrollo teórico de la arqueología de ambos países.

²⁹ Cf. Morison *et al*, 2003; Zinn, 2003; ECM, 2000

³⁰ Herzog, 1990:60

³¹ Cf. Paz, 1997

Cabe especular también, que se tendía un puente, desde México, hacia el territorio perdido, como queriendo recuperarlo, si bien no de facto, por lo menos reforzando el vínculo histórico mediante la “extensión de nuestras raíces” por debajo de la frontera internacional: “al menos, *mesoamericanamente* sigue siendo nuestro; el pasado no nos lo pueden quitar”, podría leerse entre líneas. Debajo de este puente quedaba, como un cauce seco, el desierto del norte mexicano.

¿Por qué nunca se discute, o se discute menos, la relación *Mesoamérica-Southwest* vía noreste mexicano? Tiene que ver la “traición” de Texas en esto? ¿tiene que ver la ruta de fuertes franceses en esto? ¿tiene que ver que mientras el llamado “sur” esclavista se encontró “derrotado” por muchas décadas después de la Guerra Civil, el llamado “Oeste” conoció su época de auge y desarrollo? ¿tiene que ver que a la “ruina” del algodón sureño se oponía la “gloria” de la “fiebre del oro” del Oeste? ¿tiene que ver que en el Este (noreste mexicano) ya se habían “acabado” los indios? ¿tiene que ver que la gente que llegó a “poblar” el Oeste tenía otra mentalidad y venía con ideas diferentes a las de aquellos que habían llegado un siglo antes a “poblar” el Este?

En aquella misma reunión de la SMA, en 1943, se resumió y se puso sobre la mesa (redonda, por supuesto) lo que a la fecha se sabía sobre el intercambio Mesoamérica-Southwest en su vertiente oriental, esto es, vía el noreste mexicano. Sin embargo, esta otra vertiente de la teoría del intercambio ha tenido un desarrollo menor comparada con su contraparte occidental³² Una razón podría ser que, en efecto, se han llevado a cabo todavía menos investigaciones

³² Cf. Cabrero, 1990

arqueológicas en el noreste mexicano que en el norte y noroeste. Sería interesante averiguar las causas de dicha escasez, sobre todo tomando en cuenta que en esa área se encuentra la tercera ciudad más importante, económicamente hablando, de México. Hacia 1960, Monterrey se convirtió en la tercera ciudad más grande del país, cabría esperar, entonces, que su esfera de influencia promoviera el desarrollo de estudios de todo tipo, incluyendo los antropológicos. Pero no ha sido así... ¿por qué?

Según María del Carmen Velázquez: “Desde el momento en que se hizo posible la comunicación con los ricos pueblos del oriente por la nueva ruta [el Océano Pacífico], la historia del noroeste del Septentrión se desarrolló, en mayor medida que la del noreste, impregnada de esa carga emocional y mística que impulsó a tantos descubridores y cuyos ecos quizá percibimos aún en nuestros días.”³³

¿Qué tienen en común la frontera internacional México-USA y la frontera septentrional mesoamericana? Llamar “frontera” a la porción más septentrional del área de dispersión de rasgos identificados como “mesoamericanos” constituye un grave error, un enorme desatino y tiene consecuencias solo útiles al nacionalismo. Es un error porque un área de dispersión de rasgos no es una entidad ni económica ni política, ni siquiera geográfica, por lo tanto no puede tener *fronteras* propiamente dichas; una de las consecuencias más graves de este desacierto es que tiene el efecto de *reificar* el concepto y *monolitizarlo*, si cabe la expresión: cartesianamente podría decirse: “*si tiene fronteras ergo existe*”.

³³ Velázquez, 1974:26

En todo caso, si existieron fronteras en la época prehispánica no fueron, por cierto, fronteras *mesoamericanas*. Podría hipotetizarse sobre la existencia de fronteras mexicas, fronteras tarascas, fronteras zapotecas, fronteras otomíes, etc., pero no sobre una frontera *mesoamericana*. Hacerlo sería asumir que existió algo así como una Unión Mesoamericana de Culturas y Territorios Prehispánicos semejante a los Estados Unidos de América o a la Unión Europea o, más aún, a la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Así de absurdo es.

Por otro lado, ninguna frontera limita la dispersión de rasgos. Ni la Muralla China ni el Muro de Berlín ni la Cortina de Hierro ni, mucho menos, la frontera internacional México-USA ni los desiertos ni las selvas ni las montañas ni los mares pueden dar ejemplo de lo contrario. La construcción de una frontera y la dispersión de rasgos culturales son dos procesos completamente distintos.

Además, toda frontera se construye, activa y pasivamente, desde dos partes. El objetivo de toda frontera es delimitar: propiedad, autonomía, soberanía y, sobre todo, hegemonía sobre recursos tanto naturales como sociales; aunque, en la práctica, esto se torne maleable, difuso y sea discutible. Lo cierto, es que las fronteras las construyen las partes interesadas, los actores de la historia de la que son producto. La frontera México-USA, por ejemplo, no la construyeron ni los alemanes ni los rusos ni los japoneses sino los estadounidenses y los mexicanos. Verdad de Perogrullo, cierto, pero quien habla de fronteras mesoamericanas debería explicar, entonces, quiénes fueron sus constructores.

Uno esperaría entonces encontrar el lugar donde *los ejércitos mesoamericanos, cuasi-elfos, se enfrentaron a las hordas bárbaras chichimecas, cuasi-orcos, defendiendo la causa de la alta civilización en contra de la desnudez*

*y el canibalismo... ¿Se encontrará a la altura del Trópico de Cáncer? Así, en lugar de *El Señor de los Anillos* podríamos escribir *El Señor de los Chalchihuites...* y esperar la película.*

3.- Trópico de Cáncer³⁴: “Termina Mesoamérica – ¿Principia La Gran Chichimeca?”

“Lo que nadie podía imaginar, fue,
por incómodo, totalmente ignorado.”
S. Lem, *Vacío Perfecto*

Si uno se coloca los anteojos de Tláloc para ver a través de un pulido cristal mesoamericano, con seguridad podrá atisbar, por encima de una línea imaginaria llamada “frontera septentrional”, dos espejismos flotando temblorosamente en el cálido aire del desierto. Los marineros del *Chichimec Sea* los conocen como *Aridoamérica* y *Oasisamérica*, y dicen que en ellos habitan unos seres bárbaros y salvajes que viven desnudos y sólo saben causar destrucción y comer carne humana, incluso se comen entre ellos mismos de tan bestiales que son. Se les conoce como “chichimecas”, nombre que la gente civilizada escogió para ellos pues son tan inferiores y atrasados que no son capaces siquiera de tener un nombre para sí mismos. Pero si uno se quita los anteojos de Tláloc, el espejismo desaparece de inmediato.

Lo que desde el tiempo del trazo y monumentación de la frontera internacional entre México y los Estados Unidos se conoce como *Norte de México*, geográfica y políticamente hablando, ha tenido una serie de bautizos cada vez más desafortunados cuando la arqueología, nacional o extranjera, se ha tomado la esporádica molestia de concederle un topónimo. Partiendo de aquellos ambiguos

³⁴ *Trópico de Cáncer* es el trópico que corresponde al hemisferio norte. Se le denomina "de Cáncer" porque cuando los griegos se dieron cuenta de que el día del solsticio, en los trópicos, el sol iluminaba verticalmente el fondo de los pozos, en el hemisferio norte, en aquellas fechas, dicho astro se encontraba en la constelación de Cáncer. Actualmente, se localiza en la constelación de Géminis, muy cerca del borde que la separa de la de Tauro, por lo que si hoy hubiera que darle nombre habría que llamarle *Trópico de Géminis*. Además, el *Trópico de Cáncer*, cuya latitud es 23.5° N, es el paralelo más septentrional en el cual el sol alcanza el cenit, lo cual ocurre durante el solsticio de verano.

espacios transicionales que vislumbrara un jovencísimo Manuel Gamio, los bautismos posteriores no se han destacado, precisamente, por su originalidad. *Aridoamérica* y *Oasisamérica*, de cuño kirchhoffiano, fueron la contrapropuesta mesoamericanista y difusionista al particularismo del *Southwest* circum-Pueblo. Posteriormente, de *Greater Southwest* se ha pasado a *Mesoamérica Marginal*, *Gran Chichimeca*, *Chichimec Sea* y, finalmente, *Chichimecatlalli*. Sin embargo, detrás de esta aparente variedad toponímica se esconde la idea esencial de Gamio: *lo transicional*. El norte mexicano no puede existir, arqueológicamente al menos, si no es en función de *Mesoamérica* o del *Southwest*. A la manera del Golem, ese “*homúnculo hijo de una palabra que vale por el polvo*”, según dijera Borges, el *Norte de México* aparece cuando los concedores del nombre secreto del dios mesoamericano lo escriben en el barro del desierto y desaparece cuando, debido a algún descuido burocrático, por decirlo de algún modo, lo borran. Todo Próspero debe tener su Calibán.

En términos generales, algunas críticas han enumerado los problemas más evidentes del estudio arqueológico del *Norte de México*: 1) que el norte es visto como una sola unidad cultural, a pesar de constituir más de la mitad del territorio nacional; 2) que el norte se ha definido tradicionalmente por *ausencias*; 3) que las periodizaciones oficiales hacen parecer al norte como *prehistórico* o, en el mejor de los casos, *ahistórico*; 4) que las representaciones oficiales hacen aparecer al norte siempre como *periférico*; 5) que el norte está poblado, en el imaginario colectivo, por grupos nómadas cazadores y recolectores de escaso interés *científico* para una concepción evolucionista de la historia; 6) que el norte, en México, es desierto, lo cual no hace sino reforzar la falsa idea del *atraso cultural*

de sus grupos autóctonos dadas las supuestas condiciones *difíciles* en las que viven; 7) que el norte, en México, *está* desierto, lo cual no hace sino reforzar la falsa justificación de su omisión en la agenda institucional³⁵.

Desafortunadamente, a pesar de lo certero de dichos señalamientos, algunos de estos autores no solamente caen en los propios errores que delatan sino que se constituyen en ejemplos paradigmáticos de los mismos³⁶ En el resto de este capítulo se darán algunos ejemplos de ello.

3.1.- *North by Southwest*

Desde los albores del siglo XX, Leopoldo Batres (1903) y Manuel Gamio (1908), entre otros, habían publicado sus investigaciones sobre sitios como La Quemada y Chalchihuites, respectivamente, publicaciones estas en las que demostraron estar al tanto de las teorías sobre las *indudables* relaciones entre las antiguas culturas mexicanas y aquellas otras del suroeste estadounidense. Sin embargo, en estas mismas publicaciones se echa de ver que el *Americanismo* francés ejercía todavía su imperio y que la naciente arqueología estadounidense comenzaba a ejercer el suyo.

Batres fue comisionado por la Oficina de Justicia e Instrucción Pública para visitar lo que a la sazón se conocía como *Chicomostoc*, evidente referencia y vínculo con la historia de los “aztecas”, y no duda en otorgarle la misma importancia arquitectónica que a los edificios mayas, zapotecas (Monte Albán) y

³⁵ Cf. Hers *et al* eds., 2000; Braniff, 2001.

³⁶ *Ibidem*

toltecas (Teotihuacan)³⁷ Manuel Gamio, por su parte, fue comisionado por el Lic. Don Genaro García, director del Museo Nacional de Arqueología, fundado por Maximiliano, y ubica Alta Vista como un sitio de transición entre las regiones del norte (Casas Grandes) y las regiones del sur (La Quemada)³⁸ Cabe destacar, que estos sitios habían recobrado el interés de los investigadores gracias a los trabajos de Guillemín Tarayre, miembro de la *Commission Scientifique* y de Ales Hrdlicka y Carl Lumholtz quienes trabajaban para instituciones norteamericanas. Para entonces, todavía no existía *Mesoamérica*.

Hemos visto cómo, desde los inicios mismos de la construcción teórico-ideológica del *Southwest* como área cultural, su concepción llevaba implícitas dos presunciones: la primera, su *indudable* conexión, cualquiera que fuera su naturaleza, con las culturas prehispánicas del Altiplano mexicano; la segunda, su titubeante, aunque creciente, incorporación paulatina de *territorio cultural* hacia el sur de la frontera internacional, que no se detuvo sino hasta incorporar todo el norte mexicano.

3.2.- “Eso que vagamente llamamos el norte...”

A partir de la cuarta mesa redonda de la SMA, las temáticas se construyeron con base en la propuesta kirchhoffiana. Hasta 1943, año de la tercera mesa redonda, mismo año de la propuesta de *Mesoamérica*, existía un *Norte de México* arqueológicamente interesante a los ojos oficiales, prueba de ello es haber sido tema de mesa redonda inmediatamente después de los mayas y

³⁷ En aquella época se asumía que la *Tollan* de los toltecas era Teotihuacan.

³⁸ Cf. Batres, 1903; Gamio, 1908

Teotihuacan (*vid supra*). Después de *Mesoamérica*, el *Norte de México* desapareció misteriosamente del mapa arqueológico oficial.

Hoy día, se intenta construir el “contrapeso” a *Mesoamérica* con la mal llamada *Gran Chichimeca*, pretendiendo así “corregir” el desatino cardinal del llamado *Southwest* y llenar el “vacío” que constituía el norte de México entre ambas áreas culturales. Esto, lamentablemente, en lugar de corregir el “error” lo duplica, ya que ahora tenemos dos bloques culturales uniformes y monolíticos que chocan entre sí como el “civilizado Titanic” contra el “agreste iceberg” (y la metáfora, aunque mala, no es tan desacertada como parece, pues se supone que fueron los “bárbaros chichimecas” los que acabaron con la “civilización clásica mesoamericana”) Se pretende apuntalar el concepto *Mesoamérica* construyéndole un antagonista de su mismo tamaño.

Es interesante observar, como las dos áreas culturales analizadas en este capítulo III, *Southwest* y *Mesoamérica*, difícilmente homologables, fueron definidas desde el principio etnográfica y etnohistóricamente, para después ser adoptadas y “comprobadas” arqueológicamente. Ninguna de las dos se definió *ab origen* en términos arqueológicos. El *Norte de México*, en cambio, no sólo no corrió con mejor suerte sino que fue caracterizado en términos negativos por la *ausencia* de los rasgos arqueológicos encorsetados en las definiciones etnográficas de las otras dos áreas culturales: el *Norte de México* es ese lugar donde ya no hay rasgos mesoamericanos y donde una frontera internacional limita a los estadounidenses para poder decidir si les *pertenece* culturalmente o no. En pocas palabras, el norte se define arqueológicamente por *lo que no hay* y por *lo que no*

es. Y aunque no se trata aquí de discutir si la cebra es blanca con rayas negras o negra con rayas blancas, algunos mexicanos interesados en el área abogan, como hemos visto, por *chichimequizarla*, en un afán por conservarla “mexicana” y no perderla *southwesternizándola*; mientras otros, los menos, intentan encontrar los aspectos locales que permitan otorgarle personalidad y sentido propios³⁹.

³⁹ Cf. Sariago, 1999; Camou, 1987.

Consideraciones Finales

“Pero el ejemplo más acabado de esta artoología colonial y racista sigue siendo la historia del término con que se designa en francés al antropófago: *cannibale*. Por lo demás, el diccionario etimológico de O. Bloch y W. Von Wartburg es definitivamente explícito al respecto: “*Cannibale*, préstamo del español *caníbal*, alteración de *caribal* que, a su vez, proviene de *caribe*, término de la lengua de los caribes (o caribes) de las Antillas, que pasa por tener como significado estricto ‘osado’ y sirve para designarlos”. De hecho, ese vocablo aparece por primera vez en el *Diario de navegación* de Cristóbal Colón, quien amalgama su deformación del término *cariba* (en principio, el escribe *caniba*) y la información conforme a la cual los caribes comerían carne humana. En 1580, Montaigne retoma el término en sus *Ensayos* (“Des cannibales”). Dichos *Ensayos* son traducidos al inglés por un amigo de Shakespeare, Giovanni Floro. Shakespeare lee la obra y sin duda la utiliza para crear en su obra *La Tempestad* un personaje deforme y reducido a la esclavitud por Próspero. Su nombre no es más que un simple anagrama de *Caníbal*: *Calibán*. Así se completa un ciclo, y la historia de ese término es claramente la excepción que confirma nuestra regla: por una vez el extranjero retoma el nombre que en verdad se dan a sí mismos los indígenas, se produce un viraje de su sentido y sirve para designar de modo peyorativo en principio a esos indígenas, luego al conjunto de sus hermanos dominados.”

Louis-Jean Calvet, *Lingüística y Colonialismo*, 2005

“De pronto, se convierten en realidad espacios que ni siquiera habían sido intuidos o se materializan otros que habían sido olvidados o silenciados”

Isabel Soler, *El Nudo y la Esfera*

El término “civilización” proviene del latín *civitas* que, en su origen, describía los espacios urbanos de la llamada “ciudad eterna”, Roma. Así, desde su inicio, la concepción de *civilización* está ligada, por un lado, a las ciudades y, por otro, a la ideología imperial. Mientras más parecida a Roma fuera una ciudad, más *civilizada* podía considerarse; evidentemente, todo lo que quedara fuera del espacio urbano caía fuera de dicha concepción.

La palabra “cultura”, por su parte, proviene del latín *culturam* y, en su origen, hacía referencia al cultivo de la tierra y de las plantas, es decir, a la agricultura. Por seguimiento lógico, todo lo que no se relacionaba con dicha labor o con las sociedades que la practicaban quedaba fuera del alcance del término.

Así, *cultura* y *civilización*, como sustantivos abstractos, han estado relacionados, desde su origen, con la agricultura y la urbanización. Llama la atención, y no es una mera curiosidad, que ambos conceptos hayan tenido su origen en el latín, lengua del imperio del que nació el mundo occidental. Del latín, además, se derivaron las lenguas romances, herederas de buena parte de la cosmovisión greco-romana.

Pero, por otro lado, el cristianismo vino a suplantarse al paganismo helénico y latino dentro de la esfera de influencia del imperio romano hasta llegar a convertirse en una verdadera *razón de estado* con lo cual su ideología,

proveniente en buena medida del oriente, vino a servirse de la lengua imperial, el latín, para propagarse.

Las ciudades, por su parte, tienen su origen en la sedentarización agrícola de pueblos orientales y, como nos muestra la historia, han estado íntimamente ligadas al imperialismo: todo imperio se afianza con la construcción de ciudades. En términos childeanos, podríamos decir que la *revolución agrícola* fue el huevo del que surgió la *revolución urbana*.

La palabra “imperio” proviene, a su vez, de la raíz, también latina, *imperium* y denotaba el poder supremo tanto del mando en la guerra como del magistrado en las leyes; aunque al principio se refería apenas a una suerte de soberanía, desde muy pronto comenzó a usarse en el sentido de gobierno sobre vastos territorios¹.

Todo lo anterior, se relaciona de manera íntima con lo que Louis-Jean Calvet ha denominado “glotofagia” que, dicho sin neologismos, no significa más que *colonialismo lingüístico*. Según la propuesta del autor, este proceso ocurre en dos estadios: el primero, vertical, por medio de las relaciones sociales jerárquicas entre la clase dominante y la clase dominada, viéndose ésta última en la necesidad de aprender la lengua, y con ella el discurso y la ideología, de la primera toda vez que la organización de la vida pública (economía, educación, religión, etc.) tiende a desarrollarse, en mayor o menor medida, en la lengua de la clase dominante.

El segundo estadio del proceso es horizontal, en el sentido de que la relación lingüística deberá establecerse según una escala geográfica, aquella que

¹ Cf. Pagden, 2002

opone los ámbitos rurales a los urbanos. Así, la relación campo-ciudad resultará fundamental para que una lengua, y por tanto un discurso y una ideología, puedan *fagocitar a otra*²

En el caso que nos ocupa, fue el imperio romano el que se encontraba en el extremo dominante y urbano de la relación glotofágica y, por ende, el que pudo imponer su lengua, el latín, y su discurso e ideología, la civilización; práctica que fue reproducida posteriormente por otros imperios:

“Para ello [los imperios] han usado una mezcla de fuerza bruta y una cierta base ideológica: en el caso del imperio romano, tal ideología era la de <civilización>, señuelo de un modo de vida más deseable, más cómodo e infinitamente más rico. En los imperios español, francés y británico se hablaba también de civilización, reforzada esta vez por las diferentes formas de cristianismo.”³

El cristianismo, fagocitador de culturas por excelencia, especialmente en su versión católica, una vez que hubo relevado al imperio romano, imprimió su propio sello al discurso, a la ideología y, por ende, a lo que podía entenderse por *civilización* y *cultura*. A la condición urbana del concepto de *civilización* le añadió aquella otra de pertenecer al mundo de la fe, a la iglesia, a la religión de estado. La Biblia pasó entonces a constituir el canon de la civilización occidental, derivándose de allí, según algunos, la *idea* de “nacionalismo” y, según otros, la concepción del difusionismo como explicación del origen y dispersión de las culturas en el mundo⁴.

² Cf. Calvet, 2005

³ Pagden, 2002:20-21

⁴ Cf. Hastings, 2000; Hogden, 1964. “Lo menos que puedo decir –comenta Tzvetan Todorov- es desear que el nacimiento de la antropología no venga a ser simplemente la última mutación de la religión cristiana...” (*Apud* Paz, 2004:214)

Imperialismo y Nacionalismo, Antropología y Arqueología, *Orientalismo* y *Americanismo*, Cristianismo y Paganismo, *Mesoamérica* y *Southwest*. De estos binomios se derivan más cosas de las que a primera vista se advierten. Parafraseando a Certeau, podemos decir que estas *heterologías* o discursos sobre *lo otro* “se construyen en función de una separación entre el saber que provoca el discurso y el cuerpo mudo que lo supone”⁵. Negar o tergiversar la historia⁶, la cultura⁷, la geografía⁸, la lengua⁹ e incluso la imagen¹⁰ del *otro* por razones imperialistas, nacionalistas o centralistas nunca ha sido una práctica inocente que se derive de insuficiencias técnicas o de incompetencias metodológicas; por el contrario, es una toma de postura ideológica con un fin muy específico: la hegemonía. Sírvanos de ejemplo el caso latinoamericano.

América Latina es el término con el que se designa a una entidad geográfica y sociocultural esencialmente distinta a *Hispanoamérica* o *Iberoamérica*, y no únicamente por no incluir a la península ibérica sino por razones más profundas. Está constituida por países que fueron antiguas colonias de imperios europeos donde se hablaban, y se hablan, lenguas romances, es decir, derivadas del Latín.

El término fue introducido por primera vez en 1836, en una relación de viaje de Michel Chevalier, economista político francés quien, como ya hemos visto, formaría parte de la *Commission Scientifique au Mexique* durante la invasión

⁵ Certeau, 2006:17.

⁶ Cf. Lowenthal, 1998.

⁷ Cf. Saïd, 1990.

⁸ Cf. Barley, 2005; Monmonier, 1996.

⁹ Cf. Calvet, 2005.

¹⁰ Cf. Naramjo, 2006; Piault, 2002.

francesa en México. En su escrito, Chevalier proyectaba en América las divisiones étnicas, políticas y religiosas de Europa diciendo que tanto la rama latina como la germana se reproducían en el llamado *Nuevo Mundo*: América del Sur era, como la Europa meridional, católica y latina, mientras que sus contrapartes septentrionales eran protestantes y anglosajonas¹¹. La diferencia entre lo latino y lo germano se convirtió rápidamente en un discurso político muy socorrido, especialmente después de que el presidente Monroe de los Estados Unidos enunciara el ya famoso *Destino Manifiesto* en 1857. Al gobierno francés de Napoleón III, que se disputaba el dominio del mundo nada menos que con la Inglaterra victoriana, le gustaba la idea de esta supuesta afinidad cultural latina de los países tanto europeos¹² como sudamericanos y se asumía, lo escribió también Chevalier, como el imperio al que lógicamente le correspondía, por un lado, proteger dicha herencia latina de la invasión germana o anglosajona y eslava y, por otro, liderar el imperio latino que de su unificación se derivara.

De esta manera, la expresión “América Latina”, acuñada en París, comenzó a ganar terreno ideológico entre muchos intelectuales, no sólo europeos sino también sudamericanos francófilos, quienes veían en este recurso identitario la forma más convincente de distanciarse de la América anglosajona representada por el naciente imperio estadounidense. Además, a los países sudamericanos recién independizados, como México, les venía como anillo al dedo ya que les permitía marcar claramente su distancia con respecto tanto a España como a las

¹¹ *Vid supra*, Tercera Parte, capítulo 2.2: Ideología religiosa y desierto.

¹² “Latino” es un adjetivo derivado de “Latín”, el idioma oficial del imperio romano. Los países latinos son aquellos que recibieron mayormente la influencia de dicho imperio y cuyas lenguas, llamadas “lenguas romances”, han derivado de aquel idioma imperial. Estos países son, principalmente, Francia, Italia, España, Portugal y Rumania, aunque éste último también tiene una fuerte raíz eslava.

culturas indígenas autóctonas y, ¿por qué no?, con respecto también a la llamada “*tercera raíz*”: la población y la cultura africana importadas a América mediante el esclavismo.

Vemos cómo un solo término geográfico, al parecer inocuo, puede estar cargado ideológicamente por una larga historia de invasiones, imperialismos, colonialismos, nacionalismos, etc; y que su adopción irracional y desinformada conlleva implícitos numerosos supuestos cuyas consecuencias posteriores son a veces difíciles de esclarecer sin un análisis histórico. *América Latina*, como ya mencionamos, designa a las partes del continente que fueron colonizadas por países europeos latinos y generalmente se aplica a toda la región del continente al sur del Río Grande. Sin embargo, hay zonas del Caribe, Centro y Sudamérica que estuvieron bajo la égida de Inglaterra y Holanda así como también hay partes de los Estados Unidos y Canadá que fueron colonizadas por España y Francia. Por otro lado, la caracterización como *latino* excluye, por definición, a toda la población indígena del continente, ya que difícilmente puede considerársele heredera del imperio romano. Lo mismo ocurre con la población asiática y africana de América.¹³

Hemos visto cómo, desde su inicio, al menos en cuanto a las disciplinas antropológicas se refiere, las herencias tanto discursivas como pragmáticas son bastante claras, hablando en términos generales:

A) la antropología como disciplina “científica” y trasfondo de la teoría y práctica arqueológica en México, con todo lo que esto implica, nos viene, principalmente,

¹³ Cf. Ardao, 1993.

desde su fuente anglo-británica con todo lo que, a su vez, esto conlleva. Posteriormente, la tradición estadounidense ha dejado sentir su peso, en especial desde el surgimiento de la llamada *Nueva Arqueología*, neopositivismo con el que la tradición “social” México-latinoamericana mantiene una relación ambigua: deseable por ser “científico” y detestable por ser “yankee-imperialista”¹⁴. ¿Será que para salvar esta amarga e indecisa situación el post-procesualismo inglés ha venido ganando adeptos de forma acelerada entre los mal llamados “latinoamericanos”?

B) la institucionalidad “científica” mexicana, al menos la concerniente a las disciplinas antropológicas, es una herencia francesa directa del Segundo Imperio y de la posterior francofilia porfirista;

C) el bagaje teórico de la academia antropológica mexicana, en especial de la arqueología, es fundamentalmente alemán, especialmente el más importante de sus conceptos nucleares: *Mesoamérica*; y

D) que lo acendradamente reaccionario de la institucionalidad mexicana, particular y paradójicamente lo de sus instituciones “científicas”, viene de nuestra herencia medieval vía el imperio español católico inquisitorial de la reconquista, especialmente por la combinación de *monarquía* y *catolicidad ecuménica*, es decir, respeto irrestricto y absoluto a los reyes y al Papa o, lo que es lo mismo, a las instituciones políticas y religiosas.

¹⁴ “La pasión de nuestros intelectuales por la civilización norteamericana va del amor al rencor y de la adoración al horror. Formas contradictorias pero coincidentes de la ignorancia: en un extremo, el liberal Lorenzo de Zavala, que no vaciló en tomar el partido de los texanos en su guerra contra México; en el otro, los marxista-leninistas contemporáneos y sus aliados, los <teólogos de la liberación>, que han hecho de la dialéctica materialista una hipóstasis del Espíritu Santo y del imperialismo norteamericano la prefiguración del Anticristo” (Paz, 2004:424)

¿Qué puede colegirse de todo esto? En primer lugar, que es posible encontrar el origen del constante fracaso de la antropología mexicana como disciplina científica, sobretodo y especialmente el de su arqueología oficial, en la incompatibilidad de sus componentes: una institucionalidad heredada del *jus soli* francés incapaz de digerir un supuesto teórico enraizado en el *jus sanguinis* alemán. Dicho de otra forma, el centralizado y tentacular INAH con todo y sus Centros Regionales, solo por mencionar una de las instituciones más influyentes, es un hijo “natural” de la siempre apasionada y borrascosa relación entre una Francia que se ha definido a sí misma *territorialmente*, “sobre la base de un país, creado por un Estado y que más tarde produjo una nación”¹⁵, y un México “independiente” y “revolucionario” ávido de instituciones coercitivas, pacificadoras y seminalmente identitarias (PEMEX, INI, etc, son otros ejemplos de ello) Este institucionalismo territorial *a la francesa*, más “occidental”, ha demostrado no ser compatible con la herencia teórico-académica que nos viene de un nacionalismo alemán, más “oriental”, definido *etnocéntricamente* “sobre la base de unos ancestros (en teoría) y un idioma (en la práctica) comunes, que posteriormente dan lugar a un Estado”¹⁶. Así, aunque la parte pragmática del nacionalismo mexicano se encuentre supeditada a su núcleo ideológico, esto no impide que exista entre ellos un profundo hiato *ab origen*, es decir, que el discurso de la práctica se encuentre completamente dissociado de la práctica del discurso:

“Un nacionalismo basado en el *jus soli* puede ser inclusivo y ayudar, en principio, a los vecinos de diferentes idiomas y culturas a mantenerse unidos y a aceptarse entre sí como miembros de una única

¹⁵ Hastings, 2000:26.

¹⁶ *Ibidem*

sociedad nacional, mientras que un nacionalismo basado en el *jus sanguinis* es en principio exclusivista e intolerante.”¹⁷

En pocas palabras, y acotándonos al ámbito de la arqueología, podríamos decir que un concepto difusionista y etnocéntrico como *Mesoamérica* no ha sido compatible, en la práctica mexicana, con una institución territorial como el INAH.

En segundo lugar, la identificación de las herencias discursivas y pragmáticas nos permite vislumbrar el origen de lo reaccionario de nuestras instituciones “científicas”, mismas que siendo testigos del fracaso de sus propios “esfuerzos científicos”, como dijera Alfonso Reyes, se mantienen en “sus trece” reacias a aceptar que su película mexicana dirigida por franceses con diálogos en alemán no recibe ningún premio como mejor película extranjera; o dicho de otra forma, que ese matrimonio europeo en tierras mexicanas es totalmente infértil ya que aborta cada sexenio. Y esta inmovilidad le viene del histórico condicionamiento social con que la monarquía imperial española y la iglesia católica ecuménica modelaron el barro institucional de la sociedad novohispana, esencia que pasaría, casi impoluta, por las etapas “independentista” y “revolucionaria” de esa misma sociedad¹⁸. El respeto a las instituciones se encuentra, valga el oximorón, en la esencia de nuestro gobierno republicano y, como dicen en mi tierra, “*alégale al ampaier*”¹⁹. En resumen, el paradigma mesoamericanista en la arqueología mexicana se ha mantenido porque, como

¹⁷ *Op cit*, p. 51.

¹⁸ “No obstante, al fin y al cabo herederos de la sociedad jerárquica que fue Nueva España, nuestros ricos nunca han hecho realmente suya la ideología liberal y democrática; son amigos de los Estados Unidos por razón de interés pero sus verdaderas afinidades morales e intelectuales están con los regímenes autoritarios. De ahí su simpatía por Alemania durante las dos guerras mundiales” (Paz, 2004:424)

¹⁹ “Ampaier” por “*home umpire*” quien es el máximo árbitro en los partidos de *base ball* ; sus decisiones son inapelables.

dice una y otra vez Vicente Fox, “tenemos instituciones fuertes”; y esto continuará *per secula seculorum* (como se enseña semanalmente en la iglesia), *a menos que la sociedad mexicana cambié esencialmente su forma de relacionarse con la autoridad.*

En tercer lugar, las disciplinas antropológicas, al haber sido gestadas y paridas en el seno de la primera nación y del mayor imperio de la historia occidental, *Inglaterra-Gran Bretaña-Reino Unido*, llevan en su sangre azul los glóbulos rojos del imperialismo y los glóbulos blancos del colonialismo y no fueron concebidas para fundamentar reivindicaciones identitarias nacionalistas:

“Allí se presenta un fenómeno muy generalizado en el siglo XVIII: consiste, dentro de distintos dominios, en dar satisfacción a la modernidad de Europa mediante su contraposición con el salvajismo prehistórico del resto del mundo y la transformación de esa dispersión geográfica en sucesión histórica, al poner en perspectiva diacrónica lo sincrónico. La teorización del vínculo con el *otro*, con el diferente, pasa por su digestión; pues el *otro* no es ni puede ser más que un estadio antiguo de nuestra propia historia, más que una forma inacabada de nuestra propia perfección.”²⁰

Una disciplina cuya tendencia, esencialmente centrífuga, se nutría de y nutría a su vez un desarrollo expansionista imperialista y colonialista, difícilmente puede aplicarse con éxito para fortalecer un movimiento de tendencia centrípeta que busca reivindicar la apenas balbuceante identidad nacional de una colonia recién independizada. La esencia seminal de la antropología está concebida discursivamente desde el paradigma del imperialismo, lo cual se demuestra en que, para bien o para mal, los únicos que han mostrado ser capaces de aportar

²⁰ Calvet, 2005:42.

nuevos enfoques teóricos a dicha esencia han sido los propios imperios (Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Alemania) Una colonia “independizada” con pretensiones de nación soberana que adopta el discurso antropológico del imperio del que acaba de desprenderse con el fin de estudiar a su componente étnico para reivindicar su identidad es como el insecto que estudia entomología para entender mejor a los de su misma especie y descubrir, posteriormente, que son precisamente eso... “insectos”: *el esclavo que adopta el discurso del amo para encontrar su propia identidad nunca dejará de ser esclavo. ¿Cuándo se ha visto, si no, que se haga antropología de los ingleses o que exista un campo de estudios llamado europeísmo?*²¹

Finalmente, como sugiere la sabiduría del sentido común, *todo lo que no queda dentro queda fuera* y, en la práctica centrípeta del nacionalismo etnocéntrico mexicano, esto ha derivado en obviar, negar, excluir y, en el peor de los casos, eliminar todo aquello que no cabe en el molde: todo aquello que fundamente y fortalezca la identidad nacional oficial es bienvenido teórica y prácticamente; lo demás, como dijera Augusto Monterroso, es silencio.

Resumiendo, México ha tratado de construir su identidad nacionalista siempre a la sombra del imperialismo, predominantemente del europeo occidental. Volcado sobre su pasado prehispánico, ha tenido que echar mano de la antropología imperial anglo-británica, de la institucionalidad imperial francesa, cargada de *Orientalismo*, del etnocentrismo imperial alemán, cargado de folclorismo, y del neopositivismo imperial estadounidense; todo esto, sin haber

²¹ Cf. Ferro, 2005.

logrado desprenderse de la jerarquía social con que el imperialismo español católico lo moldeó durante tres siglos.

A lo largo de nuestro análisis, hemos considerado a la parte gráfica del discurso nacionalista como un texto más, aunque cargado de enorme significación debido a su efectividad, en el sentido de las propuestas de J. B. Harley:

“Los mapas son textos en el mismo sentido en que lo son otros sistemas de signos no verbales como los cuadros, las impresiones, el teatro, el cine, la televisión y la música. Los mapas también comparten muchos intereses comunes con el estudio del libro al exhibir su función textual en el mundo y ser ‘sujetos de control bibliográfico, interpretación y análisis histórico’. Los mapas son un lenguaje gráfico que se debe decodificar. Son una construcción de la realidad, imágenes cargadas de intenciones y consecuencias que se pueden estudiar en las sociedades de su tiempo. Al igual que los libros, son también producto tanto de las mentes individuales como de los valores culturales más amplios en sociedades específicas.”²²

El discurso gráfico muchas veces resulta más efectivo que el escrito, e incluso que el oral. Así, una imagen no solo dice más, sino que educa y sugiere más que mil palabras²³. En la práctica, pocos arqueólogos podrían enumerar las características definitorias de *Mesoamérica*, por ejemplo, pero la mayoría sabría ubicarla en un mapa.

Sin embargo, como nos recuerda el geógrafo Mark Monmonier, “los mapas son como la leche: su información es perecedera, y es sensato verificar la fecha”²⁴, y el mapa mesoamericano, como hemos visto, fue dibujado con base en los conocimientos etnohistóricos de un solo investigador en las primeras décadas

²² Harley, 2005:62.

²³ Cf. Naranjo, 2006; Piault, 2002

²⁴ 1996:54

del siglo XX. Puede alegarse actualización, pero sin discutir nunca la validez misma del concepto más bien debería hablarse de acumulación en el sentido en que apunta David Woodward, historiador de la cartografía, quien ha notado que los *mappaemundi* medievales, en lugar de ofrecer una imagen precisa del mundo en un momento determinado de la historia, a menudo “consisten en agregaciones históricas o inventarios acumulativos de eventos que tienen lugar en un espacio”²⁵. Por ejemplo, el famoso mapa Hereford, llamado así por la catedral británica que lo posee, fue compilado alrededor de 1290, usando las más diversas fuentes. La asincronía de sus topónimos presenta una variedad que va desde el siglo IV, durante el Imperio Romano, hasta la Inglaterra del siglo XIII...! ¿No nos recuerda esto, curiosamente, que Kirchhoff propuso una *Mesoamérica* para el siglo XVI y, sin embargo, arqueológicamente la extrapolamos, sin empacho alguno, hasta el llamado “Preclásico” o “Formativo”? No hace falta sino echar un vistazo superficial para notar cómo, en los mapas de *Mesoamérica*, cohabitan en aparente simbiosis histórica olmecas y mexicas, y en aparente matrimonio nacional mayas y tarascos, por mencionar solamente algunos de los muchos anacronismos e impropiedades geográficas que se ocultan tras la supuesta autoridad de la historia escrita y dibujada.

De los mapas se puede decir lo mismo que Octavio Paz ha dicho de la pintura: “Ninguna pintura puede contar porque ninguna transcurre. La pintura nos enfrenta a realidades definitivas, incambiables, inmóviles. En ningún cuadro, sin excluir a los que tienen por tema acontecimientos reales o sobrenaturales y a los

²⁵ “consist of historical aggregations or cumulative inventories of events that occur in space” (Woodward, 1987)

que nos dan la impresión o la sensación de movimiento, *pasa algo*. En los cuadros las cosas están, no pasan”²⁶. Sin embargo, también es cierto que aunque “inmóviles”, los mapas, como las pinturas, son poderosas herramientas de evocación y referencia ideológica, tienen un componente sígnico, uno simbólico y otro retórico, por esto:

“La fascinación que ejercen los mapas como documentos creados por el ser humano radica no únicamente en la medida en que son objetivos o exactos, sino también en su ambivalencia inherente y en nuestra habilidad para encontrar nuevos significados, agendas ocultas y visiones del mundo opuestas de entre las líneas de la imagen.”²⁷

En este sentido:

“Representar el territorio es comprenderlo. Ahora bien, esta representación no es una copia sino *una construcción*. Se elabora un mapa, en primer lugar, para conocer, y en segundo lugar, para actuar. El mapa comparte con el territorio el ser un proceso, un producto, un proyecto, y como es también forma y sentido, *corremos incluso el riesgo de considerarlo como un sujeto*. Convertido en modelo, posee la fascinación de un microcosmos y es una simplificación absolutamente manejable, que *suele suplantar a la realidad misma que representa*.”²⁸
(cursivas mías)

Los mapas, nos dice Monmonier, como los números, a menudo son vistos como imágenes arcanas a las que se concede un excesivo respeto y credibilidad. Pero, como él mismo advierte, al igual que los discursos y las pinturas, los mapas *tienen autor* y son *compilaciones de información*, por lo tanto están sujetos a distorsiones nacidas, entre otras cosas, de la ignorancia, la ambición, la ceguera ideológica o la malicia. Además, un mapa “no es sino uno de un indefinido gran

²⁶ Paz, 1974:109.

²⁷ Harley, 2005:62.

²⁸ Corboz, 1983:27.

número de mapas que pueden ser producidos para la misma situación o desde el mismo cuerpo de datos”²⁹. El mismo autor subraya este enunciado para, según dice, reflejar toda una vida académica de darse de topes contra la pared estudiantil con esta obvia pero fácilmente ignorada advertencia.

Entonces, ¿quién les dijo a los arqueólogos mexicanos que *Mesoamérica* es el único mapa que se puede construir para el pasado “mexicano”, incluso usando los mismos datos que usó Kirchhoff? Ya Corboz nos ha advertido que un mapa: “acepta cualquier idea, concretándola por anticipado y pareciendo demostrar su buena fundamentación. Esta especie de ilusión óptica no sólo hace que se pueda visualizar el territorio real al que el mapa hace referencia, sino que incluso puede hacer que aparezca como real algo que no existe”³⁰. ¿Por qué no “desarmar” el rompecabezas *Mesoamérica* (“deconstruir” el concepto, pues), al que le sobran todas las piezas del norte mexicano, y usar la información actualmente disponible para dibujar un mapa más informado sobre el pasado prehispánico? A este respecto, ya ha habido pronunciamientos³¹ pero lamentablemente no sólo no han recibido mucha atención sino que, además, han sido acallados como si fueran tonterías desinformadas.³² Haciendo nuestras las palabras de Alain Guerreau, podemos afirmar que, por muchas razones, los mesoamericanistas se asustan incluso de su sombra y, por así decirlo, es un reflejo profesional criticar con socarronería, malhumor y acritud toda propuesta intelectual que pudiera aparecer, aunque sea mínimamente, como un

²⁹ “is but one of an indefinitely large number of maps that might be produced for the same situation or from the same data” (Monmonier, 1996: 2-3)

³⁰ Corboz, 1983:27.

³¹ Cf. Rodríguez García, 1996.

³² Cf. García Mora, 1997.

cuestionamiento de las instituciones o del orden establecido: instituciones universitarias y administrativas en primer lugar, pero también, y en general, todas las categorías comunes que permiten aprehender el orden social contemporáneo evitando prudentemente reflexionar sobre él:

“Emprender el recorrido de reconocimientos de todos los obstáculos que obstruyen, eficazmente, la vía de aproximación racional al pasado humano, es una actividad a largo plazo, fastidiosa y frecuentemente desmoralizante: el orden social reclama, y llegado el caso impone, la confusión y el paralogismo”³³

Estamos de acuerdo con Guy Rozat en que “si bien México necesita profundas reformas políticas y económicas, lo que urge también es una revisión crítica del conjunto imaginario que sostiene el nacionalismo mexicano y de la propuesta identitaria que contiene”³⁴. La tarea, claro está, no sería sencilla, pero preferir la versión *Reader’s Digest* del Quijote sólo porque *el original tiene muchas páginas* no avala, ciertamente, ninguna pretensión científica, antes bien la desacredita. En fin, para decirlo con palabras autorizadas: “...que es legítimo emanciparse de cuanto procedimiento se ha convertido ya en rutina y (...) sin más justificación para seguir existiendo que el haber existido antes”.³⁵

Parafraseando a Edward Said, podemos afirmar que por causa del *mesoamericanismo*, el pasado prehispánico de México no ha sido (y no es) un tema sobre el que se tenga libertad de pensamiento o acción. De pensamiento porque, siendo el “marco teórico” oficial, el concepto *Mesoamérica* se reproduce

³³ Guerreau, 2002:10

³⁴ Rozat, 2005:177.

³⁵ Reyes, 1989:450.

en la enseñanza y la divulgación como el único modo posible de nombrar ese pasado; de acción porque, siendo uno de los pilares del nacionalismo mexicano, constituye la parte medular y aquella que goza de todas las prerrogativas del discurso ejecutivo institucional, el cual dedica la totalidad de sus recursos a su “comprobación, manutención y salvaguarda”.

La arqueología oficial mexicana, atrapada en el *monumentalismo nacionalista*, o si se prefiere *nacionalismo monumentalista*, se asemeja mucho a las primeras etapas de la arqueología practicada por los países del llamado “primer mundo”: anticuarista, buscadora de sitios, de tumbas y de objetos *interesantes*, cuya exhibición pueda reportar buenos dividendos, tanto materiales como ideológicos, además de justificar, mediante el deslumbramiento de un público lego, inculto y fácilmente impresionable, el gasto que supone mantener una institución altamente burocrática que gasta más dinero en exposiciones que en proyectos de investigación. En este aspecto, no hemos salido del porfirismo. Y esto es posible, precisamente por la existencia de una institución gubernamental que monopoliza no solo la riqueza arqueológica del país bajo el eufemismo de *patrimonio*, sino también la forma de “interpretarlo”. Desde la publicación de *México a través de los Siglos* (circa 1880), hasta trabajos de síntesis más recientes como *Historia Antigua de México* (circa 1995-2001), el panorama no parece haber cambiado mucho.

Un rasgo fundamental que ilustra el carácter de la arqueología mexicana que ha contribuido no poco a conformarlo, además del acendrado misoneísmo maniqueísta de la mayoría de sus “investigadores” y del ostracismo practicado por sus instituciones, es el hecho de que en toda su historia no ha habido un solo

proyecto cuyo objetivo de investigación se encuentre fuera de los límites del territorio nacional. La arqueología mexicana parece haber sido creada para atender únicamente a los intereses nacionales, no para hacer investigación arqueológica en sí misma. En México, el *mesoamericanismo* ha ocupado el lugar de la arqueología: el estudio de la *cultura* reemplaza así al estudio de la *historia*. La arqueología oficial no ha sido tanto una ciencia ni una disciplina como una industria nacionalista, llámesele *escuela* o *movimiento*, lo mismo que el cine y el muralismo.³⁶

Por otro lado, un concepto difusionista y totalizador como *Mesoamérica* no podía haber caído en terreno más feraz que el abonado por el catolicismo hispano. Al igual que la cosmovisión católica del mundo, la entelequia llamada *Mesoamérica* no sólo no ha sido discutida *en esencia* sino que continúa como marco teórico e histórico absoluto. En este sentido, las interpretaciones mesoamericanistas no difieren demasiado, metodológicamente hablando, de la tradición escolástica medieval: un dogmatismo autoreferencial lo matiza todo. Y si optamos por la escolástica nos podemos poner muy bizantinos.

La arqueología es, literalmente, un ídolo con cabeza de oro y pies de barro. Sostenida por un cimiento de cerámica, la arqueología nos muestra el dorado rostro de las antiguas civilizaciones. Pero si la arqueología es una ciencia, como pretende ser, es decir, si prima en ella una *función cognitiva* por sobre una *función social ideológica*, entonces haría bien en sacudirse de encima esos armiños y

³⁶ Cf. Mosiváis, 2000b; Cardoza y Aragón, 2001; Manrique, 2000; Azuela de la Cueva, 2005; Paranaguá, 2003; Aviña, 2004.

visones que, camuflados con eufemismos tales como “civilización”, “alta cultura”, etc., sólo la visten de aristocracia: ¿Cómo puede una elite interesarse en el estudio de algo que no sea “alta cultura”? El *arqueólogo*, figura nacida de entre la aristocracia intelectual imperialista, no podría interesarse en las sociedades del pasado si no fuera, en principio, a través de su arte, de sus palacios, de sus templos, de su escritura. Y si alguna vez, por democrática inspiración, ha vuelto sus ojos hacia los pueblos gobernados, han sido éstos los de las *grandes civilizaciones*, los de las *altas culturas*, los de la *agricultura superior*. Como si al excavar, al analizar y clasificar objetos, el arqueólogo temiera estropearse el *manicure* ideológico al contacto con algún estrato *inferior* y *no civilizado*: “*las elites solamente estudiamos elites* –pareciera decir nuestro arqueólogo arquetípico- *y los pueblos civilizados estudiamos únicamente pueblos civilizados*”

Pareciera que interviene en el juego una especie de magia simpática donde el objeto de estudio transmitiera sus propiedades al sujeto que lo estudia: “*Podemos estudiar altas civilizaciones no sólo porque somos también una alta civilización, sino porque estamos en un nivel más alto que aquellas*”, o dicho de otra forma, “*podemos estudiarlos porque somos superiores*”. De aquí que las características que atribuimos a nuestro objeto de estudio sean un reflejo de aquellas sobre las cuales nos sentimos *por encima*. ¿A quién, entonces, le puede interesar que se le considere *por encima* de un pueblo *bárbaro* o *salvaje*? Eso se da por descontado, no sólo a nivel individual sino también social. En todo caso, este tendría que estar muy alejado en el tiempo, como el hombre primitivo, o en el espacio, como los grupos del Pacífico, de África, de América, para que no puedan contaminarnos o, en el peor de los casos, evidenciarnos con su proximidad. Si ya

es que son demasiado próximos en el tiempo y el espacio que no podamos evadirnos de su inmediatez, entonces guardamos nuestra distancia y pintamos nuestra raya con el alejamiento que nos otorga el concepto esencialista de cultura: “Sí, vivimos juntos, pero *culturalmente* somos *muy diferentes*”

En América, y particularmente en México, más civilizados nos sentimos mientras más diestros nos mostremos en el uso, aprendido por imitación, de las herramientas que Europa nos puso de repente entre las manos. La arqueología mexicana no saldrá de su torpe y mediocre etnocentrismo hasta que deje de reproducir ese atavismo histórico de conformarse con poblar sus regiones inexploradas con *bárbaros* y *salvajes* de tira cómica³⁷, hasta que sustituya los monstruos marinos del *Chichimec Sea*, las estatuas de sal del *Chichimecatlalli*, por sociedades humanas, diferentes o no, con personalidad propia, cultura particular, adaptación a medios geográficos específicos, etc.; en fin, hasta que deje de mitificar, por pereza mental, aquello que ya por falta de interés, ya de utilidad o capacidad, le es todavía desconocido. Aquí los monstruos no son los que produce la razón sino los que provoca la ignorancia.

En México, al igual que en buena parte de la mal llamada *América Latina*³⁸, en un constante afán por sentirnos “civilizados” y “modernos”, por no decir “occidentales”, hemos comprado irracionalmente las más variadas ideologías, entre una gran cantidad de otros productos menos etéreos, por supuesto:

³⁷ “Una vez más, la diferencia se convierte en elemento cómico y en señal de inferioridad del otro: nos reímos de los que no somos (o incluso, con idéntico resultado, nos reímos de que el otro no es como nosotros)” (Calvet, 2005:55)

³⁸ Curiosamente también llamada “subcontinente”, al igual que la India ha sido llamada “subcontinente indio”... ¿coincidencia? A mediados del siglo XIX, los franceses acuñaron el término de “América Latina”, que se volvió de uso común hacia finales del siglo. A mediados del siglo XX, vuelven a la carga con el todavía menos útil término de “Tercer Mundo”, mismo que también ha gozado de amplia aceptación.

nacionalismos, catolicismos, difusionismos, evolucionismos sociales, americanismos, positivismos, posmodernismos, indigenismos, federalismos, institucionalismos, y una gran cantidad de *ismos* y *neo...ismos* que podríamos etceterizar casi al infinito... ¿qué sigue?

Bibliografía

ACSM

1865 **Archives de la Commission Scientifique du Mexique** Tome Premier. Publiés sous les auspices du Ministère de L'Instruction Publique. Imprimerie Impériale, Paris.

Agogino, George A.

1989 "The french forts of Mexico: neglected historical archaeology", en: **The Artifact**, Vol. 27, No. 4, pp. 5-11. Published by El Paso Archaeological Society, Inc., El Paso, Texas.

Alvarez Palma, Ana María; Gianfranco Cassiano y Elisa Villalpando

1988 La arqueología en Sonora", en: **La Antropología en México: Panorama Histórico** No. 12: La Antropología en el Norte de México. INAH, México.

Anderson, Benedict

1991 **Imagined Communities. Reflections on the Origin and Spread of Nationalism**. Ed. Verso, London-New York.

Ardao, Arturo

1993 "Panamericanismo y latinoamericanismo", en: **América Latina en sus Ideas**, pp. 157-171. Ed Siglo XXI y UNESCO, México.

Arizpe, Lourdes (Coord.)

1993 **Antropología Breve de México**. Academia de la Investigación Científica, México.

Arnold, David

2000 **La Naturaleza como Problema Histórico. El Medio, la Cultura y la Expansión de Europa**. Fondo de Cultura Económica, México.

Aviña, Rafael

2004 **Una Mirada Insólita. Temas y Géneros del Cine Mexicano**. Ed. Océano, México.

Azuela de la Cueva, Alicia

2005 **Arte y Poder**. El Colegio de Michoacán / Fondo de Cultura Económica; México.

Bartra, Roger

1992 **El Salvaje en el Espejo**. Ediciones Era, México.

1997 **El Salvaje Artificial**. Ediciones Era, México.

2005 **La Jaula de la Melancolía**. Ed. Debolsillo, México.

Bartra, Roger (comp.)

2005 **Anatomía del Mexicano**. Ed. Debolsillo, México.

Barranco, Humberto Manuel

1988 “Arqueología en el Suroeste de los Estados Unidos”, en: García, Carlos (coord.) **La Antropología en México: Panorama Histórico**, Vol. 12: La Antropología en el Norte de México, pp. 509-531. 1988. INAH, México.

Barth, Fredrick

2005 “Britain and the Commonwealth”, en: **One Discipline, Four Ways: British, German, French, and American Anthropology**, pp. 1-57. University of Chicago Press.

Barth, Fredrick; Andre Gingrich; Robert Parkin y Sydel Silverman

2005 **One Discipline, Four Ways: British, German, French, and American Anthropology**. University of Chicago Press.

Bernal, Ignacio

1952a “Cien años de arqueología mexicana. 1780-1880”, en: **Cuadernos Americanos**, Año XI, Vol. LXII, pp. 137-151. México, D. F.

1952b “La arqueología mexicana de 1880 a la fecha”, en: **Cuadernos Americanos**, Año XI, Vol. LXV, pp. 121-145. México, D. F.

1953 “La arqueología mexicana del siglo veinte”, en: **Memoria del Congreso Científico Mexicano**, Vol. XI, pp. 253-262. México, D. F.

1962 “Humboldt y la arqueología mexicana”, en: **Ensayos sobre Humboldt**, pp. 121-132. UNAM, México.

1979 **Historia de la Arqueología en México**. Ed. Porrúa, México

2000 “Formación y desarrollo de Mesoamérica”, en: **Historia General de México**, pp. 129-152. El Colegio de México, México.

Bonifaz de Novelo, Ma. Eugenia

1994a “La insurgencia y las primeras décadas de vida independiente. 1810-1846.”, en: **Visión Histórica de la Frontera Norte de México**, V. I, pp. 77-94. Universidad Autónoma de Baja California / Instituto de Investigaciones Históricas, Mexicali B. C. N., México.

1994b “El trazo y monumentación de la línea divisoria internacional”, en: **Visión Histórica de la Frontera Norte de México**, V. I, pp. 123-137. Universidad Autónoma de Baja California / Instituto de Investigaciones Históricas, Mexicali B. C. N., México.

Bourdieu, Pierre

1976 “Les conditions sociales de la production sociologique: sociologie coloniale et décolonisation de la sociologie”, en: **Le Mal de Voir**. Cahiers Jussieu/2, Université de Paris VII, pp. 416-427. Union Générale D'éditions, Paris.

Boturini Benaduci, Lorenzo

1974 **Idea de una Nueva Historia General de la América Septentrional**. Ed. Porrúa, México.

Braniff, Beatriz

2004 **Guía para el Museo de las Culturas del Norte. De los Tiempos Prehispánicos a Casas Grandes**. Ed. Edere / CONACULTA-INAH, México.

Braniff, Beatriz (comp.)

2001 **La Gran Chichimeca. El Lugar de las Rocas Secas**. Jaca Book, CONACULTA, México.

Braniff, Beatriz y Richard S. Felger (eds.)

1976 **Sonora: Antropología del Desierto**. Colección Científica No. 27; IN AH-SEP, México.

Brasseur de Bourbourg

1857 **Histoire des Nations Civilisées du Mexique et de l'Amérique-Centrale, durant les Siècles Antérieurs a Christophe Colomb**. Arthus Bertrand, Éditeur; Paris.

Cabrero, María Teresa

1990 “Los problemas de contacto cultural en arqueología. El caso sureste de Estados Unidos y Mesoamérica”, en: **Anales de Antropología**, Vol. 27, pp. 137-176; IIA-UNAM, México.

1993a “Presentación”, en: **II Coloquio Bosch – Gimpera**, María Teresa Cabrero (comp.), pp. 11 – 12, IIA – UNAM, México.

1993b “Historia de la arqueología del norte de México”, en: **II Coloquio Bosch – Gimpera**, María Teresa Cabrero (comp.), pp. 175 - 194, IIA – UNAM, México.

Calvet, Louis-Jean

2005 **Lingüística y Colonialismo. Breve Tratado de Glotofagia**. Fondo de Cultura Económica, México.

Camou Healy, Ernesto

1987 “Reflexiones sobre la posibilidad de una antropología del árido noroeste” (Editorial), en: **Nueva Antropología**, IX, p. 32; México.

Candau, Joël

2002 **Antropología de la Memoria**. Ed. Nueva Visión, Buenos Aires.

Cardaillac, Louis

2004 **Moriscos y Cristianos. Un Enfrentamiento Polémico (1492-1640)** Fondo de Cultura Económica, México.

Cardoza y Aragón, Luis

2001 **Pintura Contemporánea de México.** Ediciones Era, México.

Carmagnani, Marcello

2004 **El Otro Occidente. América Latina desde la Invasión Europea hasta la Globalización.** Fondo de Cultura Económica - El Colegio de México, México.

Carpenter, John y Guadalupe Sánchez (Eds.)

1997 **Prehistory of the Borderlands. Recent Research in the Archaeology of Northern Mexico and the Southern Southwest.** Arizona State Museum Archaeological Series 186; Arizona State Museum, The University of Arizona, Tucson, Arizona.

Carrasco, Pedro

2000 "Cultura y sociedad en el México Antiguo", en: **Historia General de México**, pp. 153-233. El Colegio de México, México.

Caso, Alfonso

1968 **A un joven arqueólogo mexicano.** Empresas Editoriales

1996 **Homenaje a Alfonso Caso. Obras Escogidas.** Patronato para el Fomento de Actividades Culturales y de Asistencia Social a las Comunidades Indígenas, A. C., México.

Certeau, Michel de

2006 **La Escritura de la Historia.** Universidad iberoamericana – Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, México.

Christenson, Andrew L. (Ed.)

1989 **Tracing Archaeology's Past. The Historiography of Archaeology.** Southern Illinois University Press, Carbondale and Edwardsville.

Coblentz, Werner

2000 "Archaeology under Communist control: the German Democratic Republic, 1945-1990", en: **Archaeology, Ideology and Society. The German Experience**, pp. 304-338. Peter Lang GmbH, Frankfurt, Germany.

Corboz, Andre

1983 "El territorio como palimpsesto", en: **Diógenes**, No. 121, Primavera, pp. 15-36. Coordinación de Humanidades, UNAM, México

Cordell, Linda
1997 **Archaeology of the Southwest**. Academic Press, Inc., San Diego, California.

Coronado Ramírez, Rodolfo
1990 "Antecedentes, origen y primeros años de la Escuela Nacional de Antropología e Historia", en: **Anales de Antropología**, Vol. 27, pp. 217-249; IIA-UNAM, México.

Daniel, Glyn (Ed.)
1981 **Towards a History of Archaeology**. Thames and Hudson, London.

De Anda, Enrique X.
2006 **Historia de la Arquitectura Mexicana**. Ed. Gustavo Gili, SL, Barcelona, España.

Debray, Régis
2005 **Dios. Un itinerario**. Siglo XXI, México.

Di Peso, Charles
1974 **Casas Grandes: A Fallen Trading Center of the Gran Chichimeca**. Dagoon y Flaggstaff, The Amerind Foundation, Northland Press, EEUU.

Díaz, Lilia
2000 "El liberalismo militante", en: **Historia General de México**, pp. 583-631. El Colegio de México, México.

Díaz-Andreu, Margarita
1994 "The past in the present: the search for roots in cultural nationalism. The spanish case.", en: **Nationalism in Europe. Past and Present**. Actas do Congreso Internacional Os Nacionalismos en Europa, Pasado e Presente, Vol. 1, pp.199-218, Beramendi, Justo G., Ramón Máiz y Xosé M. Nuñez (eds.) Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, España.

1996 "Islamic archaeology and the origin of the Spanish nation", en: **Nationalism and Archaeology in Europe**, pp. 68-89. University College London Press, London.

1998 "Nacionalismo y arqueología: del Viejo al Nuevo Mundo", en: **Arqueología**, No. 20, julio-diciembre, Revista de la Coordinación Nacional de Arqueología, INAH, México.

Díaz-Andreu, Margarita y Timothy Champion
1996 "Nationalism and archaeology in Europe: an introduction", en: **Nationalism and Archaeology in Europe**, pp. 1-23. University College London Press, London.

Díaz-Andreu, Margarita y Timothy Champion (Eds.)
1996 **Nationalism and Archaeology in Europe**. University College London Press, London.

ECM

2000 **Historia General de México**. El Colegio de México, México.

Edison, Paul

1997 "Patrimony on the periphery: french archaeologists in nineteenth-century Mexico", en: **Proceedings of the Western Society for French History: Selected Papers of the Annual Meeting**, V. 24, pp. 494-505. University Press of Colorado.

2003 "Conquest unrequited: french expeditionary science in Mexico, 1864-1867", en: **French Historical Studies**, V. 26, No. 3, pp. 459-495. Society for French Historical Studies.

Ericson, Jonathon E. y Timothy G. Baugh (Eds.)

1993 **The American Southwest and Mesoamerica. Systems of Prehistoric Exchange**. Plenum Press, New York.

Esquivel Macías, Laura

1993 "Historia y perspectivas de la arqueología en Baja California", en: **II Coloquio Pedro Bosch-Gimpera**, María Teresa Cabrero (comp.), p 168-174. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México.

Ferguson, Niall

2005 **El Imperio Británico**. Debate, Barcelona.

Ferro, Marc

2005 **El Libro Negro del Colonialismo. Siglos XVI al XXI: del Exterminio al Arrepentimiento**. Ed. La Esfera de los Libros, España.

Fetten, Frank G.

2000 "Archaeology and anthropology in Germany before 1945", en: **Archaeology, Ideology and Society. The German Experience**, pp. 140-179. Peter Lang GmbH, Frankfurt, Germany.

Florescano, Enrique y Margarita Menegus

2000 "La época de las reformas borbónicas y el crecimiento económico (1750-1808)", en: **Historia General de México**, pp. 363-430. El Colegio de México, México.

Foster, Michael S. y Shirley Gorenstein (Eds.)

2000 **Greater Mesoamerica. The Archaeology of West and Northwest Mexico**. The University of Utah Press, Salt Lake City.

Franco, María Teresa
2000 "Presentación", en: **Historia Antigua de México**, Vol. I, pp. 121-158. Coords. Linda Manzanilla y Leonardo López Luján. INAH, IIA, Porrúa, México.

Funari, Pedro Pablo A.
1995 "Mixed features of archaeological theory in Brazil", en: **Theory in Archaeology. A World Perspective**, pp. 236-250. Routledge, London and New York.

Gamio, Manuel
1992 **Forjando Patria**, Editorial Porrúa, México.

Gándara, Manuel
1992 **La Arqueología Oficial Mexicana. Causas y efectos**. INAH, México.

García-Bárcena, Joaquín
1999 "Salas de arqueología", en **Guía Esencial del Museo Nacional de Antropología e Historia**. Editorial Raíces, CONACULTA, INAH; México.

García Martínez, Bernardo
2000a "Regiones y paisajes de la geografía mexicana", en: **Historia General de México**, pp. 25-91. El Colegio de México, México.

2000b "La creación de Nueva España", en: **Historia General de México**, pp. 235-306. El Colegio de México, México.

García Mora, Carlos
1997 "Mesoamérica: concepto prescindible", en: **Actualidades Arqueológicas**, No. 10, enero-febrero; Revista de estudiantes de Arqueología en México

Garrido Aranda, Antonio
1980 **Moriscos e Indios. Precedentes Hispánicos de la Evangelización en México**. UNAM, México.

Gingrich, Andre
2005 "The German-speaking countries", en: **One Discipline, Four Ways: British, German, French, and American Anthropology**, pp. 59-153. University of Chicago Press.

GIRDAL
1987 **L'Amérique Espagnole a l'Époque des Lumières. Tradition, Innovation, Représentations**. Collection de la Maison des Pays Iberiques No. 32. Groupe Interdisciplinaire de Recherche et de Documentation sur l'Amérique Latine. Editions du Centre National de la Recherche Scientifique, Paris.

González, Luis

2000 “El liberalismo triunfante”, en: **Historia General de México**, pp. 633-705. El Colegio de México, México.

Goubert, Pierre

1987 **Historia de Francia**. Ed. Crítica, Barcelona.

Guzmán V., Antonio y Lourdes Martínez O. (Eds.)

1990 **La Validez Teórica del Concepto Mesoamérica**. XIX Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología. INAH – SMA, México.

Härke, Heinrich

1995 “The Hun is a methodical chap’: reflections on the German tradition of pre- and proto-history”, en: **Theory in Archaeology. A World Perspective**, pp. 46-60. Routledge, London and New York.

2000 “Introduction. The German experience”, en: **Archaeology, Ideology and Society. The German Experience**, pp. 12-39. Peter Lang GmbH, Frankfurt, Germany.

Härke, Heinrich (Ed.)

2000 **Archaeology, Ideology and Society. The German Experience**. Peter Lang GmbH, Frankfurt, Germany.

Harley, J. B.

2005 **La Nueva Naturaleza de los Mapas. Ensayos sobre Historia de la Cartografía**. Paul Laxton (comp.); Fondo de Cultura Económica, México.

Harris, Marvin

1999 **El Desarrollo de la Teoría Antropológica. Una Historia de las Teorías de la Cultura**. Siglo XXI Editores, México.

Hassmann, Henning

2000 “Archaeology in the ‘Third Reich’”, en: **Archaeology, Ideology and Society. The German Experience**, pp. 65-139. Peter Lang GmbH, Frankfurt, Germany.

Hastings, Adrian

2000 **La Construcción de las Nacionalidades**. Cambridge University Press, Madrid.

Hedrick, Basil C., J. Charles Kelley y Carroll L. Riley (Eds.)

1971 **The North Mexican Frontier. Readings in Archaeology, Ethnohistory, and Ethnology**. Southern Illinois University Press, Carbondale and Edwardsville.

1973 **The Classic Southwest. Readings in Archaeology, Ethnohistory, and Ethnology**. Southern Illinois University Press, Carbondale and Edwardsville.

1974 **The Mesoamerican Southwest. Readings in Archaeology, Ethnohistory, and Ethnology.** Southern Illinois University Press, Carbondale and Edwardsville.

Helm, June (Ed.)

1966 **Pioneers of American Anthropology. The Uses of Biography.** University of Washington Press, Seattle-London.

Hers, Marie-Areti

2001 "Manuel Gamio y los estudios sobre arte prehispánico: contradicciones nacionalistas", en: **El Arte en México: Autores, Temas, Problemas.** Rita Eder (coord.), pp. 29-63. CONACULTA-Lotería Nacional-Fondo de Cultura Económica, México.

Hers, Marie-Areti y María de los Dolores Soto

2000 "La obra de Beatriz Braniff y el desarrollo de la arqueología del Norte de México", en: **Nómadas y Sedentarios en el Norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff.** Pp. 37-53. UNAM, México.

Hers, Marie-Areti; José Luis Mirafuentes, María de los Dolores Soto y Miguel Vallebuena

2000 "Introducción", en: **Nómadas y Sedentarios en el Norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff.** Pp. 15-31. UNAM, México.

Hers, Marie-Areti; José Luis Mirafuentes, María de los Dolores Soto y Miguel Vallebuena (Eds.)

2000 **Nómadas y Sedentarios en el Norte de México. Homenaje a Beatriz Braniff.** UNAM, México.

Herzog, Lawrence A.

1990 **Where North Meets South. Cities, Space, and Politics on the U. S. – Mexico Border.** Center for Mexican American Studies, University of Texas, Austin.

Hobsbawm, Eric y Terence Ranger (Eds.)

2002 **La Invención de la Tradición.** Ed. Crítica, Barcelona.

Hogden, M.

1964 **Early Anthropology in the Sixteenth and Seventeenth Centuries.** University of Pennsylvania Press, Philadelphia.

Hrdilicka, Ales

1903 "The region of the ancient 'chichimecs', with notes on the tepecanos and the ruin of La Quemada, Mexico", en: **American Anthropologist**, Vol. 5, No. 3, pp. 385-440.

Humboldt, Alexander von

1814 **Researches Concerning the Institutions & Monuments of the Ancient Inhabitants of America with Descriptions & views of Some of the Most**

Striking Scenes in the Cordilleras. 2 vol. Escrito originalmente en francés y traducido al inglés por Helen Maria Williams. Longmans, London.

INEGI
2006 www.inegi.com.mx

Jacquín, Philippe
2005 **Los Indios de Norteamérica.** Ed. Siglo XXI, México.

Joyce, Rosemary A., Robert W. Preucel, Jeanne Lopiparo, Carolyn Guyer and Michael Joyce
2002 **The Languages of Archaeology. Dialogue, Narrative, and Writing.** Blackwell Publishers, U. K. and USA.

Kate, Herman ten
2004 **Travels and Researches in Native North America, 1882-1883.** Translated and edited by Pieter Hovens, William J. Orr, and Louis A. Hieb; Published in cooperation with the University of Arizona Southwest Center; University of New Mexico Press, Albuquerque.

Kearney, Milo y Manuel Medrano
2001 **Medieval Culture and the Mexican American Borderlands.** Texas A&M University Press, College Station.

Kehoe, Alice Beck
1998 **The Land of Prehistory. A Critical History of American Archaeology.** Routledge, New York and London.

Kehoe, Alice B. y Mary Beth Emmerichs (Eds.)
1999 **Assembling the Past. Studies in the Professionalization of Archaeology.** University of New Mexico Press, Albuquerque.

Kidder, Alfred Vincent
1924 **An Introduction to the Study of Southwestern Archaeology with Preliminary Account of the Excavations at Pecos.** The Yale University Press, Andover, Massachusetts.

Kirchhoff, Paul
1954 "Gatherers and farmers in the Greater Southwest: a problem in classification", en: **American Anthropologist**, Vol. 56, No. 4, Part I, pp. 529 – 560. American Anthropological Association, Wisconsin.

1960 Mesoamérica. Sus límites geográficos, composición étnica y caracteres culturales", en: Suplemento de la revista **Tlatoani**, ENAH.

2002 **Escritos Selectos. Estudios Mesoamericanistas.** Vol. I: Aspectos Generales, Carlos García Mora, Linda Manzanilla y Jesús Monjarás-Ruiz (Eds.) UNAM, México.

Kossinna, Gustaf
1978[1911/1929] **Die Herkunft der Germanen. Zur Methode der Siedlungsarchäologie.** / **Wikinger und Wälinger.** Mannus-Verlag Peter Wegener, Bonn.

Kroeber, Alfred L.

1939 **Cultural and Natural Areas of Native North America.** University of California Publications in American Archaeology and Ethnology, Vol. XXXVIII. University of California Press. Kraus Reprint Corporation, New York, 1965.

Le Goff, Jacques

1999 **Lo Maravilloso y lo Cotidiano en el Occidente Medieval.** Editorial Altaya, Barcelona.

Lewuillon, Serge

2002 “Archaeological illustrations: a new development in 19th century science”, en: **Antiquity** 76, pp. 223-234.

Lira, Andrés y Luis Muro

2000 “El siglo de la integración”, en: **Historia General de México**, pp. 307-362. El Colegio de México, México.

Lorenzo, José Luis

1981a “Archaeology south of Rio Grande”, en: **World Archaeology**, Vol. 13, No. 2, pp. 190-208. Taylor & Francis, Ltd.

1981b “Notes on the history of Ibero-American archaeology”, en: **Towards a History of Archaeology**, pp. 133-145. Thames and Hudson, London.

2000 “Los orígenes mexicanos”, en: **Historia General de México**, pp. 93-128. El Colegio de México, México.

Lowenthal, David

1998 **El Pasado es un País Extraño.** Ed. Akal, Madrid.

Malina, Jaroslav & Zdenek Vasíček

1990 **Archaeology Yesterday and Today. The Development of Archaeology in the Sciences and Humanities.** Cambridge University Press, Cambridge.

McBryde, Isabel (Ed.)

1985 **Who Owns the Past?.** Oxford University Press, Melbourne, Australia.

McCrone, David
1998 **The Sociology of Nationalism. Tomorrow's Ancestors.** Routledge, London and New York.

Maischberger, Martin
2002 "German archaeology during the Third Reich, 1933-45: a case study based on archival evidence", en: **Antiquity** 76, pp. 209-218.

Manrique, Jorge Alberto
2000 "El proceso de las artes (1910-1970)", en: **Historia General de México**, pp. 945-956. El Colegio de México, México.

Marchand, Suzanne L.
1996 **Down from Olympus. Archaeology and Philhellenism in Germany, 1750-1970.** Princeton University Press, Princeton, New Jersey.

Martínez, José Luis
2000 "México en busca de su expresión", en: **Historia General de México**, pp. 707-755. El Colegio de México, México.

Mathien, Frances Joan and Randall H. McGuire (eds.)
1986 **Ripples in the Chichimec Sea. New Considerations of Southwestern – Mesoamerican Interactions.** Southern Illinois University Press, Carbondale and Edwardsville.

Mentz de Boege, Brígida Margarita
1982 **México en el Siglo XIX Visto por los Alemanes.** IIH-UNAM, México.

Meyer, Lorenzo
2000a "La institucionalización del nuevo régimen", en: **Historia General de México**, pp. 823-879. El Colegio de México, México.

2000b "De la estabilidad al cambio", en: **Historia General de México**, pp. 881-943. El Colegio de México, México.

Monmonier, Mark
1996 **How to Lie with Maps.** The University of Chicago Press, Chicago.

Monsiváis, Carlos
2000a **Aires de Familia. Cultura y Sociedad en América Latina.** Ed. Anagrama, Barcelona.

2000b "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX", en: **Historia General de México**, pp. 957-1076. El Colegio de México, México.

Morin, Edgar
2003 **Pensar Europa. La Metamorfosis de un Continente.** Ed. Gedisa, Barcelona.

Morison, Samuel Eliot; Henry Steele Commager y William E. Leuchtenburg
2003 **Breve Historia de los Estados Unidos.** Fondo de Cultura Económica, México.

Moyano Pahissa, Angela
1994 “La invasión norteamericana. 1846-1848.”, en: **Visión Histórica de la Frontera Norte de México**, V. I, pp. 97-120. Universidad Autónoma de Baja California / Instituto de Investigaciones Históricas, Mexicali B. C. N., México.

Naranjo, Juan (ed.)
2006 **Fotografía, Antropología y Colonialismo (1845-2006)** Ed. Gustavo Gilli, SL, Barcelona, España.

Nárez, Jesús
2000 “Aridamérica y Oasisamérica”, en: **Historia Antigua de México**, Vol. I, pp. 121-158. Coords. Linda Manzanilla y Leonardo López Luján. INAH, IIA, Porrúa, México.

Newell, Gillian E. y Emiliano Gallaga (Eds.)
2004 **Surveying the Archaeology of Northwest Mexico.** The University of Utah Press, Salt Lake City.

Noguera, Eduardo
1951 “Veinticinco años de arqueología en México”, en: **Homenaje al Doctor Alfonso Caso**, pp. 283-291. Juan Comas *et al* (organizadores), México.

1958 **Reconocimiento Arqueológico en Sonora.** Dirección de Monumentos Prehispánicos, INAH, México.

1975 **Arqueología de Mesoamérica.** Ed. Porrúa, México.

1976 “Aspectos arqueológicos de Sinaloa, Sonora y Baja California”, en: **Los Señoríos y Estados Militaristas.** Román Piña Chán (coord.), pp. 9-50. INAH, México.

Olivé Negrete, Julio César y Augusto Urteaga Castro-Pozo (Coords.)
1988 **INAH, una Historia.** Colección Divulgación, INAH, México.

Olivier, Laurent
1999 “The origins of French archaeology”, en: **Antiquity**, Vol. 73, No. 279, pp. 176-183.

Olivier, Laurent y Anick Coudart

1995 "French tradition and the central place of history in the human sciences: preamble to a dialogue between Robinson Crusoe and his Man Friday", en: **Theory in Archaeology. A World Perspective**, pp. 363-381. Routledge, London and New York.

Onís, Federico de

1955 "España y el Sudoeste de los Estados Unidos", en: **España en América. Estudios, Ensayos y Discursos sobre Temas Españoles e Hispanoamericanos**. Ediciones de la Universidad de Puerto Rico.

Ortiz, Alfonso

1979 "Introduction", en: **Handbook of North American Indians**. Volume 9, Alfonso Ortiz (ed.), pp: 1 – 4. Smithsonian Institution, Washington.

Oyuela-Caycedo, Augusto (Ed.)

1994 **History of Latin American Archaeology**. World Wide Archaeological Series No. 15. Avebury, G. B.

Pagden, Anthony

2002 **Pueblos e Imperios**. Mondadori, Barcelona.

Paranaguá, Paulo Antonio

2003 **Tradición y Modernidad en el Cine de América Latina**. Fondo de Cultura Económica de España, Madrid.

Parkin, Robert

2005 "The French-speaking countries", en: **One Discipline, Four Ways: British, German, French, and American Anthropology**, pp. 155-253. University of Chicago Press.

Parmenter, Ross

1966 "Glimpses of a friendship", en: **Pioneers of American Anthropology. The Uses of Biography**, pp. 83-147. University of Washington Press, Seattle-London.

Paz, Octavio

1974 **El Mono Gramático**. Seix Barral, Barcelona.

1997 **El Laberinto de la Soledad. Posdata. Vuelta a El Laberinto de la Soledad**. FCE, México.

2004 **El Peregrino en su Patria. Historia y Política de México**. Obras Completas, Vol. 8; Fondo de Cultura Económica, México.

Piault, Marc Henri

2002 **Antropología y Cine**. Ed. Catedra, Madrid.

Piñera Ramírez, David (Coord.)

1994 **Visión Histórica de la Frontera Norte de México**. Universidad Autónoma de Baja California / Instituto de Investigaciones Históricas, Mexicali B. C. N., México.

Politis, Gustavo

1995 "The socio-politics of the development of archaeology in Hispanic South America", en: **Theory in Archaeology. A World Perspective**, pp. 197-235. Routledge, London and New York.

Politis, Gustavo (Ed.)

1992 **Arqueología en América Latina Hoy**. Ed. Presencia, Colombia.

Prieto, Guillermo

1893 **Lecciones de Historia Patria**. Secretaría de Fomento, México.

Ramírez Almaráz, Jesús Gerardo

1997 "Mesoamérica, Mesoamérica, Mesoamérica... ¿Y el norte qué?", en: **Actualidades Arqueológicas**, No. 10, enero-febrero; Revista de Estudiantes de Arqueología de México

Reissner, Raúl

1988 "Comisión Científica, Literaria y Artística de México", en: **La Antropología en México. Panorama Histórico**, V. 8, pp. 72-80. INAH, México.

Reverter Bañón, Sonia

2006 **Europa a través de sus Ideas**. Ed. Desclée De Brouwer, Bilbao.

Reyes, Alfonso

1960 "Notas sobre la inteligencia americana", en: **Obras Completas de Alfonso Reyes**, Vol. XII, pp. 71-82. Fondo de Cultura Económica, México.

1989 **Los Trabajos y los Díaz de Alfonso Reyes. Antología de su Verso y de su Prosa**. Editorial Nueva Nicaragua, Managua.

Reyman, Jonathan E. (Ed.)

1992 **Rediscovering Our Past: Essays on the History of American Archaeology**. World Widw Archaeological Series No. 2. Avebury, G. B

1995 **The Gran Chichimeca: Essays on the Archaeology and Ethnohistory of Northern Mesoamerica**. Worldwide Archaeology Series, No. 12; Avebury, G. B.

Riley, Carroll L. y Basil C. Hedrick (eds.)

1978 **Across the Chichimeca Sea. Papers in Honor of J. Charles Kelley**. Southern Illinois University Press, Carbondale and Edwardsville y Feffer and Simon Inc., London and Amsterdam.

Rodríguez García, Ignacio

1996 “El presagio de un prestigio: un año de Actualidades Arqueológicas”, en: **Actualidades Arqueológicas**, No. 8, septiembre-octubre; Revista de Estudiantes de Arqueología de México

Rozat, Guy

2005 “La eliminación simbólica del indio de la historiografía del siglo XIX”, en: **IV Coloquio Paul Kirchhoff: Las Expresiones del Poder**, Homenaje al Doctor Claudio Esteva Fábregat, Rafael Pérez-Taylor (ed.), pp. 177-192. UNAM, México.

Rumley, Dennis y Julian V. Minghi (Eds.)

1991 **The Geography of Border Landscapes**. Routledge, London and New York.

Said, Edward W.

1990 **Orientalismo**. Libertarias/Prodhufi, S. A., Madrid.

2004 **Cultura e Imperialismo**. Anagrama, Barcelona.

Sariego Rodríguez, José Luis

1999 “Propuestas y reflexiones para una antropología del Norte de México”, en: **Noroeste de México**, Número especial: Homenaje a Alejandro Figueroa Valenzuela, Ed. José Luis Moctezuma y María Elisa Villalpando, pp. 17-21; Centro INAH Sonora, México.

Schávelzon, Daniel

1994 “La arqueología del imperialismo: la invasión francesa a México (1864-1867)”, en: **Mesoamérica**, Año 15, Cuaderno 28, pp. 321-335. Publicación de Plumsock Mesoamerican Studies y del Centro de Investigaciones Regionales de Mesoamérica.

Schnapp, Alain

1996 “French archaeology: between national identity and cultural identity”, en: **Nationalism and Archaeology in Europe**, pp. 48-67. University College London Press, London.

Seler, Eduard

1911 “The basis and object of archaeological research in Mexico and adjoining countries”, en: **Science**, New Series, Vol. 33, No. 846, pp. 397-402. American Association for the Advancement of Science, USA.

1992 **Collected Works in Mesoamerican Linguistics and Archaeology**. 6 Vol. Labyrinthos, California.

Shinagel, Michael (Ed.)

1994 **Daniel Defoe: Robinson Crusoe. An Authoritative Text, Contexts, Criticism.** A Norton Critical Edition, W. W. Norton & Company, New York – London.

Silverman, Sydel

2005 “The United States”, en: **One Discipline, Four Ways: British, German, French, and American Anthropology**, pp. 255-347. University of Chicago Press.

Smith, Anthony D.

2004 **Nacionalismo.** Alianza, Madrid.

Snead, James E.

2003 **Ruins and Rivals. The Making of Southwest Archaeology.** The University of Arizona Press, Tucson, Arizona.

Soler, Isabel

2003 **El Nudo y la Esfera. El Navegante como Artífice del Mundo Moderno.** Ed. El Acantilado, Barcelona.

Sommer, Ulrike

2000 “The teaching of archaeology in West Germany”, en: **Archaeology, Ideology and Society. The German Experience**, pp. 202-239. Peter Lang GmbH, Frankfurt, Germany.

Sorensen, Marie Louise Stig

1996 “The fall of a nation, the birth of a subject: the national use of archaeology in nineteenth-century Denmark”, en: **Nationalism and Archaeology in Europe**, pp. 24-47. University College London Press, London.

Speck, W. A.

1996 **Historia de Gran Bretaña.** Cambridge University Press, Gran Bretaña.

Spinden, Herbert J.

1917 **Ancient Civilizations of Mexico and Central America.** Anthropological Handbook Fund, New York.

Stone, P. & R. MacKenzie (Eds.)

1990 **The Excluded Past. Archaeology in Education.** Unwin Hyman, London.

Stürmer, Michael

2003 **El Imperio Alemán (1870-1919)** Ed. Mondadori, Barcelona.

Taylor, Walter W.

1954 “Southwestern archaeology, its history and theory”, en: **American Anthropologist**, Vol. 56, No. 4, Part I, pp. 561-570. American Anthropological Association, Wisconsin.

Trigger, Bruce G.

1980 "Archaeology and the image of the American Indian", en: **American Antiquity**, Vol. 45, No. 4, pp. 662-676. The Society for American Archaeology.

1981 "Anglo-American archaeology", en: **World Archaeology**, Vol. 13, No. 2, pp. 138-155. Published by Taylor & Francis, Ltd.

1992 **Historia del Pensamiento Arqueológico**. Ed. Crítica, Barcelona.

Ucko, Peter J. (Ed.)

1995 **Theory in Archaeology. A World Perspective**. Routledge, London and New York.

Ulloa, Berta

2000 "La lucha armada", en: **Historia General de México**, pp. 757-821. El Colegio de México, México.

Upham, Steadman

1992 "Interaction and isolation: the empty spaces in panregional political and economic systems", en: **Resources, Power, and Interregional Interaction**, Edward M. Schortman and Patricia A. Urban (eds), pp. 139-156; Plenum Press, New York and London.

Vázquez, Josefina Zoraida

2000 "Los primeros tropezos", en: **Historia General de México**, pp. 525-582. El Colegio de México, México.

Vázquez León, Luis

1990 "Investigar en el INAH o la carga de los 300", en: **Anales de Antropología**, Vol. 27, pp. 307-379; IIA-UNA, México.

1993 "Historia y constitución profesional de la arqueología mexicana", en: **II Coloquio Pedro Bosch-Gimpera**, María Teresa Cabrero (comp.), p 36-77. Instituto de Investigaciones Antropológicas, UNAM, México.

1996 **El Leviatán Arqueológico. Antropología de una Tradición Científica en México**. Netherlands: Research school CNWS. Leiden University. CNWS Publications, Vol. 44. Holanda.

2000 "Graebner y la estructura teórica subyacente en la Mesoamérica de Kirchhoff", en: **Dimensión Antropológica**, Año 7, Vol. 19, pp. 167-190.

2003 **El Leviatán Arqueológico. Antropología de una Tradición Científica**. CIESAS – Porrúa, México.

Vázquez Mantecón, Carmen

1993 "Algunos discursos decimononos en torno a la territorialidad mexicana y sus fronteras", en: **Anales de Antropología**, Vol. 30, pp. 385-406; IIA-UNAM, México.

Veit, Ulrich

2000 "Gustaf Kossina and his concept of a national archaeology", en: **Archaeology, Ideology and Society. The German Experience**, pp. 40-64. Peter Lang GmbH, Frankfurt, Germany.

Velázquez, Maria del Carmen

1974 **Establecimiento y Pérdida del Septentrión de Nueva España**. El Colegio de México, México.

1994 "El septentrión novohispano", en: **Visión Histórica de la Frontera Norte de México**, V. I, pp. 45-74. Universidad Autónoma de Baja California / Instituto de Investigaciones Históricas, Mexicali B. C. N., México.

Vidal, Claudine

1976 "Des peaux-rouges aux marginaux: l'univers fantastique de l'ethnologie", en: **Le Mal de Voir**. Cahiers Jussieu/2, Université de Paris VII, pp. 11-71. Union Générale D'éditions, Paris.

Villalpando, Elisa

1999 Investigación arqueológica e identidad regional en el noroeste de Sonora", en: **Noroeste de México**. Número especial: Antropología de la identidad e historia en el norte de México. Homenaje a Alejandro Figueroa, p 129-135. Revista del Centro Regional Sonora, INAH, México

Villalpando, M. Elisa (Ed.)

2002 **Boundaries and Territories: Prehistory of the U. S. Southwest and Northern Mexico**. Anthropological Research Papers No. 54, Arizona State University, Tempe, Arizona.

Villoro, Luis

2000 "La revolución de independencia", en: **Historia General de México**, pp. 489-523. El Colegio de México, México.

Weber, David J.

1982 **The Mexican Frontier 1821-1846**. The University of New Mexico Press, Albuquerque.

White, Lynn (Jr.)

1965 "The legacy of the Middle Ages in the American Wild West", en: **Speculum**, Vol. 40, No. 2, pp. 191-202. Medieval Academy of America.

Willey, Gordon R. y Jeremy A. Sabloff

1980 **A History of American Archaeology**. Thames and Hudson, London.

Wissler, Clark

1914 "Material cultures of North American indians", en: **American Anthropologist** No. 16, pp. 447-505.

Witker, Rodrigo

2001 **Los Museos**. Ed. Tercer Milenio, CONACULTA, México.

Wiwjorra, Ingo

1996 "German archaeology and its relation to nationalism and racism", en: **Nationalism and Archaeology in Europe**, pp. 164-188. University College London Press, London.

Woods, Carter A.

1934 "A criticism of Wissler's North American culture areas", en: **American Anthropologist** No. 36 (4), pp. 517-523.

Woosley, Anne I. y John C. Ravesloot (Eds.)

1993 **Culture and Contact. Charles C. Di Peso's Gran Chichimeca**. University of New Mexico Press, Albuquerque.

Zinn, Howard

2003 **A People's History of the United States. 1492-Present**. Harper Collins Publishers, New York.